

SAN HILARIO DE POITIERS

COMENTARIO AL EVAN- GELIO DE MATEO

Commentarius in Evangelium Matthaei

SABBATISMUS

San Hilario de Poitiers (310–367)
Commentarius in Evangelium Matthaei · Comentario al Evangelio de Mateo

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

[COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO]

*ADMONICIÓN SOBRE EL COMENTARIO AL EVANGELIO
DE SAN MATEO.*

I. Qué primacía ocupa Hilario entre los latinos en la exposición de las Escrituras. Qué pensó de los escritos de Tertuliano. Jerónimo, a petición de algunos que le reclamaban una versión de los tratados de Orígenes sobre Lucas, envió este Comentario de Hilario junto con otro de Victorino, felicitándose de que ya desde hacía tiempo los mismos latinos hubieran dedicado sus esfuerzos a la exposición de las Escrituras. Dice en el prólogo antepuesto a la explicación de Orígenes sobre Lucas: "Los comentarios del elocuentísimo varón Hilario, y del bienaventurado mártir Victorino, que publicaron sobre Mateo con distinto estilo, pero con una misma gracia del Espíritu, he dispuesto enviároslos después de pocos días, para que no ignoréis cuánto estudio de las santas Escrituras hubo en otro tiempo también entre nuestros hombres (a saber, los latinos)". Con estas palabras indica en cierto modo Jerónimo que la inteligencia de las sagradas letras se había buscado hasta entonces en los griegos, y que aún no eran bien conocidos quienes entre los latinos hubieran emprendido el mismo estudio. Él mismo en el libro *Sobre los Varones Ilustres*, si exceptúas a Victorino, que además "no conocía el latín tan bien como el griego", no menciona la obra de nadie sobre las Escrituras antes de Hilario, a excepción de la de Reticio, obispo de los Eduos, sobre el *Cantar de los Cantares*, y de For-

tunaciano de Aquilea sobre los cuatro Evangelios en un "sermón breve y rústico". Siendo Hilario contemporáneo de estos, si no fuera lícito darle la primacía entre los intérpretes latinos de la Escritura; ciertamente será lícito contarle entre los primeros. También puede dudarse si supo que el evangelio de Mateo hubiera sido explicado por alguno de los latinos antes que él. Pues no parece que hubiera ido a emprender la exposición de aquel si hubiera sabido que esto ya estaba terminado en latín; cuando incluso sobre la oración dominical, como él mismo testifica en el cap. 5, desistió de escribir por el único motivo de que Cipriano la había explicado. En ese lugar no calla el volumen muy apto escrito por Tertuliano sobre la misma oración, pero debido al error consecuente del hombre se retiró la autoridad a sus escritos probables. Difícilmente se concedería que ignorara la obra de Victorino, si con Mariano en la edición de Jerónimo sobre los varones ilustres el mismo Victorino es llamado "de Poitiers", y no más bien con los manuscritos o "de Pitavio", o "de Petabio", o "de Poetabio".

II. Si en esta obra tomó algo prestado de Orígenes. No faltan quienes piensen que, así como en los salmos, así también aquí en Mateo, tomó prestados los sentidos de la Escritura de Orígenes. Las palabras de Jerónimo en el libro Sobre los Varones Ilustres son ambiguas, cuando, repasando las obras de Hilario, tiene estas: "Y un libro de himnos, y otro de misterios, y comentarios sobre Mateo, y tratados sobre Job, los cuales trasladó del griego de Orígenes según el sentido". Pues es

incierto si quiere decir que solo los tratados sobre Job fueron trasladados del griego de Orígenes, o también junto con ellos los Comentarios sobre Mateo. Pero él mismo resuelve la ambigüedad en la epístola 75, contra Vigilancio, por quien fue acusado de que la lectura de Orígenes le era familiar, responde entre los primeros: "Si esto es un crimen, sea argüido también el confesor Hilario, quien trasladó la interpretación de los salmos y las homilías sobre Job de sus libros, esto es, del griego al latín". Pues en este lugar, para mayor defensa de su causa, no habría pasado por alto en silencio los Comentarios sobre Mateo si también hubiera creído que habían sido trasladados de Orígenes. Pero esto mismo es más patente desde el inicio de su apología contra Rufino, donde enumerando los antiguos traductores de Orígenes, presenta inmediatamente a Hilario el confesor, "quien trasladó casi cuarenta mil versos de Orígenes sobre Job y los salmos". Ciertamente le resultaba más fácil enumerar un comentario íntegro que tantos miles de versos. O si pensó que su parte era favorecida por el número de versos, ¿por qué no por la multitud de obras? ¿Qué decir de que prometiendo esta obra de Hilario a quienes buscaban los tratados de Orígenes, no la presenta llena de las sentencias de Orígenes, sino de la "gracia del Espíritu"?

III. Estilo. Pero tampoco ocurre un consenso muy frecuente de este comentario con aquellas lucubraciones que tenemos de Orígenes sobre Mateo. Ciertamente, difiere sobre todo de aquellas en esto: que raras veces se aducen testimo-

nios de las Escrituras para la prueba de las cosas narradas. En ninguna parte también divaga más ampliamente el discurso; sino que casi siempre el sermón es conciso, y abarcando mucho en poco: lo cual dista mucho de la razón de aprender origeniana. Pero mientras Hilario busca la brevedad, calla algunas palabras aquí y allá, y no siempre se ajusta a las leyes gramaticales precisas. Pero también toca algunos pasajes de la Escritura tan ligeramente que a veces no viene a la mente qué quiere, a no ser que hayas leído antes la parte del Evangelio que explica. Él, por lo general, recorriendo brevemente los dichos o hechos evangélicos, los presenta al ánimo. Entonces, a veces indica en pocos el sentido de la letra. Pero su principal y casi todo su trabajo consiste en investigar los sentidos espirituales y abstrusos.

IV. Razón de interpretar. Pues consideraba que no solo el antiguo instrumento, sino también el nuevo, además de la simple inteligencia, estaba lleno de otra más alta, interior y espiritual: "La palabra de Dios", dice en el cap. 12, n. 9, "es rica, y puesta para argumento de la inteligencia ofrece de sí una grandísima abundancia de ejemplos: y ya sea entendida simplemente, ya sea inspeccionada interiormente, es necesaria para todo provecho. Pero dejadas estas cosas que están abiertas a la inteligencia común, detengámonos en las causas interiores". Con estas palabras declara que aquella doble inteligencia es útil y necesaria, pero que él se adhiere principalmente a la interior y espiritual; y esto ciertamente, porque la simple,

obvia para cada uno por sí misma, no supera el alcance común.

V. Es buscada desde los sentidos más íntimos de la propia Escritura. Habiendo emprendido esta razón de interpretar, profesa en el cap. 7, n. 8, que no ha seguido su propia opinión, ni acomodado las Escrituras a sus pensamientos, sino sus pensamientos a las Escrituras con estas palabras: "Nosotros no fingimos la inteligencia; sino que los hechos mismos imparten la inteligencia. Pues no la cosa secunda a la inteligencia, sino la inteligencia a la cosa". Confiesa ciertamente en el cap. 19, n. 4, como también muchísimas otras veces, que todas las cosas que fueron escritas (en el evangelio) fueron hechas y efectuadas. Pero inmediatamente advierte que aquellas cosas que se hacían bajo Dios (Cristo), antepusieron a los efectos de las presentes la forma de las siguientes: y que así siempre en las Escrituras celestiales el discurso fue templado de modo que no menos convinieran a la similitud de estas cosas que se hacían, que de aquellas que debían hacerse.

VI. Por qué razón indaga lo que el Espíritu Santo significó latente. Para alcanzar aquellas cosas que está persuadido de que se prefiguran en los escritos o dichos evangélicos, suele observar el orden de las cosas hechas, las propiedades de las palabras, así como la razón de los lugares, tiempos y personas: y bien pesadas y vistas todas estas cosas, sostiene que a veces apenas pudo ocurrir que, además del sentido de la letra, el Espíritu Santo no hubiera querido significarnos algún otro sentido espiritual. Por esa razón pien-

sa que ocurrió que a veces faltara algo para el tratamiento perfecto de las cosas presentes. "Como advertimos en lo demás", dice en el cap. 21, n. 13, "aquí también nos conviene recordar que a veces falta algo a la razón de las cosas presentes con esta condición: que la especie de las futuras se cumpla sin daño alguno de la eficiencia prefigurada (quizá, prefigurante)".

VII. Esto se presta siempre salvando la verdad de la historia. Pero la necesidad de esta inteligencia espiritual, habida cuenta de la razón de las cosas circundantes, la expresa a veces de tal modo que, si no hubiera protestado muchísimas veces que quería el sentido de la letra íntegro, parecería repudiarlo por completo. Creerías, por ejemplo, en el cap. 10, n. 17, que niega, con las palabras: "Pues vine a separar al hijo contra el padre", etc., que se mande alguna separación de los parientes carnales, si no hubiera enseñado ya antes en el cap. 4, n. 19, con las mismas palabras, que esta es totalmente necesaria. Con cualquier palabra que declare, pues, que en las Escrituras debe entenderse algo distinto de lo que suena, esto debe aceptarse de tal modo que, como advierte en el cap. 2, n. 2, "recordemos que la verdad no se corrompe por eso, si a las cosas que se hacen se somete la razón de la inteligencia interior". Lo cual también transmitió en el Salm. 123, n. 5, con estas otras palabras: "La fe de la historia no peligra, si pensamos que en las cosas efectuadas hay y está conectada a sí extrínsecamente una significación". Mientras busca con esmero lo que late bajo los dichos o hechos evangélicos, nada se le

ofrece más familiarmente que el estado de la Ley y del Evangelio, de la Iglesia y la Sinagoga, de los judíos y de los gentiles o cristianos, el cual narra que ha sido preformado por esos dichos y hechos. En estos es bastante célebre la distinción de los judíos, a saber, de aquellos pocos en número que obedecieron al Evangelio, y de aquellos muchísimos más que se resistieron.

VIII. Nomenclatura de esta obra. Si verdaderamente peroró estas cosas ante el pueblo, es incierto. Más aún, como en el cap. 19, n. 11, él mismo llama a esta obra con el nombre de libro; es cierto que no fue editada al modo de los sermones. En algunos manuscritos se inscribe: Tratado sobre Mateo; en otros: Exposición sobre Mateo; en los demás: Comentario sobre Mateo: con cuyo nombre es llamado constantemente por Jerónimo, con el sufragio del mismo Hilario, cap. 5, n. 1, donde recuerda que fue librado de la necesidad de comentar la oración dominical por el bienaventurado Cipriano.

IX. Es un fruto indudable de Hilario. No hay por qué detenernos más tiempo en asegurar estos comentarios a Hilario. Pues no solo los antiguos transmitieron que los comentarios sobre Mateo habían sido editados por él; sino que también concuerdan con los que tenemos entre manos las cosas que describieron de ellos Hincmaro, Agustín y Jerónimo. Cuánto los valoró este ciertamente, ya lo hemos oído al inicio de esta introducción. También puede decirse que Ambrosio aprovechó muchísimo de ellos. Ciertamente, al exponer a Lucas, en aquellos lugares en los que este evange-

lista concuerda con Mateo, por lo general o imita o recuerda las sentencias que nuestro Hilario consignó en estos comentarios.

X. Falta el prefacio que había editado. Juan Casiano había visto estos aumentados con un prefacio. Pues así, en el libro 7 Sobre la Encarnación, cap. 24, añade: "Asimismo del mismo en el proemio de la exposición del Evangelio según Mateo: 'Pues nos era primero necesario que el Dios unigénito fuera engendrado hombre por causa nuestra, aquello que entonces no era'". Asimismo en el mismo: "Aquello tercero fue después congruente, para que porque Dios fue engendrado hombre en el mundo", y lo demás. Alcuino también había visto el mismo prefacio. Aunque sospechamos vehementemente que de él no vio nada más que lo que había leído en Casiano. Pues describiendo las palabras de este hacia la mitad del libro 4 contra Félix de Urgel, dice así: "Hilario insigne en todas las virtudes y ornamentos, y tanto en la vida como en la elocuencia, en el segundo libro de la fe", etc. El mismo en el proemio de la exposición del Evangelio según Mateo: "Pues nos era primero necesario que el Dios unigénito fuera conocido como hombre por causa nuestra". Pero también por las mismas palabras de Hilario al inicio del número 2, capítulo 1, aparece que nos falta algo en lo que haya prefaciado sobre la generación de Cristo.

XI. Sobre el elenco de los argumentos. En lugar del proemio se tiene ahora un elenco de títulos o argumentos distribuidos en 33 capítulos. Este, en los publicados anteriormente, fue inscrito como

elenco de cánones, y por ello todo el comentario fue dividido en cánones. Porque la razón de esta inscripción y denominación no es obvia para todos, no estará de más investigar de dónde procedió y si debe ser aprobada. Esperamos que esto sea por sí mismo manifiesto para cada uno después de que hayamos sopesado qué autoridad se debe a esos títulos.

XII. Su autor. Puede dudarse si Hilario debe ser considerado autor de ellos: como quiera que su elenco parece ordenado de modo algo bárbaro, y no con suficiente precisión. Se prescribe, por ejemplo, en el cap. 15: Sobre lavarse las manos, y que no lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca contamina; aunque no se trate nada que responda abiertamente a este título. Añadimos también esto del capítulo 13, en el cual se prenotan los títulos sobre el que siembra buena semilla, sobre la cizaña y el trigo, aunque en la narración sobre estas parábolas ni siquiera se diga una palabra. No sé, sin embargo, si no debe tener más valor aquella razón para que ese elenco sea adjudicado a Hilario, que para que le sea denegado. Pues él mismo pudo proponerse al inicio ciertas cosas en las que luego juzgó que no debía detenerse: otro no pudo recoger de sus escritos sino los argumentos de las cosas que se tratan. De aquí nos nace una gran sospecha de que aquellos títulos ya en la época de Hilario estaban prenotados en los ejemplares de los evangelios, y que él seleccionó de ellos aquellos cuya explicación considerara más útil. Pues aunque recorre todo el evangelio de Mateo, no

narra sin embargo cada una de sus palabras, sino solamente títulos seleccionados de cada capítulo. Lo cual es evidente que Orígenes también hizo antes que él por sus comentarios publicados por Huet, en los cuales el evangelio de Mateo se ilustra bajo ciertos títulos. Jerónimo confirma que esto era ciertamente usual en aquella época en el libro *Sobre los Varones Ilustres*, donde recuerda que Fortunaciano escribió comentarios sobre los evangelios con títulos ordenados. Siendo así las cosas, cabe opinar que Hilario, si bien no fue autor de los mismos títulos, al menos lo fue de su colección o del índice previo. Pero ciertamente a nadie se le permite considerarlo más reciente, a quien la mayoría de los manuscritos presentan bajo esta inscripción: Comienzan los capítulos de san Hilario sobre Mateo. Por lo cual hemos juzgado que debe expresarse íntegro aquel mismo índice con sus títulos según su fidelidad, y que no debe cambiarse nada, aun cuando...

XIII. Elencos puestos al frente de los libros por los antiguos. Ciertamente, el antiguo modo de proponer un elenco de títulos de esta clase al frente de los libros lo confirmará el canon de la verdad hebrea compuesto por el mismo Jerónimo. Pues en él se puede ver en el mismo umbral de cada libro un Índice de títulos distinguidos en varios números, que presentan sumariamente todo lo que se contiene en el libro siguiente. Estos índices se inscriben promiscuamente Capítulos y Títulos, por ejemplo: Comienzan los capítulos del libro del Éxodo; Comienzan los títulos del libro del Levítico; etc. Así también en los manuscritos

más antiguos de los libros de Agustín Sobre la Ciudad de Dios se antepone antes de los mismos libros un Índice distinguido solamente por varios números. Además, este índice en el código Corbeiese escrito hace mil años es llamado canon. Pues se lee inscrito de este modo: Aurelio Agustín obispo contra los paganos sobre la Ciudad de Dios comienza el libro primero con el Canon antepuesto, por el cual se indica qué contiene cada libro.

XIV. Esta obra no está correctamente distribuida en cánones. De dónde provino esto.

A partir de esto, cualquiera advierte ya fácilmente de dónde obtuvo el término "canon" su lugar en estos comentarios de Hilario, y si lo obtuvo correctamente. Ciertamente, no hemos visto ningún código manuscrito en el que aparezca este término "canon". Concedemos, sin embargo, que puede suceder que donde en nuestros manuscritos se lee "Comienzan los capítulos del libro de san Hilario", en algunos se prefiera "Comienza el canon del libro de san Hilario"; y creemos que así existió en el código, por lo demás de san Benigno de Dijón, a partir del cual se publicó por primera vez este comentario. Pero puesto que Jerónimo llama "canon de la verdad hebrea" a esto que nosotros llamaríamos el conjunto de todos los libros que los hebreos reciben como escrituras verdaderas; y puesto que el "canon" de los libros de Agustín es aquello que para nosotros es el Índice y catálogo de lo que se contiene en esos libros: es evidente que el título publicado al inicio del índice, a saber, "Catálogo de cánones", no debe ser

aprobado, y mucho menos debe repetirse el nombre de "canon" para las secciones individuales del comentario. Por lo cual, en lugar de "canon" sustituiremos el término "capítulo" como más usual y aceptado, y asignaremos a cada capítulo sus propios títulos, como ya se ha hecho antes, por razones de conveniencia, aunque en los manuscritos solo tengan lugar en el índice que se antepone a la obra. Pues en estos todo el comentario continúa en una sola serie, sin interrupción por adición de capítulos o títulos. En algunos al menos, y no en los mejores, se anotan números casi en los mismos lugares en los que antes se prescribían "cánones" y ahora "capítulos".

XV. Tiempo de esta obra.

Sobre el tiempo de esta obra no parece que deba guardarse silencio. Pero no subyace ninguna nota de donde pueda afirmarse con certeza. Sin embargo, cuanto es permitido alcanzar a partir de la comparación de esta con otros escritos de Hilario, opinamos que fue compuesta antes de otras obras y antes de su exilio, y por lo tanto antes del año 356. Pues no tiene el sabor de un hombre ya ejercitado en muchos combates entablados contra los arrianos. Ciertamente, en las exposiciones de los salmos no deja escapar ninguna ocasión de afirmar la divinidad de Cristo. Pero en este comentario, por pasar por alto otras cosas, en el cap. 2, n. 6, trata el testimonio del Padre sobre su Hijo, e incluso la preclara confesión de Pedro en el cap. 16, n. 6, como si no hubiera conocido a los arrianos. Al menos aparece manifiestamente que aún no estaba de-

bidamente instruido sobre sus sutilezas a partir del cap. 31, n. 3, donde escribe ciertamente de modo católico en cuanto al sentido, pero con menos circunspección en cuanto a las palabras, que el Hijo "nació de aquel que era, y que esto está en aquel que nació, lo que él mismo es ante quien estaba antes de nacer"; a saber, que la misma eternidad es tanto del que engendra como del engendrado. Ciertamente nadie negará que esto fue escrito antes de los libros sobre la Trinidad, en los cuales, pero especialmente en el duodécimo, con gran estudio y muchos argumentos se disputa que aquel "antes de nacer" no tiene lugar alguno en la generación eterna del Hijo. ¿Cuánto más debe concederse que los tratados sobre los salmos, en los que se mencionan los libros sobre la Trinidad, son posteriores a este mismo comentario? Sin embargo, es evidente que los predichos herejes no le eran entonces desconocidos, no solo por los últimos capítulos, sino también por el cap. 15, n. 12. Pero puesto que la herejía de los arrianos llegó al conocimiento de los galos más tarde, de modo que Hilario, como él mismo testifica en el lib. sobre los Sínodos, n. 91, nunca había oído la fe nicena sino cuando estaba por ir al exilio; de aquí puede colegirse de algún modo que fue compuesto no mucho antes de su exilio. Pero si escribió incluso antes de oír la fe nicena, puesto que en esa obra afirma más de una vez que el Hijo es de "una misma sustancia" con el Padre: no en vano en el lugar citado sobre los sínodos testifica que él mismo aprendió aquella fe de los evangelios y de los apóstoles. "Regenerado hace tiempo", dice, "y

permaneciendo algún tiempo en el episcopado, nunca oí la fe nicena sino cuando estaba por ir al exilio: pero los evangelios y los apóstoles me intimaron la inteligencia del 'homooousios' y del 'homoeousios'."

XVI. Sobre la unidad de la Trinidad. Puesto que se ofrece esa ocasión para que esta pequeña obra nuestra se termine en la confesión de la santísima Trinidad, la absolvemos con aquel preclaro testimonio del cap. 13, n. 6, de que "en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo todas las cosas son una". En lo cual también tiene el lector un espécimen de aquellas cosas que han sido restituidas a su prístina pureza en este comentario. Pues así todo aquello antes se obtenía de modo perturbado y mendoso. Quienes busquen en Hilario una sentencia clara sobre la divinidad del Espíritu Santo, retengan esta mientras tanto.

CAPÍTULOS DEL COMENTARIO DE SAN HILARIO AL EVANGELIO DE MATEO.

I. Sobre la natividad de Cristo, y sobre los Magos con sus dones, y sobre los niños asesinados.

II. Sobre Jesús regresado de Egipto, y sobre la predicación de Juan y su bautismo, y sobre el Señor bautizado.

III. Sobre el diablo tentador, y sobre el ayuno de Jesús durante cuarenta días, sobre Pedro y Andrés pescadores.

IV. Sobre la bienaventuranza y los preceptos, sobre la reconciliación de los hermanos, sobre el adulterio, sobre el ojo y la mano que deben ser arrancados, sobre los juramentos y la limosna.

V. Sobre la oración y el ayuno, sobre el tesoro en el cielo, sobre la lámpara del cuerpo, sobre los dos señores, sobre la comida y el vestido, sobre las aves y los lirios del campo y el heno, sobre la solicitud del día, sobre la paja y la viga en el ojo.

VI. Sobre las margaritas ante los puercos, sobre el falso profeta, sobre la casa edificada sobre la roca.

VII. Sobre el leproso a quien curó, sobre el criado del tribuno paralítico, sobre la suegra de Pedro, sobre muchísimas y diversas curas.

VIII. Sobre los discípulos en la nave despertando a Jesús, sobre los dos endemoniados en la tierra de los gerasenos, sobre el paralítico curado y que se lleva su camilla.

IX. Sobre Mateo el publicano, sobre el ayuno de los fariseos y de los discípulos de Juan, sobre el remiendo de paño rudo, sobre el flujo de la mujer, sobre la hija del jefe resucitada de entre los muertos, sobre los dos ciegos, sobre el sordo y mudo.

X. Donde envía por delante a los doce discípulos con la doctrina.

XI. Juan envía desde la cárcel a Jesús, y Jesús habla sobre Juan a las multitudes. Asimismo la confesión de Jesús al Padre.

XII. Los discípulos arrancan espigas. Jesús curó la mano seca y al hombre en sábado. Curó al ciego y endemoniado. Sobre la blasfemia del espíritu, sobre el fruto del árbol bueno y malo, sobre toda palabra ociosa, sobre los ninivitas y la reina del Austro, sobre los siete espíritus y el octavo, sobre la madre de Jesús y sus hermanos.

XIII. Sentado en la barca Jesús habla parábolas a las multitudes sobre el que siembra buena semilla, sobre la cizaña y el trigo, sobre el grano de mostaza, sobre el fermento escondido en la harina, y la exposición de la cizaña, sobre el tesoro en el campo, sobre la buena margarita, sobre la red echada al mar.

XIV. Sobre el escriba en el reino de los cielos, sobre los hermanos y hermanas del Señor, sobre la cabeza de Juan en un plato, sobre los cinco panes y los dos peces, donde camina sobre el mar, y levantó a Pedro que se hundía.

XV. Sobre lavarse las manos, y que no lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca contamina, sobre la hija de la mujer cananea, sobre los siete panes y unos pocos peces.

XVI. Sobre la señal del profeta Jonás. Sobre el fermento de los fariseos, sobre la confesión de Pedro y la bendición del Señor, y sobre negarse a sí mismo quien quiera seguir a Cristo.

XVII. Donde es visto en el monte con Moisés y Elías, y se oye una voz del cielo, donde libera al niño lunático, sobre la fe de los creyentes, sobre el didracma pedido, y el estáter en la boca del pez.

XVIII. Sobre los niños prohibidos, y sobre asumir su humildad, sobre la mano y el pie y el ojo que deben ser arrancados, y sobre la oveja perdida, sobre corregir a los hermanos en secreto primero, luego ante dos testigos, finalmente ante la iglesia presente. Siempre debe perdonarse. El que ahoga a su consiervo, habiéndosele perdonado su deuda por el señor.

XIX. La esposa no debe ser despedida, sobre los eunucos, sobre los niños prohibidos. El rico difícilmente entra en el reino de los cielos.

XX. Sobre la esperanza de los apóstoles, sobre que los últimos sean hechos primeros. Donde se conducen operarios a la viña. Sobre los hijos de Zebedeo, sobre el primer asiento, sobre los dos ciegos sentados junto al camino.

XXI. Sobre la asna y su pollino, sobre los cambistas expulsados del templo, sobre la higuera maldecida, sobre los dos hijos enviados a la viña, sobre los publicanos y las meretrices.

XXII. Sobre los viñadores que matan a los enviados a ellos para reclamar los frutos, sobre los invitados promiscuos y el vestido nupcial.

XXIII. Sobre el tributo y la imagen del César, sobre la misma esposa de siete hermanos, sobre los mandamientos máximos, sobre el hijo de David.

XXIV. Sobre la cátedra de Moisés sobre la que se sentaron los escribas y fariseos, sobre el reino de los cielos cerrado por los mismos, y sobre que los mismos devoran las casas de las viudas, rodeando el mar y la tierra árida, y diciendo: "Quienquiera que haya jurado por el templo, no es nada", y sobre los que diezman la menta y el eneldo, y edifican los sepulcros de los profetas, y sobre Jerusalén que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados a ella.

XXV. Sobre la estructura del templo a los discípulos que preguntan, y sobre los que están en el tejado, que no bajen a tomar algo de la casa; y los que están en el campo, que no vuelvan a tomar

su túnica, y sobre las que están encintas y las que crían.

XXVI. Sobre el sol oscurecido, la luna y las estrellas.

XXVII. Sobre el siervo fiel a quien el señor constituyó sobre su familia, sobre las diez vírgenes, sobre el hombre que partió de viaje, que entregó su sustancia a sus siervos.

XXVIII. Sobre el advenimiento del Hijo del hombre viniendo en su majestad.

XXIX. Sobre la mujer que se acercó a Jesús en la casa de Simón el leproso teniendo un alabastro de ungüento precioso.

XXX. Sobre el día primero de los ázimos, en el que se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: "¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?"

XXXI. Cuando viene Jesús al campo que se llama Getsemaní, y dice a sus discípulos: "Sentaos hasta que vaya allá a orar", y sobre su alma triste hasta la muerte, sobre el cáliz si es posible pasar de él, sobre el espíritu pronto y la carne enferma, y de nuevo: "Padre, ¿no puede pasar este cáliz si no lo bebo? hágase tu voluntad".

XXXII. Sobre Judas, que era uno de los doce discípulos, viniendo a Jesús con muchísima turba para entregarlo; sobre la espada que ordenó a Pedro volver a su lugar.

XXXIII. Sobre Pilato: cuando se sentó por el tribunal, le envió su esposa, diciendo: "Nada tengas que ver con ese justo". Sobre los que pasaban junto a la cruz que movían sus cabezas y decían:

"Este es el que destruía el templo y en tres días lo reedificaba".

668 COMENTARIO DE SAN HILARIO SOBRE EL EVANGELIO DE MATEO.

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre la natividad de Cristo, y sobre los Magos con dones, y sobre los niños asesinados.

1. Origen de Cristo de linaje real y sacerdotal. El grado, que Mateo había expuesto en el orden de sucesión real, Lucas lo computa en el origen sacerdotal. Mientras cada uno los cuenta minuciosamente, cada uno significa la relación en el Señor de ambas tribus. Y rectamente se pone el grado de generación: porque la asociación de la tribu sacerdotal y real iniciada por David a partir del matrimonio, ya se confirme por el linaje desde Salatiel en Zorobabel. Y así mientras Mateo revisa el origen paterno, que procedía de Judá, Lucas enseña el género recibido por Natán de la tribu de Leví; para cada uno de sus padres probaron para nuestro Señor Jesucristo, que es eterno tanto rey como sacerdote, también en el nacimiento carnal la gloria de ambos linajes. Pero que se revise el nacimiento de José más que el de María, nada importa: pues la misma es la relación de toda la tribu y una sola. Además Mateo y Lucas también dieron un ejemplo, llamando recíprocamente padres, no tanto por linaje como por nación: porque la tribu iniciada de uno solo, se contiene bajo la familia de una sola sucesión y origen. Pues habiendo de mostrarse el hijo de David y de Abrahán, porque así comenzó Mateo: "Libro de la generación de

Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán"; no difiere quién sea colocado en el número y orden de origen, con tal que se entienda que la familia de todos se inició de uno solo. Así, siendo José y María de la misma tribu; mientras se muestra que José procede del linaje de Abrahán, también se enseña que María procede. Pues esta razón se guardó en la ley, que si el príncipe de una familia hubiera muerto sin hijos, el hermano posterior de la misma relación recibiera a la esposa del difunto, y refiriera los hijos recibidos a la familia de aquel que hubiera muerto: y permaneciera así en los primogénitos el orden de sucesión, cuando sus padres, que hubieran nacido después, fueran tenidos o por nombre o por linaje.

2. Por qué se omitieron ciertas generaciones. Por qué catorce donde solo se cuentan trece. Lo siguiente es que, puesto que hemos dicho que, según la fe de las cosas, el orden de esta generación no consta para sí ni en número ni en sucesión; también se aporte la razón de este hecho. Pues no es causa leve que una cosa sea en la narración y otra haya sido en los hechos; y una cosa se refiera en la suma, pero otra se tenga en el número. Pues desde Abrahán hasta David se enumeraron catorce generaciones, y desde David hasta la transmigración de Babilonia catorce generaciones, aunque en los libros de los Reyes se detecten diecisiete. Pero en esto no hay vicio de mentira o de negligencia. Pues tres han sido pasadas por alto por una razón. Pues Joram engendró a Ocozías, Ocozías engendró a Joás, Joás luego a Amasías, Amasías a Ozías. Y en Mateo se escribe

que Joram engendró a Ozías, siendo el cuarto después de él. Esto así (suple, sucedió), porque de una mujer gentil Joram engendró a Ocozías, a saber, de la casa de Acab: y se había dicho por el profeta que no sino en la cuarta generación se sentaría alguien de la casa de Acab en el trono del reino de Israel. Purgada, por lo tanto, la familia gentil de Acab, y pasadas por alto tres generaciones, ya se numera el origen real en la cuarta de las generaciones subsiguientes. Pero que se escriba que hasta María son catorce generaciones, aunque en el número se encuentren trece; ningún error podrá haber para los que saben que no es esa sola el origen para nuestro Señor Jesucristo, que comenzó de María; sino que en la procreación corpórea se comprende la significación de la nati-
vidad eterna.

3. Contra los que no quieren que María haya permanecido virgen. Por lo demás, la razón de la generación es simple. Pues el concebido del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María, es obra de todos los profetas. Pero muchos irreligiosos, y muy ajenos a la doctrina espiritual, ocupan la ocasión torpemente para opinar sobre María a partir de esto, porque se dijo: "Antes de que se reunieran, se encontró que tenía en el útero" (Mat. 1, 18); y aquello: "No temas recibir a María tu esposa" (ibíd. 20); y aquello: "No la conoció hasta que dio a luz" (ibíd. 25); no recordando que había sido desposada, y que esto se dijo a José que quería rechazarla, porque él, siendo justo, no quería que se decretara contra ella según la ley. Por lo tanto, para que no existiera ninguna

ambigüedad sobre su parto, él mismo es asumido como testigo de Cristo concebido del Espíritu Santo; luego, porque había sido desposada, es recibida como esposa. Y así es conocida después del parto, es decir, pasa al nombre de esposa. Pues es conocida, no mezclada. Finalmente, cuando José es amonestado a pasar a Egipto, se dice así: "Recibe al niño y a su madre"; y: "Vuelve con el niño y su madre" (Mat. 2, 13 y 20); y de nuevo en Lucas (Luc. 2, 33): "And Joseph and his mother were." Y cuantas veces se habla de ambos, se denominó más bien madre de Cristo, porque eso era; no esposa de José, porque no lo era. Pero esta razón también fue guardada por el ángel: que cuando significaba la desposada con el justo José, la denominara esposa. Pues así dice: "José hijo de David, no temas recibir a María tu esposa". Por lo tanto, la desposada recibió el nombre de esposa, y reconocida como esposa después del parto se muestra solo madre de Jesús: para que del mismo modo que se diputara al justo José el matrimonio de la misma María en la virginidad, así se mostrara su venerable virginidad en la madre de Jesús.

4. Hijos de José de un matrimonio anterior. Pero hombres malísimos presumen de aquí la autoridad de su opinión, de que se ha transmitido que nuestro Señor tuvo varios hermanos. Los cuales, si hubieran sido hijos de María, y no más bien recibidos por José de un matrimonio anterior; nunca en el tiempo de la pasión habría sido transcrita como madre al apóstol Juan, diciendo el Señor a ambos: "Mujer, he ahí a tu hijo" (Juan 19, 26 y 27); y a Juan: "He ahí a tu madre"; sino

porque para consuelo de la desolada, dejaba la caridad del hijo en el discípulo.

5. Qué indican la fe y los dones de los Magos. Por lo demás, el nacimiento de la estrella entendido primero por los Magos, indica que pronto las gentes creerían en Cristo, y hombres de una profesión muy apartada de la ciencia del conocimiento divino, conocerían la luz que existió inmediatamente en su nacimiento. Finalmente, la oblación de dones expresó el entendimiento en él de toda la cualidad: confesando en el oro al rey, en el incienso a Dios, en la mirra al hombre. Y así, a través de su veneración, se consumó el conocimiento de todo el sacramento: en el hombre de la muerte, en Dios de la resurrección, en el rey del juicio. Por lo cual, se les prohíbe repetir el camino y volver a Herodes en Judea (Mat. 2, 12): no se nos permite pedir nada de ciencia y reconocimiento a Judea, sino que, poniendo toda la salvación y esperanza en Cristo, somos amonestados a abstenernos del camino de la vida anterior.

6. Qué la huida de Cristo a Egipto. Inocentes, mártires. Por lo demás, preparando Herodes la muerte del pequeño, José es amonestado por el Ángel para que lo traslade a Egipto (ibíd. 13): Egipto lleno de ídolos, y venerando monstruos de toda clase de dioses. Ya después de la persecución de los judíos, y del asentimiento del pueblo profano en extinguirlo, Cristo pasa a las naciones entregadas a religiones vanísimas: y dejando Judea, se introduce para ser adorado por el mundo que lo ignora, Belén, es decir, Judea, redundando en sangre de mártires. Por lo demás, el furor de

Herodes y la matanza de los niños es la forma del pueblo judaico ensañándose contra los cristianos: pensando que puede extinguir el nombre de Cristo en la fe y profesión de todos por la matanza de los bienaventurados Mártires.

7. La Iglesia duele la perdición de los judíos. Pero se devuelve por el profeta un glorioso honor a la muerte de ellos, diciendo: "Voz oída en Ramá, llanto y alarido mucho, Raquel llorando a sus hijos: y no quiso ser consolada, porque no son" (Jer. 31, 15: y Mat. 2, 18). Raquel, esposa de Jacob, fue estéril por mucho tiempo; pero no perdió a ninguno de los que engendró. En verdad ella en el Génesis prefirió el tipo de la Iglesia. No se oye, pues, la voz y el llanto de aquella que no tuvo dolor de hijos perdidos, sino de esta Iglesia estéril por mucho tiempo, pero ahora fecunda. Su llanto por los hijos se oye, no por eso porque doliera por los que murieron; sino porque era muerta por aquellos a quienes habría querido retener como hijos primogénitos. Finalmente no quiso ser consolada la que dolía. Pues no es que no fueran aquellos que se pensaba que habían muerto; pues eran llevados al progreso de la eternidad por la gloria del martirio. Por lo demás, la consolación debía prestarse para la cosa perdida, no para la aumentada.

CAPÍTULO II.

Sobre Jesús regresado de Egipto, y sobre la predicación de Juan y el bautismo del mismo, y sobre el Señor bautizado.

1. José tipo de los apóstoles. Después de lo cual, muerto Herodes, José es amonestado por el Ángel para que regrese a Judea con el niño y su madre (Mat. 2, 20). Y regresando, cuando había oído que Arquelao, hijo de Herodes, reinaba, temió venir allí (ibíd. 21): y es amonestado por el ángel para que pase a Galilea y habite en Nazaret, ciudad de esa región. Se le amonesta, pues, a regresar a Judea: y habiendo regresado, teme. Y de nuevo amonestado por una visión, se le ordena pasar a la región de las naciones. Pero o no debió temer el que fue amonestado, o no debió entregarse por el ángel una amonestación que pronto habría de cambiarse. En verdad se guardó una razón típica. Pues José tiene la apariencia de los apóstoles, a quienes se creyó que Cristo debía ser llevado. Estos, como si muerto Herodes, es decir, perdido su pueblo en la pasión del Señor, fueron mandados predicar a los judíos; pues habían sido enviados a las ovejas perdidas de la casa de Israel: pero permaneciendo el dominio de la infidelidad hereditaria, temen y se retiran. Amonestados por una visión, a saber, contemplando el don del Espíritu Santo en las naciones, trasladan a ellas a Cristo, enviado a Judea, pero denominado vida y salvación de las naciones.

2. El lugar, la predicación, el vestido, el alimento de Juan. "En aquellos días vino Juan predicando en el desierto de Judea, diciendo: Haced penitencia; pues se ha acercado el reino de los cielos", etc. (Mat. 3, 1). En Juan debe contemplarse el lugar, la predicación, el vestido, el alimento: y de tal modo que recordemos que la verdad de los he-

chos no se corrompe por eso si se somete la razón de la inteligencia interior a las cosas que se han de hacer. Pues para el que predicaba eran tanto el lugar más oportuno, como el vestido más útil, y el alimento más apto: pero subyace un ejemplo a los hechos, y en él la operación misma es meditación. Pues vino también a la desierta Judea, desierta de la frecuentación de Dios, no del pueblo; y vacía de la habitación del Espíritu Santo, no de hombres; para que el lugar de la predicación protestara la soledad de aquellos a quienes la predicación era enviada. También pronuncia la penitencia con el reino de los cielos acercándose, por la cual se da el regreso del error, y el recurso del crimen, y después del pudor de los vicios la profesión de dejar de pecar: para que la desierta Judea recordara que lo recibiría a él, en quien está el reino de los cielos; para no estar vacía en adelante, si se hubiera purgado de los antiguos vicios por la confesión de la penitencia. También el vestido tejido con pelos de camello designa el hábito peregrino de aquella predicación profética: cuando con los despojos de animales inmundos, a los que somos estimados iguales, el predicador de Cristo es vestido; y se hace santificado por el hábito profético lo que en nosotros había sido antes o inútil o sucio. Por lo demás, el ceñirse de la zona es una preparación eficaz para toda buena obra: para que por voluntad estemos ceñidos para todo ministerio de Cristo. También se eligen para el alimento las langostas, fugaces ante los hombres, y que vuelan ante todo sentido de nuestro advenimiento: nosotros, a saber, que por todo discurso y encuentro

de los profetas éramos llevados por ciertos saltos de los cuerpos. Vagos por voluntad, inútiles en las obras, quejosos en las palabras, peregrinos en la fe, ahora somos alimento de los santos y saciedad de los profetas, elegidos junto con la miel silvestre: habiendo de ofrecer de nosotros un alimento dulcísimo, no de los panales de la ley, sino de los troncos de los árboles silvestres.

3. La fe o la infidelidad hace hijos de Abrahán o del diablo. Predicando Juan, pues, con tal hábito, denomina "progenie de víboras" a los fariseos y saduceos que venían al bautismo: les amonesta a que hagan frutos dignos de penitencia, ni se gloríen de tener por padre a Abrahán, porque Dios es potente para excitar hijos de Abrahán de las piedras (Mat. 3, 7-9). Pues no se busca la sucesión de la carne, sino la herencia de la fe. Por lo tanto, la dignidad del origen consiste en los ejemplos de las obras: y la gloria de la estirpe se retiene por la imitación de la fe. El diablo es infiel, Abrahán fiel. Pues aquel fue pérfido en la trasgresión del hombre, pero este fue justificado por la fe. Por lo tanto, las costumbres y la vida de cada uno adquiere la proximidad del parentesco: para que los que son fieles sean linaje de Abrahán por la fe; pero los que son infieles se transformen en progenie del diablo por la infidelidad: cuando también los fariseos son denominados nación de víboras, y se les prohíbe la glorieta de un padre santificado, y de las rocas y peñascos se excitan hijos de Abrahán, y se les amonesta para que operen frutos dignos de penitencia: para que los que habían comenzado a tener por padre al diablo, con aquellos que fueran

excitados de las piedras, de nuevo se hagan hijos de Abrahán por la fe.

4. Cristo nuestro salvador y juez. Por lo demás, el hacha puesta en las raíces de los árboles testifica (Mat. 3, 10) el derecho de la potestad presente en Cristo, significando por la tala e incendio de los árboles infructuosos que el exterminio de la perfidia inútil se prepara para la conflagración del juicio. Y porque la obra de la Ley ya sería ineficaz para la salvación, y Juan habría existido como mensajero para los que habrían de bautizarse en la penitencia (pues el oficio de los profetas era revocar de los pecados, pero lo propio de Cristo era salvar a los creyentes); dice que él bautiza en la penitencia, pero que vendrá uno más fuerte, de cuyo oficio de llevar el calzado es indigno (ibíd. 11): dejando a los apóstoles la gloria de la predicción que habría de llevarse de un lugar a otro, a quienes correspondía anunciar con hermosos pies la paz de Dios (Is. 52, 7). Designa, pues, en el Señor el tiempo de nuestra salvación y juicio, diciendo: "Él os bautizará en el Espíritu Santo y el fuego": porque para los bautizados en el Espíritu Santo, queda que se consume por el fuego del juicio. "Teniendo el biello en su mano, y purgará su era, y recogerá su trigo en el granero; pero las pajas las quemará con fuego inextinguible" (Mat. 3, 12). La obra del biello es discernir lo fructuoso de lo infructuoso. El que esté en la mano del Señor indica el arbitrio de la potestad, reconditando su trigo, a saber, los frutos perfectos de los creyentes, en los graneros; pero quemando con el fuego

del juicio las pajas, esto es, la vacuidad de los hombres inútiles e infructuosos.

5. Santificó al hombre por la ascensión, las aguas por el lavacro. "Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán a Juan, para ser bautizado por él" (ibíd. 13); y lo demás. Había en Cristo Jesús un hombre íntegro; y por eso el cuerpo asumido para el servicio del espíritu cumplió en sí todo el sacramento de nuestra salvación. Vino, pues, a Juan nacido de mujer, constituido bajo la ley, y por el Verbo hecho carne. Ciertamente él no necesitaba del lavacro, porque se dijo de él: "No cometió pecado" (1 Pe. 2, 22); y donde no hay pecado, la remisión también del mismo es ociosa. Pero tanto el cuerpo como el nombre de nuestra creación habían sido asumidos por él: y así él no tuvo necesidad de lavarse, sino que por él en las aguas debía ser santificada la purificación de nuestro lavatorio. Finalmente se le prohíbe ser bautizado por Juan, como Dios (Mat. 3, 14): y enseña que así conviene hacerse en sí mismo, como hombre (ibíd. 15). Pues por él debía cumplirse toda justicia, por quien solo podía cumplirse la ley. Y así no necesita del lavacro por el testimonio del profeta, y por la autoridad de su ejemplo consuma los sacramentos de la salvación humana, santificando al hombre tanto por la ascensión como por el lavacro.

6. Los efectos de nuestro bautismo adumbrados en el bautismo de Cristo. También en él se expresa el orden del secreto celestial. Pues bautizado él, franqueados los accesos de los cielos, el Espíritu Santo es enviado, y se reconoce bajo la

forma de una paloma visible, y es infundido con la unción de tal tipo de piedad paterna. Una voz de los cielos habla luego así: "Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado" (ibíd. 17). El Hijo de Dios es mostrado por el oído y la vista, y al pueblo infiel y desobediente a los profetas se envía el testimonio sobre su Señor tanto de la contemplación como de la voz: y al mismo tiempo para que por aquello que se consumaba en Cristo conociéramos que, después del lavacro del agua, tanto el Espíritu Santo vuela sobre nosotros desde las puertas celestiales, como somos infundidos con la unción de la gloria celestial, y por la adopción de la voz paterna nos hacemos hijos de Dios; cuando la verdad prefiguró la imagen del sacramento así dispuesto en nosotros por los mismos efectos de las cosas.

CAPÍTULO III.

Sobre el tentador diablo, y sobre el ayuno de Jesús de cuarenta días, sobre Pedro y Andrés pescadores.

"Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo" (Mat. 4, 1), y lo demás. Tanto la traslación al desierto, como el ayuno de cuarenta días, y después del ayuno el hambre, y la tentación de Satanás, y la respuesta del Señor, están llenos de los efectos de un gran y celestial consejo. Pues el que fuera llevado al desierto significa la libertad del Espíritu Santo, ofreciendo ya a su hombre al diablo, y permitiendo la ocasión de tentarlo y asumirlo, que no habría tenido el tentador si no se le hubiera

dado. Había, pues, en el diablo una sospecha por temor, no un conocimiento por sospecha: pues se conmovía por el ayuno de cuarenta días. Sabía que por otros tantos días las aguas del abismo se habían derramado (Gén. 7, 17), explorada la tierra de la promesa, la ley de Moisés escrita por Dios, y también de los años en los que el pueblo permaneció en el eremitorio con la vida y el hábito de ángeles, este número había sido cumplido. Por lo tanto, por el temor de ese tiempo, al tentar a aquel a quien contemplaba como hombre, tomó la temeridad. Pues había engañado a Adán, y lo había llevado a la muerte engañándolo. Pero era tan digno de su maldad y su crimen que fuera vencido en aquel hombre en cuya muerte y calamidades se gloriaba; y quien había envidiado los beneficios de Dios al hombre, no podía entender a Dios en el hombre antes de la tentación. Por lo tanto, el Señor es tentado inmediatamente después del bautismo, indicando por su tentación que en los santificados de nosotros es donde más se ensañan las tentaciones del diablo: porque la victoria le es más deseada de los santos.

2. Qué tipo de hambre de Cristo.

Ni siquiera tuvo hambre del alimento de los hombres, sino de la salvación: pues después de los cuarenta días, no en los cuarenta días, tuvo hambre (Mat. 4, 2), no habiendo tenido hambre Moisés y Elías en el mismo tiempo del ayuno. Por lo tanto, cuando el Señor tuvo hambre, no subrepticamente se introdujo la operación de la inedia: sino que aquella virtud, no movida por el ayuno de cuarenta días, dejó al hombre a su na-

turalidad. Pues no debía ser vencido el diablo por Dios, sino por la carne: a la cual ciertamente no se habría atrevido a tentar, si no hubiera reconocido en ella por la debilidad del hambre lo que es del hombre. Sintiéndola ciertamente en él, comenzó así: "Si eres hijo de Dios" (Mat. 4, 3). Discurso dudoso es, "si eres hijo de Dios". Aunque lo viera hambriento, temía en él el ayuno de cuarenta días. Por la cual razón de las cosas indica que, después de la conversación de cuarenta días en los que después de la pasión habría de morar en el siglo, tendría hambre de la salvación humana. En cuyo tiempo, el don esperado por Dios Padre, el hombre que había asumido, lo reportó.

3. Qué explora el diablo la deidad de Cristo, o intenta romper la paciencia. Cristo Dios y hombre.

Debe contemplarse, pues, ahora aquello de qué interrogatorios usó finalmente. Dice: "Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes". El falaz diablo, y artífice muy calificado para engañar, sabía que Cristo podía todo, y sentía el hambre en el hombre por el mismo tiempo del ayuno, ignorando qué era de lo que se tenía hambre. Propuso, pues, en la tentación una condición de obra, por la cual tanto en Dios, por la mutación de las piedras en panes, reconociera la virtud de la potestad; como en el hombre, por el deleite del alimento, se burlara de la paciencia del hambre. Pero el Señor, no teniendo hambre de pan más bien que de la salvación de los hombres, dice: "No solo de pan vive el hombre" (ibíd. 4): porque él mismo no solo hombre, sino también

Dios, aunque hasta el día de la tentación se abstuviera del alimento del hombre, sin embargo era alimentado por el Espíritu de Dios: mostrando que no en este pan solitario, sino en el Verbo de Dios debe esperarse el alimento de la eternidad.

4. El diablo calla lo que está contra él: se debe evitar la jactancia. La siguiente interrogación también es tal, cuando lo hubo subido a lo más alto del templo: "Si eres hijo de Dios, lánzate abajo", y lo demás (ibíd. 6). Trabaja por la tentación para deducir al Señor desde lo excelso a lo inferior: y contener en cosas humildes a quien está puesto en lo más alto del templo, esto es, eminente sobre las leyes y los profetas. Sabía ciertamente que también los ministerios de los ángeles estaban prontos para el hijo de Dios, ni podía incidir en piedra de ofensa (Sal. 90, 12 y 13): puesto que caminaría sobre el áspid y el basilisco, y pisotearía al león y al dragón. Pues de esto que se dijo contra él calló; pero recordando lo superior, quiere de cualquier modo elicitar la obediencia del tentado; habiendo de reportar gloria de aquí, si el Señor de la majestad le hubiera obedecido, aunque fuera por confianza. Pero ninguna ocasión de tan gran fraude le sucedió al diablo, testificando eso mismo el Señor en un tiempo posterior, cuando dice: "Viene el príncipe de este siglo, y no encuentra en mí nada" (Juan 14, 30). Siguió, pues, una respuesta del Señor digna de esta petulancia suya: "No tentarás al Señor tu Dios" (Mat. 4, 7). Conundiendo los intentos y tentaciones del diablo, se protesta tanto Dios como Señor: enseñando que de los fieles debe estar ausente la jactancia,

porque aunque todo sea posible para Dios, sin embargo nada debe intentarse para tentarlo.

5. El mismo orden de las tentaciones de Cristo que el de Adán. El honor del siglo, obra del diablo. Pero ya por tercera vez se conmueve toda la ambición de la potestad diabólica. Constituido, pues, el Señor en un monte excelso, le ofreció todos los reinos del orbe de las tierras, y la gloria de ellos, si tan solo él mismo fuera adorado (ibíd. 8 y 9). Ya por la doble respuesta había excedido la opinión de la sospecha. A Adán lo había engañado con el alimento, y lo había deducido de la gloria del paraíso al lugar del pecado, esto es, a la región del árbol prohibido: por tercera vez lo había corrompido con la ambición del nombre divino, prometiéndole que sería semejante a los dioses. Por lo tanto, contra el Señor se lucha ya con toda la potestad del siglo, y se ofrece a su Creador la posesión de este universo: para que, manteniendo el orden del antiguo fraude, a quien no había engañado con el alimento, ni movido por el lugar, ahora al menos lo corrompiera por la ambición. Pero la respuesta del Señor hizo un grado digno de lo superior. Pues dice: "Vete, Satanás. Escrito está, pues: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás" (ibíd. 10). Llevó un éxito congruente con tanta temeridad, cuando oyó el nombre de sus crímenes en "Satanás", y conoció en el hombre que el Señor su Dios debía ser adorado. Proporcionó también el Señor con el efecto de esta respuesta un gran ejemplo para nosotros: para que, despreciada la gloria de la potestad humana, y pospuesta la ambición del siglo, solo recordá-

ramos que el Dios y el Señor debe ser adorado; porque todo honor del siglo es negocio del diablo. Después de esta huida del diablo, pues, los Ángeles ministran a Cristo (Mat. 4, 11); mostrando que, una vez vencida y pisoteada por nosotros la cabeza del diablo, no faltarán los ministerios de los Ángeles y los oficios de las Virtudes celestiales hacia nosotros.

6. Qué designa la vocación de los primeros Apóstoles. Por lo demás, cuando Jesús hubo oído que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea (ibíd. 12). El tránsito a Cafarnaúm, y la profecía de Isaías, es el orden del hecho realizado. Por lo demás, en la elección de los pescadores, por el arte de los hombres se produce la obra de su futuro oficio; para que, como los peces del mar, así los hombres en adelante fueran extraídos del siglo hacia un lugar superior, esto es, a la luz del habitáculo celestial. A los cuales, dejando el arte y las patrias y las casas, se nos enseña que habremos de seguir a Cristo, y no ser retenidos por la solicitud de la vida secular, ni por la costumbre de la casa paterna. Por lo demás, al elegir primero a los cuatro Apóstoles, además de la fe de las cosas, porque también se hizo así, se prefigura el número de los futuros Evangelistas. Recorre, pues, Galilea, y predica en las sinagogas el Evangelio del reino: y curando las debilidades de todas las enfermedades, él mismo se presenta por los hechos: para que a quien solían leer en los volúmenes de los profetas, lo contemplaran presente por las obras.

CAPÍTULO IV. De la bienaventuranza y los preceptos, de la reconciliación de los hermanos, del adulterio, de arrancar el ojo y la mano, de los juramentos y la limosna. 1. Qué es Cristo en el monte. Reunidas, pues, muchas turbas, subió al monte y enseña (Mat. V, 1): puesto ciertamente en la celsitud de la majestad paterna, constituye los preceptos de la vida celestial. Pues no habría transmitido los institutos de la eternidad si no estuviera puesto en la eternidad. Finalmente, así está escrito: Abrió su boca y les enseñaba (Ibíd. 2). Era más pronto decir que él había hablado. Pero porque había insistido en la gloria de la majestad paterna y enseñaba la eternidad, por eso se muestra que el oficio de la boca humana obedeció al movimiento del Espíritu elocuente.

2. Causas y premio de la humildad. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Ibíd. 3). Con el ejemplo el Señor había enseñado que se debe abandonar la gloria de la ambición humana, diciendo: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (Mat. IV, 10). Y como hubiera anunciado por los profetas que elegiría a un pueblo humilde y tembloroso ante sus palabras (Is. LXVI, 2); puso en la humildad del espíritu el exordio de la perfecta bienaventuranza. Por tanto, los que aspiran a lo humilde, esto es, recordando que son hombres, constituidos en la posesión del reino celestial, siendo conscientes de que de principios sórdidos y pequeñísimos fueron formados en esta forma de cuerpo perfecto, y que proceden a este sentido de sentir, contemplar, juzgar y actuar, administrando Dios

el provecho: que nada es de nadie, nada es propio, sino que a todos por don de un solo padre se les atribuyen los mismos primordios de venir a la vida, y se les administra la sustancia para usarla: y que nosotros, por el ejemplo de aquel óptimo que nos ha otorgado esas cosas, debemos ser émulos de su bondad realizada en nosotros; para que seamos buenos con todos, consideremos todo común para todos; que no nos corrompa ninguna insolencia de fasto secular, ni la codicia de las riquezas, ni la ambición de la vana gloria: sino que estemos sujetos a Dios, y por la comunión del vivir estemos ligados a todos por la caridad de la vida común, estimando que incluso en aquello por lo que hemos nacido habrá un gran provecho de la bondad divina, cuyo premio y honor debe merecerse por las obras de la presente vida: y así, por esta humildad del espíritu por la cual nos acordamos de Dios y de todo lo concedido, y de esperar en adelante cosas mejores, el reino de los cielos será nuestro.

3. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. (Mat. V, 4). Promete a los mansos la herencia de la tierra, esto es, de aquel cuerpo que el mismo Señor asumió como habitación. Porque por la mansedumbre de nuestra mente Cristo habrá habitado en nosotros, nosotros también seremos vestidos con la gloria clarificada de su cuerpo.

4. De quién será el consuelo el luto. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Ibíd. 5). Repromete a los que lloran los solacios de la consolación eterna. No a los

que lamentan orfandades o contumelias o daños, sino a los que lloran los pecados viejos, y a los atribulados por la conciencia de los crímenes por los cuales nos ensuciamos, se prepara esta asidua consolación en el cielo.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Ibíd. 6). Atribuye la bienaventuranza a los que tienen sed y hambre de justicia: significando que la avidez de los santos, extendida hacia la doctrina de Dios, se llena con los bienes de la perfecta saciedad en el cielo.

Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos (Mat. V, 7). Prepara los dones de la misericordia para los misericordiosos. Pues en tanto se deleita Dios con el afecto de nuestra benevolencia hacia todos, que solo a los misericordiosos ha de prestar su misericordia.

7. El inmundo no puede soportar la vista de Dios. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Ibíd. 8). Promete a los limpios de corazón la visión de Dios. Pues nada poluto y sórdido se mantiene ante el encuentro de la claridad divina, y ante la vista de Dios se embota la agudeza de la mente obsoleta: a saber, que están patentes tanto a la visión como al encuentro de Dios aquellos a quienes, por el esplendor del ánimo y la pureza de la vida, les sea dada la potestad de contemplar. Pues si no somos perfectos en el espíritu, e inmutados por la inmortalidad, lo cual está dispuesto solo para los

limpios de corazón, no veremos esto que en Dios es inmortal.

8. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Ibíd. 9). La bienaventuranza de los pacíficos es el premio de la adopción, para que permanezcan como hijos de Dios; pues el padre de todos es un solo Dios. Ni de otro modo será lícito pasar a la denominación de su familia, si no es asumiendo el olvido de aquellas cosas por las que pudiéramos ser ofendidos, y si no vivimos en la paz de la caridad fraterna recíproca.

9. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, y lo demás (Ibíd. 10). Al final los remunera con la perfecta bienaventuranza, a aquellos para quienes el afecto es propenso a padecer todo por Cristo: porque él mismo es la justicia. Para estos, pues, se reserva tanto el reino, como se promete una merced copiosa en el cielo; para quienes, en el desprecio del siglo, pobres de espíritu, y oprobiosos por los daños y pérdidas de las cosas presentes, y confesores de la justicia celestial contra las maldiciones de los hombres, y en adelante gloriosos mártires de las promesas de Dios, hayan dedicado todo el uso de la vida al testimonio de su eternidad.

10. Los apóstoles, sal de la tierra. Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se desvaneciere: para nada vale aquello que será salado (Mat. V, 12). Sal de la tierra, según estimo, no hay ninguna: ¿cómo, pues, llamó a los apóstoles sal de la tierra? Pero debe buscarse la propiedad de lo dicho, la cual mostrarán tanto el oficio de los apóstoles

como la naturaleza de la sal misma. La sal es, conteniendo en sí sola, el elemento del agua y del fuego; y esto de dos cosas es una. Así pues, este efecto para el único uso del género humano imparte incorrupción a los cuerpos sobre los que fuera esparcida, y es aptísima para todo sentido del sabor sazonado. Por su parte, los apóstoles son predicadores de las cosas celestiales, y como sembradores de la eternidad: confirmando la inmortalidad a todos los cuerpos sobre los cuales fuera esparcido su sermón, y, como Juan arriba es testigo, perfeccionados por el sacramento del agua y del fuego. Con razón, pues, fueron llamados sal de la tierra, reservando por la virtud de la doctrina los cuerpos para la eternidad a modo de salazón. Pero la naturaleza de la sal es siempre la misma, ni puede ser mudada nunca. Pero porque el hombre está sujeto a la conversión, y solo es bienaventurado el que haya permanecido hasta el fin en todas las obras de Dios; por eso a ellos, llamados sal de la tierra, les advierte que persistan en la virtud de la potestad que les ha sido entregada, no sea que desvanecidos nada salen, y habiendo perdido ellos mismos el sentido del sabor recibido no puedan vivificar lo corrompido, y proyectados de los prontuarios de la Iglesia, con aquellos a quienes salaron, sean pisoteados por los pies de los que caminan.

11. El mundo ahuyenta las tinieblas. Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V, 14). La naturaleza de la luz es que emita luz por donde quiera que se lleve, y que, introducida en los edificios, destruya las tinieblas dominando la luz. Por tanto, el

mundo, puesto fuera del conocimiento de Dios, se oscurecía con las tinieblas de la ignorancia: al cual se introduce la luz de la ciencia por los apóstoles, y clarea el conocimiento de Dios, y desde sus pequeños cuerpecillos, por donde quiera que caminen, se suministra luz a las tinieblas.

12. La ciudad es la carne asumida por Cristo, los ciudadanos los hombres. No puede esconderse una ciudad edificada sobre un monte, ni encienden una lámpara y la ponen bajo el celemín, y lo demás (Ibíd. 15). Llama ciudad a la carne que había asumido: porque así como la ciudad consta de la variedad y multitud de los habitantes; así en él, por la naturaleza del cuerpo asumido, se contiene una cierta congregación de todo el género humano. Y así tanto él, de nuestra congregación en sí, se hace ciudad, como nosotros por el consorcio de su carne somos la habitación de la ciudad. Por lo tanto, ya no puede esconderse: porque puesto en la altura de la celsitud de Dios, se eleva para ser contemplado y entendido por todos por la admiración de sus obras.

13. La Sinagoga, celemín que oculta la luz. Cristo es la lámpara. Pero ni se enciende una lámpara para ser escondida bajo el celemín. ¿Pues qué fruto es contener bajo cerrojo el gasto de la luz? Verdaderamente el Señor comparó dignamente a la Sinagoga con el celemín: la cual, recibiendo los frutos recolectados solo dentro de sí, contenía una medida cierta de la observancia medida; sin embargo, ahora, al venir él, está vacía de todo fruto, aunque todavía no es capaz de ocultar la luz. Y por eso ya la lámpara de Cristo no

debe ser escondida bajo el celemín, ni ocultada por el velo de la Sinagoga: sino que, suspendida en la pasión del madero, habrá de proporcionar luz eterna a los que habitan en la Iglesia. Igualmente advierte que los apóstoles brillen con la misma luz (Mat. V, 16); para que por la admiración de su obra se imparta alabanza a Dios: no porque convenga buscar la gloria de los hombres, porque todo debe hacerse para el honor de Dios; sino para que, aunque nosotros lo disimulemos, nuestra obra resplandezca ante aquellos entre quienes vivimos.

14. La ley es precursora de Cristo. No penséis que he venido a disolver la ley o los profetas: no he venido a disolver, sino a cumplir (Ibíd. 17). La virtud y la potestad de las palabras celestiales han complejojado en sí grandes momentos. Pues la ley de las obras fue puesta, y concluyó todo en la fe de aquellas cosas que habrían de ser reveladas en Cristo: cuya doctrina y pasión es el grande y profundo arbitrio de la voluntad paterna. Por su parte, la ley, bajo el velo de las palabras espirituales, habló de la natividad de nuestro Señor Jesucristo, y de su corporalidad, y de su pasión y resurrección: y que eso ya fue dispuesto así antes de los tiempos seculares para el tiempo de nuestra edad, es autoridad frecuente tanto profética como apostólica. Por lo tanto, después del ayuno de cuarenta días, Satanás, ansioso por tantas sospechas, prorrumpió hasta la audacia de tentar: temiendo en gran medida el arcano de la molición celestial en Jesús. Pues Jesús para nuestro Señor es el nombre que proviene del cuerpo.

Así pues, tanto su corporalidad como su pasión son voluntad de Dios y salud del siglo: y está más allá del elocuio del sermón humano que Dios de Dios, Hijo de la sustancia del Padre y subsistente dentro de la sustancia del Padre, primero se encarnó en hombre, luego fue sujeto a la muerte por la condición de hombre, y finalmente, después de tres días, regresando de la muerte a la vida, haya devuelto al cielo la materia del cuerpo asumido, asociada a la eternidad de su Espíritu y de su sustancia.

15. Qué cosas fueron cumplidas por Cristo. No hay que avergonzarse de la cruz de Cristo. Para que, por lo tanto, no pensáramos que en sus obras había otra cosa que lo que se contenía en la ley, profesó que él no soltaba la ley, sino que la cumplía: ciertamente el cielo y la tierra, como estimamos, son elementos que habrán de disolverse; por lo demás, ni lo más mínimo de los mandatos de la ley puede quedar infecto; pues en él se cumple toda la ley y la profecía. Bajo la pasión y ya a punto de entregar el espíritu, seguro de este gran arcano en sí, habiendo bebido el vinagre, profesó que todo estaba consumado: pues todos los dichos de los profetas tomaban entonces la fe de los hechos. Así pues, estableció que ni siquiera lo mínimo de los mandatos de Dios debe ser soltado sino con pecado contra Dios (Ibíd. 19): denunciando que serán los mínimos, esto es, los últimos y casi nulos, los que suelten lo mínimo. Por lo demás, nada puede ser menor que estas cosas que son mínimas. Pero lo mínimo de todo es la pasión del Señor y la muerte de cruz:

la cual, si alguien no la confiesa como algo de lo que avergonzarse, será el mínimo; pero al que la confiesa le promete la gloria de una gran vocación en el cielo.

16. Cómo el Evangelio excede a la ley. Pero os digo que, si vuestra justicia no abundare más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Ibíd. 20). Con un bellissimo ingreso comenzó a exceder la obra de la ley, de modo que no la disolviera, sino que la precediera con un provecho mejor: denunciando que no habría acceso para los apóstoles al cielo si no antecedieran la justicia de los fariseos con la equidad. Propuestas, pues, estas cosas que están prescritas en la ley, las transgrede por el provecho, no por la abolición.

17. La ira sin causa es rea de homicidio. La ley prohibió matar, habiendo de expiar el reato de homicidio con la severidad del juicio (Ibíd. 21). Pero el afecto de la mente mal movida contra otro tiene la misma pena en los Evangelios; y por el precepto de la fe la ira concebida sin razón no es menos rea que el homicidio en las obras de la ley. Y quien dijere a su hermano "racha", será reo ante el concilio (Ibíd. 22). "Racha" es el oprobio de la vaciedad: y quien acusa de vaciedad con un impropio a quien está lleno del Espíritu Santo, se hace reo ante el concilio de los santos; habiendo de pagar la contumelia al Espíritu Santo con la animadversión del juicio de los santos. Pero quien dijere "fatuo", será reo del fuego de la Gehena. Es peligro de gran pecado provocar con la contumelia de un sentido desvanecido a quien

Dios llamó sal: y exasperar con la maldición de una estúpida inteligencia a la inteligencia saliente (a quien sala) de los estúpidos. Ese tipo de cosas será, pues, alimento del fuego eterno. Así, todo lo que la ley no condenó ni siquiera en las obras mismas, la fe de los evangelios lo condena por la facilidad contumeliosa de las palabras.

18. La paz con los hermanos debe anteponerse a la paz de Dios. Ligando, pues, a todos con mutua caridad, no permite que se haga ninguna súplica de oración no pacífica: sino que a los que ofrecen dones en el altar, si recuerdan tener alguna enemistad con los hermanos, les manda volver reconciliados con la paz humana a la paz divina, habiendo de pasar a la caridad de Dios desde la caridad de los hombres (Ibíd. 23 y 24).

19. Debe iniciarse pronto. Y porque no permite que ningún tiempo esté vacío del afecto de la placabilidad, mandó reconciliarnos pronto con el adversario por benignidad en todo el camino de nuestra vida: no sea que, morosos en el retorno de la gracia, lleguemos al tiempo de la muerte sin haber iniciado la paz, y el adversario nos entregue al juez, y el juez al ministro, y seamos metidos en la cárcel, y no salgamos de allí hasta que paguemos el último cuadrante (Ibíd. 25 y 26). En los preceptos de la oración dominical oramos para que se nos remitan nuestros pecados según el ejemplo, y dada la condición de perdón a los adversarios, deprecamos el perdón de él mismo (Mat. VI, 12). Así pues, este se nos negará si se niega a otros por nosotros: y somos reos por nuestro propio juicio si pasamos al tiempo del juicio sin

haber remitido las enemistades; entregándonos el adversario al juez, porque la ira de nuestra enemistad que permanece contra él nos arguye. Y porque la caridad cubre muchísimos pecados (1 Pe. IV, 8), y es patrona ambiciosa de nuestros errores ante Dios; pagaremos el último cuadrante de la pena, a no ser que la culpa de algunos crímenes sea redimida por el precio de ella misma. Por lo demás, no he pensado que deba tratarse lo que por muchos ha sido sentido en este capítulo. Pues esto de que se nos manda reconciliarnos con el adversario por benevolencia, lo refirieron a la concordia del cuerpo y del espíritu que se adversan entre sí; pero nosotros, manteniendo el orden de la doctrina y excediendo la obra de la ley con los provechos evangélicos, no pensamos que deba arrancarse la continuación de la inteligencia.

20. Habéis oído que se dijo a los antiguos: No adulterarás, etc. (Mat. V, 27). El orden del precepto sigue su curso, y omitidas las obras de la ley, ya en los Evangelios el adulterio se iguala al solo movimiento del ojo que incide: y se castiga con la obra de la fornicación el afecto seductor de la vista que transcurre.

21. Los miembros que deben ser cortados, parientes que escandalizan. En vano se corta el cuerpo, y no el corazón. Que si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y arrójalalo de ti, etc. (Ibíd. 29). El grado de la inocencia se hace más excelso, y la fe asume provecho. Pues se nos advierte carecer no solo de los propios vicios, sino también de los que inciden desde fuera. Pues los daños

del cuerpo no fueron mandados por causa de los miembros que pecan: pues con el ojo derecho no erraría menos el izquierdo. Ciertamente el pie, careciendo del sentido de la concupiscencia, es inútil por el daño, en el cual no incidirá la causa de la pena. Pero porque los diversos miembros entre sí somos sin embargo todos un solo cuerpo; se nos advierte que arrojásemos de nosotros, o más bien arranquemos, los parentescos de los nombres más queridos, si en ellos vemos algo semejante, para que no vengamos por la familiaridad al consorcio de su crimen: más rectamente careciendo de los miembros útiles y máximamente necesarios, como el ojo y el pie, que ser retenidos por el afecto de un parentesco vicioso hasta la sociedad de la Gehena. Por lo demás, la escisión de los miembros sería útil si también pudiera serlo la del corazón. Pues cuando la concupiscencia se compara con la eficiencia, el daño del cuerpo es ocioso, quedando el instinto de la voluntad.

22. También se dijo: Cualquiera que dejare a su mujer, dele libelo de repudio, etc. (Ibíd. 31). Conciliando la equidad en todos, mandó que esta permaneciera máximamente en la paz de los matrimonios: añadiendo más cosas a la ley, sin quitar nada. Ni ciertamente puede argüirse el provecho. Pues cuando la ley había otorgado la libertad de dar el repudio por la autoridad del libelo, ahora la fe evangélica no solo impuso al marido la voluntad de paz, sino que incluso le impuso el reato de la mujer forzada al adulterio, si ella ha de casarse con otro por la necesidad de la discesión: no prescribiendo ninguna otra

causa para dejar el matrimonio que aquella que manchara al varón con la sociedad de la mujer prostituida.

23. La costumbre y necesidad de jurar quitada a los cristianos. Otra vez oísteis que se dijo a los antiguos: No perjurarás, etc. (Ib. 33). La ley había puesto pena al perjurio, para que la religión del sacramento contuviera la fraudulentia de los que mentían; y al mismo tiempo para que el pueblo rudo e insolente tuviera frecuente mención de su Dios por la familiaridad de jurar. Pero la fe de verdad quita la costumbre del sacramento, constituyendo los negocios de nuestra vida en la verdad, arrojado el afecto de engañar, prescribiendo la simplicidad de hablar y oír; para que lo que era, fuera; y lo que no era, verdaderamente no fuera: porque entre el es y el no, estaría patente la materia de engañar, y todo lo que es de más, eso todo es de mal (Ibíd. 37). Pues lo que es, es propio de ello que sea siempre: por su parte, lo que no es, es de naturaleza que no sea. Por lo tanto, para los que viven en simplicidad no es necesaria la religión de jurar, con los cuales siempre lo que es, es: lo que no, no: y por esto tanto su obra como todo su sermón está en la verdad.

24. Se condena la superstición de los judíos. Ni jurarás por el cielo, porque es el trono de Dios, etc. (Ibíd. 34). No solo no permite que devolvamos los sacramentos a Dios, porque toda la verdad de Dios debe ser retenida por la simplicidad de nuestro dicho y hecho: sino que condena la superstición de la antigua contumacia. Pues por estos nombres de los elementos era religión para los

judíos jurar: tanto por el cielo, como por la tierra y Jerusalén, e incluso por su cabeza, por los cuales deferían veneración al sacramento en contumelia de Dios. ¿Pues qué importancia tenía jurar por el cielo, trono de Dios, jurar por la tierra, escabel de sus pies, jurar por Jerusalén, ciudad que habría de ser destruida en breve por la insolencia y pecados de los habitantes: cuando especialmente había sido constituida para la preformación de la Iglesia, esto es, del cuerpo de Cristo, que es la ciudad del gran rey? Por su parte, ¿por qué querrían jurar por la cabeza? ¿Acaso había facultad de mudar siquiera un cabello para el que juraba, cuando la naturaleza procedente de Dios suministraba el color a todos? Y así demuestra que estas prendas de los sacramentos estuvieron llenas de pecado entre ellos: cuando ignorado o despreciado su artífice, impartían religión a las obras.

25. Se cohíbe la libido de vengarse. Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, diente por diente, etc. (Ibíd. 38). El Señor quiere que la esperanza de nuestra fe extendida hacia lo eterno se pruebe por las cosas mismas: para que la misma tolerancia de la injuria disimulada sea testigo del juicio futuro. La ley contenía al infiel Israel por el miedo dentro del miedo, y cohibía la voluntad de la injuria con la vicisitud de la injuria. Pero la fe no permite que sea tan grave el dolor de ninguna injuria que pida venganza, y que alguien sea vengador de la contumelia que se le ha hecho: porque en el juicio de Dios hay más consuelo para los que han padecido la injuria, y pena más severa para los injuriosos. Y así los Evangelios no solo

nos mandan alejarnos de las iniquidades, sino que incluso exigen la disimulación de la injuria que debe ser vengada. Pues recibida una bofetada se nos manda ofrecer la otra mejilla (Ibíd. 39), y llevando una carga por mil pasos, progresar en el espacio de dos mil pasos, habiendo de tener provecho de la venganza por el aumento de la injuria, ofreciendo el mismo Señor de las virtudes celestiales para incremento de la gloria tanto las mejillas a las palmas como las espaldas a los azotes.

26. Se amputan las causas de los litigios. Se manda la munificencia. Que la dispensación de la gracia de Dios sea gratuita. No solo manda que se deban refugiar los arbitrios del juicio humano, sino incluso que se deban evitar con la voluntad del daño; para que a quien quiere quitarnos la túnica por el juicio, le remitamos también el palio (Ibíd. 40): y despreciando el mobiliario secular por la esperanza de los bienes futuros, arguyamos la vana codicia de las gentes y la vanidad de la avaricia infructuosa. También manda que se dé a todos los que pidan, y no retirar la boca y el ánimo de las súplicas de los que quieren pedir prestado; para que se llenen por nuestra munificencia en aquello de que carecen, y alejemos su sed con la bebida, o su hambre con la comida, o su desnudez con el vestido otorgado: y así seamos hallados dignos de aquellos bienes de los cuales carecemos ante Dios; cuando la costumbre de otorgar concilie el mérito de obtener. También en el oficio de dispensar esta gracia que hemos recibido, demuestra que conviene ser propensos; para que la

dispensación del bien gratuito sea gratuita, y no neguemos a los que quieren pedir prestado lo que nosotros pedimos prestado a Dios, habiendo de ejercer siempre el ministerio de impartir sin daño de lo que se tiene.

27. El amor a los enemigos. Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo, etc. (Ibíd. 43). Concluyó todo con la bondad perfecta. Pues la ley exigía amar al prójimo, y daba licencia de odio contra el enemigo. Pero la fe manda amar a los enemigos, y rompe los petulantes movimientos de las mentes humanas con el afecto de la caridad pública (Ibíd. 44); no solo alejando la ira de la venganza, sino incluso mitigándola en amor hacia el injurioso: porque sea propio de las gentes amar a los que los aman, y sea común querer a los que los quieren. Nos llama, pues, tanto a la herencia de Dios como a su imitación: dando tanto el sol como la lluvia a los buenos e injustos con el advenimiento de su Cristo en los sacramentos del bautismo y del Espíritu (Ibíd. 45). Así nos instituyó para la perfecta vida, por esta concordia de la bondad pública, porque el padre que tenemos en el cielo debe ser imitado como perfecto.

28. Hay que huir de la jactancia. Atended, no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, etc. (Mat. VI, 1). Quita todo cuidado de las cosas presentes, y manda estar atentos solo a la esperanza del futuro, y no seguir el favor de los hombres por la ostentación de la bondad, ni la jactancia de la religión por la abundancia de la oración pública, sino que el fruto de la buena obra

debe contenerse dentro de la conciencia de la fe: porque el seguimiento de la alabanza humana habrá de recibir solo aquella merced que busca de los hombres; por lo demás, la expectativa de merecer a Dios habrá de conseguir el premio de la larga paciencia. También (manda) que la mano izquierda ignore la obra de la derecha (Ibíd. 3). ¿Pero acaso permite esto la naturaleza del cuerpo? ¿O los ministerios de las manos sortean el sentido de la inteligencia? Verdaderamente (quiere esto) para que nuestras obras consistan en la ciencia de Dios: cuando bajo la denominación de los miembros, en estas cosas que hacemos, se aleja la conciencia de aquellas cosas que son nuestras y están con nosotros.

CAPÍTULO V. De la oración y el ayuno, del tesoro en el cielo, de la lámpara del cuerpo, de los dos señores, de la comida y el vestido, de las aves y los lirios del campo y el heno, de la solicitud del día, de la brizna y la viga en el ojo. 1. El lugar de la oración es el corazón. También se nos manda orar cerrada la puerta de la habitación, y se nos enseña a derramar la súplica en todo lugar (Mat. VI, 6): y la oración de los santos fue aceptada entre las fieras, las cárceles, las llamas, y desde lo profundo del mar y el vientre de la bestia (Jon. II, 2). Por tanto, se nos advierte no entrar en la casa oculta, sino en la habitación de nuestro corazón, y orar a Dios cerrado el secreto de nuestra mente, no con palabrería, sino con la conciencia, porque toda obra sobresale de las palabras de lo dicho. Por lo demás, Cipriano, varón de santa memoria, nos libró de la necesidad de comentar sobre el sacra-

mento de la oración. Aunque también Tertuliano escribió un volumen aptísimo sobre esto; pero el error consiguiente del hombre restó autoridad a sus escritos probables.

2. Que la conciencia del que ayuna sea pura, y sus obras buenas. Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas: pues demudan sus rostros para parecer a los hombres que ayunan, etc. (Ibíd. 16 y 17). Enseña que el provecho de los ayunos debe estar fuera de la jactancia del cuerpo consumido, ni debe seguirse el favor de las gentes por la ostentación de la injuria; sino que todo ayuno debe poner en el decoro de la santa operación. Pues el sermón celestial y profético es que el aceite es el fruto de la misericordia. Por tanto, nuestro jefe, esto es, el sentido de nuestra vida, debe ser adornado con las obras de la bondad; porque toda la inteligencia está en la cabeza: y las suciedades en el rostro deben lavarse, para que no haya nada de horror por los vicios, sino más bien que haya gracia de blancura en el encuentro: y así, lavados nosotros en el esplendor de la buena conciencia, y ungidos en la gracia de la obra misericordiosa, nuestros ayunos nos recomienden ante Dios. Por lo demás, si huyendo de la conciencia de los hombres en los ayunos ungimos las cabezas, seremos más bien ridículos, y conocidos.

3. Donde esté el corazón aquí, allí estará después de esta vida. No os atesoréis tesoros en la tierra, y lo demás (Ibíd. 19). Demuestra, por tanto, que omitida la solicitud de la gloria humana y de la opulencia, conviene asumir todo el cuidado de agradar a Dios: porque la alabanza humana o

los vicios de los cuerpos, o la detracción de los envidiosos la corrompen; y este tesoro de dinero, o es peligroso por el detrimento, o por el robo. Por lo demás, la alabanza celestial es eterna, ni debe ser sustraída por el robo que subrepticamente se arrastra, ni ser roída por la tiña o el orín de la envidia: habiendo de tener nuestro corazón el lugar del tesoro según cual haya seguido, y con la luz de nuestra inteligencia habiendo de ser o futuro con el dinero dañoso, o con el Dios sempiterno.

4. Claridad de los cuerpos o tinieblas eternas según la diversa razón de los ánimos. La lámpara de tu cuerpo es tu ojo (Ibíd. 22). El sentido es continente. Pues por el oficio de la luz del ojo expresó la luz del corazón. La cual, si permaneciere simple y lúcida, atribuirá claridad de luz eterna al cuerpo, e infundirá el esplendor de su origen a la corrupción de la carne. Pero si fuere oscura por los pecados, y por la voluntad fuere inicua, la naturaleza del cuerpo estará sujeta a los vicios de la mente. Y si la luz que está en nosotros fuere tenebrosa, ¡cuántas es necesario que sean las tinieblas de las tinieblas mismas (Ibíd. 23)! porque ya suele dominar peligrosamente el origen vicioso de la carne terrena sobre la generosidad del ánimo, y mucho más agravarse los pecados de los cuerpos si además son ayudados por las codicias de los ánimos: y de ello se hace que nuestros cuerpos sean tenebrosos contra su naturaleza si en ellos se ha extinguido la luz de las mentes; la cual, si la retuviéramos por la simplicidad del espíritu, es necesario que ilumine también al cuerpo con su luz.

5. No se puede servir a Dios y al siglo. Nadie puede servir a dos señores, etc. (Ibíd. 24). El servicio de dos señores es infiel, ni puede ser par el cuidado hacia el siglo y hacia Dios. Pues es necesario que en uno esté el odio, y en el otro el amor: porque la misma obra no convenga a la diversa voluntad de los señores, ni los pobres de espíritu que agradan a Dios puedan ser aptos para la ambiciosa jactancia de este siglo.

6. Que por el desprecio del siglo, el ánimo suspire solo por el cielo. Por eso os digo: no penséis en vuestro corazón qué comeréis, ni para vuestro cuerpo qué vestiréis. ¿No es vuestra alma más que la comida, y el cuerpo más que el vestido? (Ibíd. 25). En todo el sermón anterior había mandado el desprecio del siglo y la confianza en lo futuro. Pues cuando manda ser propensos a la injuria, y voluntarios al daño, y negligentes en la venganza, y promiscuos en el amar, e incuriosos hacia la gloria humana; trabaja para que seamos confirmados en la esperanza de los bienes eternos. Pues a muchos tanto el amor de las cosas presentes como la desesperación de las futuras los hace inciertos: y o los captura con los halagos, o los confunde con la infidelidad. Por tanto, el reino de los cielos, que los profetas anunciaron, Juan predicó, y nuestro Señor profesó estar puesto en sí mismo, quiere que sea esperado sin alguna ambigüedad de voluntad incierta: de otro modo la justificación por la fe es nula, si la fe misma se hace ambigua. Por lo tanto, mandó que no hubiera ningún cuidado del vestido y de la comida,

diciendo que el alma es más preciosa que las viandas, y el cuerpo más que la comida.

7. Un sentido más alto late en lo predicho. Y ciertamente es hermoso, por el desprecio de las cosas presentes, dedicar el cuidado solo a las cosas divinas: pero el sermón desciende más hondo, y la razón sujeta a las palabras se extiende hacia la inteligencia del dicho celestial. El Señor mandó guardar el tesoro en el cielo, y por la luz del ojo prometió también el esplendor al cuerpo, y testificó que nadie puede agradar a dos señores: y después de esto dice: Por eso os digo, no penséis en vuestro corazón qué comeréis, ni para vuestro cuerpo qué vestiréis. Lo que sigue no concuerda suficientemente con las proposiciones. ¿Acaso el siervo de un solo señor no podría estar solícito por el vestido y la comida? ¿Acaso por la salud adversa, embotada la luz del ojo, se oscurecerá el cuerpo? ¿O qué luz del cuerpo podría ser a partir del ojo? ¿Acaso solo la desnudez o el hambre podrán atesorar en los cielos?

8. Se resuelven algunas dudas sobre la resurrección. Pero porque el sentido de los infieles está corrompido sobre el cuidado de lo futuro, calumniando cuál será la especie futura en la resurrección de los cuerpos, cuál el alimento para la sustancia de la eternidad; y cuando por las dificultades de cuestiones inútiles se ha buscado alguna razón para usar las presentes voluptuosidades, demorándose por un miedo inútil sobre la reverencia de Dios, pasan a los gozos del siglo; y así es que para dos señores hay el servicio infiel de uno solo: por tanto, por el sumo afecto de

piedad, predicho antes el gravísimo peligro de la desconfianza, advierte así: ¿No es el alma más que la comida, y el cuerpo más que el vestido? (Ibíd. 25). En los dichos de Dios está la verdad, y toda la eficiencia de las cosas que deben ser creadas está en el verbo. Así ni lo que prometió es ambiguo, ni es ineficax lo que habló. Nada hay que no sea corpóreo en su sustancia y creación: y de todo, ya sea en el cielo o en la tierra, ya sea visible o invisible, los elementos han sido formados. Pues también las especies de las almas, ya sea que posean cuerpos o que estén exiliadas de los cuerpos, sortean sin embargo una sustancia corpórea de su naturaleza; porque es necesario que todo lo que ha sido creado esté en algo. And por eso Dios, arguyendo la ineptitud de la cuestión inutilísima, no permite que, habiendo de ser colocados el alma y el cuerpo en la sustancia de la eternidad, nuestra esperanza del futuro se demore en la resurrección por la solicitud de la comida y el vestido: no sea que al que devuelve cosas tan preciosas, a saber, el cuerpo y el alma, se le infiera contumelia por no realizar las más ligeras.

9. Los demonios no trabajan para tener de qué vivir. Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni recogen en graneros: y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho más que ellas? (Ibíd. 26). Bajo el nombre de las aves nos exhorta con el ejemplo de los espíritus inmundos: a los cuales sin ningún negocio de buscar y recoger, se les atribuye sin embargo la sustancia de vivir por la potestad del consejo eterno. Y para mostrar que aquello debía referirse a los espíritus inmundos,

añadió: ¿No sois vosotros mucho más que ellos?, mostrando por la prestancia de la comparación la diferencia entre la iniquidad y la santidad.

10. Los cuerpos han de ser resucitados en la estatura de varón perfecto. ¿Quién de vosotros puede añadir a su estatura un codo? ¿Y por el vestido qué estáis solícitos? (Ib. 27, 28). Confirmó la fe de nuestra sustancia vital a partir del documento de los espíritus: pero dejó la opinión sobre el hábito futuro al juicio de la inteligencia común. Pues cuando haya de excitar la diversidad de todos los cuerpos que hayan bebido la vida hacia un solo varón consumado y perfecto, y solo él sea potente para prestar a la proceridad de cada uno un codo, y otro, o un tercero, ¡con cuánta contumelia hacia él dudamos del vestido, esto es, de la especie de los cuerpos (Ef. IV, 13)! él que, para hacer a todo hombre igual y uniforme, habrá de añadir tanto de medida a los cuerpos humanos.

11. Los lirios que no trabajan son los ángeles. Por qué se comparan los ángeles con los lirios. Considerad los lirios del campo cómo crecen; no trabajan, ni hilan. Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria fue cubierto como uno de estos, etc. (Ibíd. 29). Los lirios no trabajan ni hilan: y Salomón no estuvo cubierto con la gloria de ellos, él, gran profeta y merecidamente querido por Dios por su amada sabiduría. Pero los lirios nacen más bien que ser cubiertos. Pues la cobertura es el velo del cuerpo, no el cuerpo mismo. Lo cual, si se refiere al sentido de la inteligencia humana, la blancura del velo habría podido emular el color del lirio. Pero por los lirios que no trabajan ni hi-

lan deben entenderse significadas las claridades de los ángeles celestiales, a quienes, fuera de la erudición de la ciencia humana y de la merced de su propia obra, les ha sido otorgada por Dios la blancura de la gloria: para que no se pensara que habían tenido algo por su propio trabajo o arte. Y como en la resurrección los hombres serán semejantes a los ángeles, quiso que esperáramos el cubrimiento de la gloria celestial por el ejemplo de la claridad angélica. Por lo demás, está en la naturaleza de este germen el ser comparado ap-tísimamente con las sustancias celestiales de los ángeles. Pues este, al florecer, cuando es arrancado de la estirpe de la raíz retenida en tierra, oculta la virtud de su naturaleza aunque se piense que se ha secado, y al regresar el tiempo es vestido de nuevo con el honor de su lirio. Pues de sí mismo florece y se devuelve; y lo que es, no puede deberlo ni a la raíz ni a la tierra: cuando aquel jugo que sube por él es de sí mismo. Y así, aunque sea por el ejemplo de esta verdura anual, emula la virtud de su sustancia celestial: cuando solo de aquello que tiene recibido dentro de sí es alimentado hacia la flor. Por eso, pues, los lirios no trabajan ni hilan: porque las Virtudes de los ángeles reciben de aquella suerte de su origen que han alcanzado el ser siempre.

12. El heno son las gentes. Resucitarán para el fuego eterno. La resurrección de los justos debe dudarse mucho menos. Pues si al heno del campo, que hoy es y mañana es echado al fuego, Dios lo viste así; ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? (Ibíd. 30). Confirma la inviolable

confianza de nuestra fe con la autoridad de los ejemplos: de modo que sea cosa de tanto mayor peligro dudar, cuanto con más intenso cuidado ha quitado toda ocasión de infidelidad. El heno no nace por eso, para ser dado al fuego; ni por eso hay un cuidado peculiar de Dios para vestirlo, para que sea quemado: sino que bajo el nombre de heno encontramos frecuentemente que las gentes han sido llamadas por Dios. Por su parte, aquel germen es el que, caído el flor de su virtud, se seca ante el calor del sol. Por tanto, no se dará ningún descanso a las gentes, ni descanso por el compendio de la muerte, como quieren: sino que se les destinará también a ellos una eternidad corporal para que el fuego eterno tenga en ellos una materia eterna, y en todos los sempiternos se ejerza la venganza sempiterna. Si, pues, a las gentes se les otorga la eternidad corporal solo por eso, para que pronto sean destinados al fuego del juicio; cuán profano es que los santos duden de la gloria de la eternidad, cuando a los inicuos se les presta la obra de la eternidad para la pena. Exige, pues, que toda nuestra expectativa se coloque en la fe de las repromisiones y en la potestad de su virtud: para que, omitido el cuidado de las cosas de que carecemos, esperemos más bien todo de aquel de quien nosotros mismos tomamos el exordio vital, y busquemos el reino de Dios con los estipendios de nuestra vida. Y esta es la merced de los que viven recta y perfectamente: que sean transferidos a una nueva sustancia celestial desde esta materia del cuerpo corruptible, y la corrupción terrena sea mudada por la inco-

rrupción celestial. Es propio de las gentes, pues, angustiarse con el cuidado de esta infidelidad: para quienes, retenidos por el amor del siglo y ocupados en los gozos del cuerpo, no se busca ni se opta por ningún camino hacia el reino celestial por la fe y la confesión de Dios.

13. Qué es el día. La solicitud no recae en el día. Sobre qué cosas debe versar todo el cuidado del hombre. No estéis, pues, solícitos por el mañana. Pues el día de mañana estará solícito por sí mismo. Le basta al día su propia malicia (Ibíd. 34). El juicio común es que el día es el curso de los tiempos que pasan iluminado por la luz del sol, al cual la noche interpuesta distingue, y por su intervención subroga un día al otro: por su parte, la significación del tiempo futuro se contiene en el mañana. Por tanto, Dios prohibió que estuviéramos solícitos por el futuro. Pero la incuria de la solicitud relajada no es de negligencia, sino de fe. ¿Pues por qué estaríamos solícitos en el mañana, cuando el día de mañana está solícito por sí mismo? Por tanto, el mismo día solícito por nosotros repele nuestra ansiedad. Pero la solicitud, según estimo, es un afecto propio del hombre: pues a esta la excita la ansiedad o del cuidado, o del miedo, o del dolor. Por su parte, el día es un curso del tiempo: y solo las cosas que han alcanzado la providencia reciben el afecto de la solicitud. Se establecerá, pues, que el día es un animal que tanto se precave como prevé y cuida; al cual le baste su propia malicia, ni deba ser acumulada con un pecado que acceda desde fuera. Pero la naturaleza de la cosa no admite

deputar al día el afecto de la mente: por tanto, tanto el que esté solícito por sí mismo, como el que le baste su malicia, y el que se nos inhíba estar solícitos por el mañana; todo se contiene bajo los dichos de la significación celestial. Se nos manda, pues, no dudar de los futuros; pues bastan la malicia de nuestra vida y los pecados de los días en que vivimos para que sobre la purgación de estos y el merecer verse toda la meditación y el trabajo de nuestra vida, no sea que también por la desconfianza de los futuros se contraiga una irreligiosidad inexpriable: cuando, cesando nuestro cuidado, ellas mismas en su oficio, las cosas que son futuras, estén solícitas, y se nos prepare el provecho de la claridad eterna, procurando la bondad de Dios, para nosotros que ya no estamos solícitos.

14. Es un nefas juzgar sobre las promesas de Dios. Por qué. "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Pues con el juicio con que hubiereis juzgado, se juzgará sobre vosotros" (Mat. 7, 1, 2). Dios aparta totalmente todo oficio de juicio, ni permite que se asuma ninguno en absoluto. Pero se estima que lo siguiente pugna con lo propuesto, cuando dice: "Con el juicio con que hubiereis juzgado, se juzgará sobre vosotros". Pero arriba dijo: "No juzguéis, para que no seáis juzgados". ¿Acaso no convendrá asumir el arbitrio de un buen juicio? Al contrario, profesa que han de ser juzgados según la condición del juicio, y que se ha de medir a todos con el género con que midieron. Por tanto, nunca se juzgará bien si no se ha de juzgar en absoluto. Pero desde hace tiempo, como

se conoce por lo anterior, nada leve o inane se trata en las palabras de Dios: y todo este discurso está más allá del sentido de los oídos de los gentiles. Pues prohibió juzgar sobre sus promesas: porque así como los juicios entre los hombres se toman de cosas inciertas, así también este juicio contra Dios se asume de la ambigüedad de sentir y opinar, lo cual repele totalmente de nosotros, para que más bien se retenga una fe constante; porque no es como en las demás cosas, donde sea un pecado haber juzgado erradamente; sino que en estas cosas referentes a Dios, solo el juicio es el inicio de un crimen.

15. Qué tipo de pecado es la infidelidad y cuán grande. En vano corrige a otros quien no está corregido. "¿Pero por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo?", y lo demás (Ibíd. 3). En lo subsiguiente enseñó que solo la blasfemia contra el Espíritu estaría fuera de perdón, otorgando Dios la indulgencia a todos los demás. Por su parte, el pecado contra el Espíritu es negar la potestad de la virtud de Dios, y quitar a Cristo la sustancia de la eternidad: por quien, porque Dios vino al hombre, el hombre a su vez se hará en Dios. Por tanto, cuanta diferencia hay entre una paja y una viga, tanta diferencia mostró que el pecado contra el Espíritu excede la condición de los demás crímenes: para que cuando los infieles reprochen a otros los delitos del cuerpo, no vean antes en sí el peso del pecado por el cual dudan de las promesas de Dios, con la viga de la infidelidad asentada en el ojo como en la agudeza de la mente. Pues sucede a menudo que nos arro-

gamos la autoridad de argüir a otros sin ningún ejemplo de la propia enmienda; y preferimos la jactancia de medicinar la ceguera ajena, estando nosotros mismos constituidos en las tinieblas de la luz corrupta: cuando es difícil que alguien preste lo que le falta, y lo óptimo es enseñar con el ejemplo más bien que con las palabras. Se debe aplicar, pues, el cuidado hacia la propia ceguera: porque es de la naturaleza de las cosas que nadie pueda llegar a ser un doctor idóneo para purgar la paja del ojo del hermano antes de que haya arrojado de la luz de su mente la viga de la perfidia que la grava.

CAPÍTULO VI.

Sobre las margaritas ante los puercos, sobre el pseudoprofeta, sobre la casa edificada sobre piedra.

1. Los misterios de Cristo han de abrirse cautamente a las gentes y a los herejes. "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras margaritas ante los puercos," y lo demás (Mat. 7, 6). Nada es más precioso ni más santo que los preceptos y las promesas de Dios, los cuales nos otorgan, a nosotros santificados, el tesoro de la inmortalidad. Por tanto, no se nos permite ni sacar los sacramentos y las virtudes de estos a las gentes, ni conferirlos con los herejes. Pues los perros, por la rabia de ladrar contra Dios, han sido llamados gentes. El nombre de puercos, por su parte, es propio de los herejes: porque aunque las pezuñas sean bífidas, no disponen por la rumiación el conocimiento de Dios recibido. Por tanto, nos conviene

no tratar promiscuamente tanto la incorporación del Verbo de Dios, como el misterio de la Pasión y la virtud de la Resurrección, ni proferirlos de manera imperita e incauta: no sea que, si falta la instrucción del conocimiento perfecto, pisoteen y conculquen nuestra ignorancia, e irridan la debilidad de la Pasión en Dios; y vueltos contra nosotros, desgarran nuestra impericia y nuestra fe con los aguijones de las contradicciones.

2. La fuerza de la oración contra la impericia. La ley de la caridad. Pero en estas cosas que ignoraremos, se nos abre el camino de conseguir la verdad: la cual se obtiene solo en la demora de las preces. Para que, pues, sintamos y creamos todo, y no seamos diferidos por ninguna incertidumbre de una voluntad ambigua; se debe orar, se debe buscar, se debe llamar (Ibíd. 7): hallaremos la misericordia por la oración, el provecho por la inquisición, y el acceso por la prueba. Más aún, hacia la esperanza de obtener, somos enseñados por el ejemplo del afecto humano. Pues cuando nosotros, a los hijos que piden un pez o pan, no les vamos a devolver una serpiente o una piedra; ¿cuánto más Dios, padre óptimo y excelentísimo, otorgará a nosotros que oramos los dones de la fe perfecta (Ibíd. 9 y ss.); ni va a prestar, por el alimento de vida, la piedra de la dureza gentil, o por la conservación del bautismo, la serpiente del veneno herético? Consumó luego todo con el ejemplo de la bondad, uniendo a todos en la paz del amor mutuo: constituyendo los mandatos de la ley y de los profetas en esto, que deseando

nosotros la bondad de todos para con nosotros, seamos nosotros mismos buenos para con todos.

3. El camino del cielo trillado por pocos, y al contrario. "Entrad por la puerta estrecha. ¡Cuán ancha y espaciosa es la vía que conduce a la perdición!" Arduo es el camino del hombre hacia el cielo, y el acceso estrecho y tenue: por lo demás, la vía de la perdición es ancha. A esta la obtienen más, a aquella por el contrario pocos la encuentran. Pues para pocos son queridas las pérdidas de las cosas presentes: para quienes vencer los deseos y quebrantar tanto el ánimo como el cuerpo, y pasar de largo los lenocinios de todos los halagos expuestos con todas las fuerzas del siglo, es el máximo lucro de la esperanza celestial. Pero para aquellos para quienes el único bien es fornicar, comer en exceso, ambicionar, insolentarse, fastidiar, odiar, arrebatarse, es frecuentadísimo tal camino por una gran compañía.

4. El siervo de Dios no se reconoce por las palabras, sino por los hechos. Y porque sería de pocos encontrar el camino estrecho, expone la fraudulentidad de aquellos que mentirían que ellos lo buscan, diciendo: "Atended a los pseudoprofetos, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas," etc. (Ibíd. 15). Amonesta que los halagos de las palabras y la simulación de la mansedumbre deben ser sopesados por el fruto de la operación: para que no miremos tal cual alguien se refiera a sí mismo con palabras, sino tal cual se haga a sí mismo con las cosas; porque en muchos la rabia lupina se oculta con el vestido de las ovejas. Por tanto, así como las espinas no generan uvas, ni los

abrojos higos, y como los árboles inícuos no dan pomos útiles (Ibíd. 16): así enseña que ni siquiera en aquellos consiste el efecto de la buena obra; y por eso todos han de ser conocidos por los frutos. Pues el reino de los cielos no lo obtienen solo los oficios de las palabras: ni quien hubiere dicho: "Señor, Señor," será heredero de aquel (Ibíd. 21). Pues ¿qué mérito tiene decir al Señor: "Señor, Señor"? ¿Acaso no será Señor a menos que haya sido dicho por nosotros? ¿Y qué santidad de oficio es la mención del nombre; cuando el camino del reino celestial lo ha de encontrar la obediencia de la voluntad más bien que la mención de Dios?

5. El cielo se devuelve no por maravillas sino por buenas obras. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre?" y lo demás (Ibíd. 22). También ahora condena la fraudulentidad de los pseudoprofetas y los simulacros de los hipócritas, que presumen para sí la gloria de la virtud de la palabra, en la profecía de la doctrina, y la huida de los demonios, y las virtudes de este tipo de obras: y de aquí se prometen a sí mismos el reino de los cielos. Como si en verdad algo de aquellas cosas que hablan o hacen fuera propio de ellos, y no lo realizara todo la virtud de Dios invocada: cuando la lectura aporta el conocimiento de la doctrina, y el nombre de Cristo agita la huida de los demonios. De lo nuestro, pues, se ha de merecer aquella bienaventurada eternidad: y se debe prestar algo de lo propio, para que queramos el bien, evitemos todo mal, y con todo afecto obedezcamos los preceptos celestiales: y por tales oficios seamos

conocidos por Dios, y hagamos más bien lo que quiere, que gloriarnos de lo que puede: repudiando y repeliendo a aquellos a quienes las obras de iniquidad hubieren apartado de su conocimiento.

6. El progreso de las tentaciones. "Todo aquel, pues, que oye mis palabras y las hace, lo estimaré semejante al varón sabio que edificó su casa sobre piedra," y lo demás (Ibíd. 24). El sentido está unido a lo anterior. Pues reprendiendo la jactancia de los pseudoprofetras y las ficciones de los hipócritas, a través del ejemplo de la comparación expone al hombre de fe perfecta en sí, porque aquel que tanto oye sus palabras como las hace, está edificado sobre piedra, y consiste en un fundamento estable y firme, y que no puede ser disuelto por el ímpetu de las tempestades que inciden; significándose el Señor a sí mismo en la piedra, sólido fundamento del edificio. Pero cuando quien hubiere crecido desde sí hacia una obra sublime no pueda ser movido ni por las lluvias, ni por los ríos, ni por el viento; en las lluvias significa los halagos de los placeres blandos y que se deslizan gradualmente, con los cuales primero la fe se humedece por las grietas abiertas: tras las cuales incurre el curso de los torrentes, esto es, el movimiento de los deseos más graves: y de ahí en adelante se enfurece toda la fuerza de los vientos que soplan alrededor, a saber, se introduce todo el espíritu de la potestad diabólica. Pero el hombre edificado sobre el fundamento de la piedra insistirá, ni podrá ser movido de su lugar. El necio, en cambio, disimulando estas

cosas oídas, como si hubiera empleado la obra de la edificación sobre la arena, permanece infielmente, pronto a ser socavado por las lluvias que se deslizan, y a ser impelido por los ríos, y a ser dispersado por los vientos, según la naturaleza de las arenas sobre las que fue edificado, para ser disuelto con el grave estrago de su ruina (Ibíd. 25).

7. El alcance de lo predicho. Y así, por el ejemplo de las comparaciones anteriores, el Señor quiso que nosotros tanto hiciéramos lo que mandó, como creyéramos lo que prometió. Consumadas, pues, todas las cosas, las turbas se maravillaban de su doctrina, por la cual se había enseñado no al modo de los escribas y fariseos (Ibíd. 28 y 29). Pues en las virtudes de las palabras medían el efecto de las potestades.

CAPÍTULO VII.

Sobre el leproso a quien curó, sobre el muchacho paralítico del tribuno, sobre la suegra de Pedro, sobre muchísimas y diversas curas.

1. El sentido alegórico nada resta a la verdad de la letra. La ley ya inútil. "Y descendiendo él del monte, le siguieron muchas turbas. Y he aquí un leproso que, viniendo, le adoraba diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme," y lo demás (Mat. 8, 1 y 2). En el exordio del discurso amonestamos que nadie por acaso pensara que se debía restar algo a la fe de los hechos gestados, si enseñábamos que las cosas mismas contenían en sí el provecho de las cosas subsiguientes. Pues

nada resta a la verdad la verdad que ha seguido a una imitación. En todo el discurso anterior, pues, el Señor había entregado los preceptos de la fe, había excedido la ley, significando que ya era inútil e ineficaz al excederla. Había exigido la observancia de los mandatos, había mandado antes la esperanza fidelísima de sus promesas: se debe observar, pues, qué es lo que gestó primero tras estas cosas.

2. La flaqueza de la ley es suplida por Cristo. Está presente el leproso, ruega ser limpiado, es purgado por la potestad de la palabra con el tacto, se le manda callar (Ibíd. 3 y 4), pero sin embargo mostrarse al sacerdote y ofrecer el don que Moisés mandó que se hiciera para testimonio. Se muestra, pues, en el leproso la curación de la turba que oye y cree y que viene con el Señor del monte: la cual, contaminada por la mancha viciosa del cuerpo y oída la predicación del reino de los cielos, ruega ser curada; es visitada con el tacto del cuerpo, es curada por la virtud del Verbo, y para que esta salud no se ofreciera más bien que se buscara, se manda el silencio y se manda mostrarse a los sacerdotes: para que aquel que fue pronunciado en la ley se discierna en los hechos y obras; y en aquello en que la ley flaqueaba, en ello se entendiera la virtud de la palabra: el que ha sido purgado ofrezca también a Dios el premio de la salud recibida; pero para que aquel don no sea de aves, sino para que el hombre mismo, limpiado de las suciedades del pecado del cuerpo, pase al sacrificio de Dios (Lev. 14, 4); porque lo

que Moisés mandó en la ley sea un testimonio, no un efecto.

3. El tribuno se cree el príncipe de las gentes que han de creer. Después de estas cosas, cuando hubo entrado en Cafarnaúm, se le acercó un cierto tribuno rogándole y diciendo: "Mi muchacho yace en casa paralítico," etc. (Mat. 8, 5 y 6). Sigue a la limpieza del leproso la curación del muchacho paralítico. Pero ¿qué es esto, que el tribuno, señor del muchacho, profesa que no es digno de que Cristo entre en su casa, vea al muchacho y presente proporcione ayuda al presente; y que él mismo tiene soldados, manda lo que quiere y le obedecen muchísimos puestos en potestad, e igualmente que el Señor puede prestar la curación con la palabra? De haber puesto sobre el tribuno sea suficiente para mí que es el príncipe de las gentes que han de creer. Quién sea este príncipe al cual están sujetos muchos, el que quiera saberlo, lea el cántico de Moisés en el Deuteronomio (Deut. 32) y el libro Eclesiástico de Salomón, donde hablaron algunas cosas sobre la dispersión de las gentes: para nosotros sea el tratado solo sobre el muchacho.

4. La salud de las gentes por la fe. Sucede luego en este muchacho, tras la sanidad de la parálisis, tras la curación del pueblo que desciende del monte, la salud de las gentes. Pues yacía el muchacho disuelto en una casa humilde, corruptible e indigna del ingreso de aquel, el Salvador, del cual sin embargo estaba necesitado. Y el tribuno sabe que el muchacho puede ser sanado con la palabra: porque toda la salud de las gentes es por

la fe, y en los preceptos del Señor está la vida de todos. Se debe estimar, pues, que las gentes yacen en el siglo y están disueltas por las enfermedades de los pecados: con todos sus miembros fluidos por doquier y corruptos para el oficio de consistir e ingresar. El sacramento de cuya salud se cumple en el muchacho del tribuno, sin que Cristo, sin embargo, haya de entrar en la casa. Pues aunque permaneció en el siglo, no se acercó sin embargo a los vicios y pecados del siglo.

5. El tribuno no era de las gentes. Maravillado luego de su fe dijo: "No he hallado tanta fe en Israel" (Ibíd. 10). No era este tribuno de las gentes: ¿y cómo en Israel no se halló tal fe, cuando el que creía era israelita? Pero para que esta misma verdad emulara una semejanza del futuro; por eso se añadió la razón de la palabra, de que tanta fe cuanta es la de las gentes no se ha de hallar en Israel, y que con Abraham e Isaac y Jacob han de descansar en el reino de los cielos los de las últimas gentes (Ibíd. 11). Perfecta es ciertamente la verdad de la sanidad en el muchacho según la fe del que cree: pero la eficiencia de las cosas presentes se muestra que aprovecha también para la imagen de las futuras, cuando tanto creyendo el tribuno como salvado el muchacho, ni se halló tal fe en Israel, y se destina a las gentes el consorcio del reino de los cielos con Abraham.

6. La suegra de Pedro es la afección de la infidelidad. Pedro es el príncipe de la fe y del apostolado. "Viniendo Jesús a la casa de Pedro, vio a su suegra que yacía con fiebre," y lo demás (Ibíd. 14). En la suegra de Pedro se estima la viciosa

afección de la infidelidad, a la cual es adyacente la libertad de la voluntad, que nos une a sí por una cierta sociedad de matrimonio. Por tanto, por el ingreso del Señor, en la casa de Pedro, esto es, en el cuerpo, se cura la infidelidad que hierve por el calor de los pecados y que está enferma por el dominio de los vicios. Luego pronto, sanada, sirve con el famulato del oficio. Pues él creyó primero y es el príncipe del apostolado: y lo que antes languidecía en él, fortaleciéndose por la palabra de Dios, se obró para el ministerio como de la salud pública. Pero que esta semejanza de la suegra de Pedro se adapte rectamente a la afección de la infidelidad, lo trataremos en el lugar que sigue sobre la nuera y la suegra (Cap. 10, n. 18). Pero ahora la suegra de Pedro se llamará de la infidelidad por esto, porque hasta que creyó, era retenida por el servicio de su propia voluntad.

7. Cristo con su pasión sanó nuestras flaquezas. "Hecha pues la tarde, le ofrecieron muchos que tenían demonios: y expulsaba los espíritus inmundos," etc. (Ibíd. 16). Reconocemos la curación promiscua en las horas vespertinas por el concurso de aquellos a quienes enseñó tras la pasión: perdonando los pecados de todos, quitando las flaquezas de todos y repelando los incentivos de los malos placeres que asientan, absorbiendo por la pasión de su cuerpo las flaquezas de la imbecilidad humana, según los dichos de los profetas (Ibíd. 17).

8. Por qué razón se han de explicar estas cosas. "Viendo pues Jesús muchas turbas en torno a sí, mandó a sus discípulos ir al otro lado del

estrecho. Y acercándose un cierto escriba dijo: Maestro, te seguiré a dondequiera que fueres," y lo demás (Ibíd. 18 y 19). Incurren muchas cosas que pueden mover el sentido común. Y nosotros no fingimos la inteligencia, sino que los mismos hechos nos imparten la inteligencia. Pues no la inteligencia secunda a la cosa, sino la inteligencia de la cosa. Las turbas son muchas, y el servidor mandó a los discípulos ir al otro lado del estrecho. No estimo que caiga en la bondad del Salvador que haya querido dejar a los que circuncorrían y elegir un cierto secreto de impartir la salud. Luego sigue el escriba diciendo que seguirá al maestro a dondequiera que vaya: pero nada se lee dicho o hecho por el escriba que pudiera ofender. El servidor respondió que las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos para descansar, pero que para el hijo del hombre no hay lugar alguno donde recline su cabeza (Ibíd. 20). Y que un discípulo hubiera postulado que se le diera tiempo para sepultar a su padre: esto fue negado, y prohibida la religión de un oficio piadoso y humano (Ibíd. 21 y 22). Se debe, pues, exponer la razón de cosas tan grandes y tan diversas: y así, para que según el orden continente de las cosas, y las gravísimas causas de la verdad misma, se explique la inteligencia de la significación interior.

9. Tipo de la elección de los fieles. La nave de la Iglesia. Se debe estimar que el nombre de discípulos no versa solo en los doce Apóstoles. Pues además de los Apóstoles, leemos que hubo muchos discípulos. De toda la turba, pues, se manda hacer una cierta elección: a saber, de

aquellos que habrían de seguir al Señor a través de los muchos peligros y sacudidas de este siglo. Pues la Iglesia es a semejanza de una nave, y en muchísimos lugares así ha sido llamada: la cual, recibido un vector de diversísimo género y gente, está sujeta a todos los soplos de los vientos y movimientos del mar. Y así ella es vejada por las incursiones tanto del siglo como de los espíritus inmundos. Propuestos pues los movimientos de todos los peligros, entramos en la nave de Cristo, esto es, la Iglesia: sabiendo que hemos de ser sacudidos por el mar y el viento. Para que, pues, el orden de la significación típica fuera coherente, y pudiera entenderse la porción de los fieles que ascienden a la nave, y la turba de los infieles que permanecen; se subjunta la persona del escriba y del discípulo.

10. El escriba doctor de la ley, adombra a los infieles. Zorras, los pseudoprofetas. Aves del cielo, los demonios. La cabeza de Cristo es Dios. Todos invitados a la Iglesia. Y ciertamente el escriba, que es uno de los doctores de la ley, interroga si ha de seguir. Como si en verdad en la ley no se contuviera que este es el Cristo, a quien era útil seguir. Expresó, pues, la afección de la infidelidad bajo la desconfianza de la interrogación: porque la asunción de la fe no ha de ser interrogada, sino seguida. Pero para que la misma interrogación fuera castigada por el juicio de la infidelidad; el Señor respondió que las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos en que descansen, pero que el hijo del hombre no tiene donde recline su cabeza. La zorra es un animal insidioso, ocul-

tándose en torno a las madrigueras de las casas, e insidiando a las aves domésticas: y leemos que con este nombre son llamados los pseudo-profetas en algunos lugares. Por su parte, hemos aprendido que las aves del cielo son frecuentemente llamadas espíritus inmundos. El hijo de Dios, pues, contemplando la poquedad de los que seguían, y desconfiando el doctor de la ley si lo seguiría a él, reprocha que para los pseudoprofetas hay madrigueras, y para los espíritus inmundos nidos de descanso; porque dejados fuera de la nave, esto es, puestos fuera de la Iglesia, se han hecho el habitáculo de los pseudoprofetas y la habitación de los demonios: pero que el hijo del hombre, a saber él mismo para quien la cabeza es Dios, no halla en quiénes, colocada la cognición de Dios, descansen: invitados todos tanto a la nave como a la Iglesia; pocos habiendo de seguir por el miedo al mar, esto es al siglo.

11. Si el padre infiel tiene derecho sobre el hijo fiel. Está presente tras esto el discípulo, no interrogando si sigue (pues ya creyó que convenía seguir), sino orando que se le permita sepultar al padre. Recibimos en el exordio de la oración dominical, que así se ha de orar primero: "Padre nuestro que estás en los cielos" (Mat. 6, 9). Por tanto, porque en el discípulo está la persona del pueblo creyente, se le amonesta que recuerde que su padre vivo está en los cielos. Se le manda, pues, seguir al Señor, porque también quería, de modo que los muertos sepulten al muerto. Pero estimo que ningún oficio puede esperarse de los muertos. ¿Cómo pues los muertos exhumarán a

los muertos? Primero, pues, mostró que la fe perfecta en él no está ligada por ninguna religión de oficio secular hacia otro: luego que entre el hijo fiel y el padre infiel no se deja el derecho del nombre paterno. No negó, pues, el obsequio de exhumar al padre: sino que añadiendo: "Deja que los muertos sepulten a sus muertos," amonestó que no se mezclen en las memorias de los santos los muertos infieles: y que muertos son también aquellos que viven fuera de Dios. Y por eso se deben dejar los mutuos oficios a los muertos, para que los muertos sean sepultados por los muertos: porque por la fe de Dios conviene que los vivos se adhieran al vivo.

CAPÍTULO VIII. Sobre los discípulos en la nave excitando a Jesús, sobre los dos endemoniados en la tierra de los gerasenos, sobre el paralítico curado y que retira la camilla. 1. Cuándo y con cuánto peligro Cristo duerma en nosotros. "Y subiendo él a la nave, le siguieron sus discípulos. Y he aquí que se produjo una gran tempestad en el mar," y lo demás (Mat. 8, 23 y ss.). Entrados los discípulos en la nave, se origina la tempestad, el mar se conmueve, se turban los navegantes. Él mismo, por su parte, adormecido por el sueño, es despertado por el miedo de los que temen, se le ruega que traiga ayuda. Y reprendidos ellos porque eran de poca fe, mandó la tranquilidad al viento y al mar, con la admiración de los hombres de que el viento y el mar obedecieron a sus preceptos. Por tanto, según esto, las iglesias dentro de las cuales la palabra de Dios no hubiere vigilado, están naufragadas: no porque Cristo se relaje en

el sueño, sino porque por nuestro sueño se adormece en nosotros. Especialmente sucede aquello, para que de Dios principalmente esperamos en el miedo del peligro y en la vejación. Y ojalá al menos la esperanza tardía confíe en que ella misma puede evadir el peligro, vigilando en su interior la virtud de Cristo. Pero nos dejó el perpetuo recuerdo de su reprensión, diciendo: "Hombres de poca fe, ¿por qué sois tímidos?" (Ibíd. 26); a saber, que no debe haber ningún miedo de los movimientos seculares con los cuales vigile la fe de Cristo.

2. Por qué los discípulos se llaman ya hombres, no discípulos. Sigue luego la admiración de los hombres que dicen: "¿Qué clase de hombre es este, que los vientos y el mar le obedecen?" (Ibíd. 27). No es este el discurso de los discípulos, sino de las gentes. Pues cuando arriba hubiera dicho tanto que solo los discípulos habían entrado en la nave, como que solo por los discípulos había sido despertado; ahora significa que los hombres se maravillaron, diciendo en la misma admiración los hombres a los hombres. Por cuya conversión de nombres se entiende que todas las obras de Cristo, y todas sus virtudes, han de ser alabadas como de Dios: porque demuestra la estulticia del error gentil y misérrimo, el que por la humildad de la pasión lo llamen hombre más bien que por las virtudes Dios.

3. "Y cuando hubo llegado al otro lado del estrecho, a la región de los gerasenos, le salieron al encuentro dos hombres que tenían demonios, saliendo de los monumentos, peligrosos sobremanera," y lo demás (Ibíd. 28). El encuentro de

los dos hombres, la larga posesión de los demonios en los dos hombres, y el camino peligroso para los que pasaban, y la deprecación de transmigrar a los puercos, y el caso del mismo gremio por el precipicio al mar purgados los hombres, de ahí la huida de los pastores al pueblo, el progreso del pueblo desde la ciudad, y la legación para que el Señor no se acercara a la ciudad, y el regreso de él a su patria, y allí la oblación del paralítico en la camilla, y el perdón de los pecados en el tiempo mismo por el mérito de la fe, y el murmullo de los escribas, y la confesión de la virtud, y el regreso del paralítico incluso bajo la carga de la camilla a su casa, y la admiración de los hombres, tienen esta causa.

4. Los demonios expulsados de las gentes obtienen a los herejes. Cristo repudiado por los judíos SE MARCHA A LAS GENTES. En el exordio del género humano hubo una división del género humano en tres, a saber, los hijos de Noé, de los cuales según la profecía del Génesis, Sem fue elegido para la posesión de Dios. Pero fuera de la ciudad, esto es, fuera de la sinagoga de la ley y de los profetas, los demonios retenían a dos hombres en los monumentos: a saber, los orígenes de dos gentes habían sitiado dentro de las sedes de los difuntos y las reliquias de los muertos, haciendo infestada para los que pasaban la vía de la vida presente. Por tanto, para que en los hechos gestados hubiera una plena meditación del futuro, dos hombres salen al encuentro del Señor que viene: para que por el encuentro de ellos, se indicara la voluntad de los que concurren

a la salud. Pero en los hombres los demonios proclaman por qué les envidia la sede, por qué los infesta antes del tiempo del juicio. Se les adyacía también a aquellos dos pueblos de las gentes la plebe del género de Sem de los saduceos, cuya herejía es el piáculo de la resurrección negada entre los judíos. Viendo, pues, los demonios que ya no se les dejaba lugar en las gentes, ruegan que se les permita habitar en los herejes: ocupados los cuales, todo el gremio fue forzado por el precipicio al mar con ímpetu rápido: a saber, son precipitados a la concupiscencia secular por el instinto de los demonios, para morir en muchas aguas, esto es, con la infidelidad de las restantes gentes. Y también en esto se guardó la razón típica, para que no fuera suficiente haber dicho que fueron precipitados al mar, si no se añadiera también: Y murieron en las muchas aguas. Cuyos príncipes y pastores, turbados por la admiración de tales cosas, vienen a la ciudad y anuncian lo que se ha gestado (Ibíd. 32, 33). Aquella ciudad tiene la especie del pueblo judaico, la cual oídas las obras de Cristo, sale al encuentro de su Señor, prohibiendo que tocara sus términos y ciudad; pues la ley no recibe los Evangelios: repudiado por la cual, regresa a su ciudad (Mat. 9, 1). La ciudad de Dios es la plebe de los fieles. En esta, pues, llevado en la nave, esto es la Iglesia, entró.

5. Adán obtuvo el perdón. Ya en el paralítico se ofrece para ser curada la universalidad de las gentes. Pero también se han de observar las palabras de la curación misma. No se dice al paralítico: "Sé sano;" no se dice: "Levántate y anda;"

sino que se dice: "Hijo, ten confianza, tus pecados te son perdonados" (Ibíd. 2). En un solo Adán se perdonan los pecados a todas las gentes. Este, pues, sirviendo los ángeles, se ofrece para ser curado, este es llamado hijo, porque es la primera obra de Dios: a este se le perdonan los pecados del alma, y la indulgencia de la primera transgresión es por el perdón. Pues no hemos recibido que el paralítico hubiera pecado algo: cuando especialmente en otro lugar el mismo Señor dijo que la ceguera desde el nacimiento no se había contraído por pecado ni propio ni paterno (Jn. 9, 3). 6. Que Cristo es Dios. El orden de la verdad sucede luego en los hechos, aunque la especie del futuro se cumpla en los dichos. Mueve a los escribas el pecado perdonado por un hombre (Mat. 9, 3): pues solo un hombre contemplaban en Jesucristo. Y fue perdonado por él lo que la ley no podía relajar; pues solo la fe justifica. Luego el Señor introspecciona la murmuración de ellos, y dice que es fácil al hijo del hombre en la tierra perdonar los pecados (Ibíd. 4 y 5). Pues en verdad nadie puede perdonar los pecados sino solo Dios: por tanto, el que perdona es Dios. Porque nadie perdona sino Dios, Dios permaneciendo en el hombre prestaba la curación al hombre: y ninguna dificultad de obrar y hablar había para él, a quien le subyace todo el poder de lo que habla.

7. Cuántas cosas se enseñan por la curación del paralítico. Por lo demás, para que se pudiera entender que aquel que estaba puesto en el cuerpo era quien tanto perdonaba los pecados a las almas como prestaba la resurrección a los

cuerpos; dijo: "Para que sepáis que el hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados, dice al paralítico: Levántate y toma tu camilla" (Ibíd. 6). Bastante habría sido haber dicho: "Levántate;" pero porque se debía explicar toda la razón de la obra que se perfeccionaba, añadió: "Toma tu camilla y vete a tu casa." Primero atribuyó el perdón del pecado, de ahí mostró la virtud de la resurrección, luego por la retirada de la camilla enseñó que la flaqueza y el dolor estarían ausentes de los cuerpos, finalmente por el regreso a la propia casa que el camino al paraíso ha de ser restituido a los creyentes, del cual Adán, padre de todos, había salido disuelto por la mancha del pecado.

8. Todos necesitan el perdón. No se debe maravillarse de la potestad de perdonar pecados en Cristo. "Viendo esto las turbas temieron" (Ibíd. 8). A esta obra debió seguir la admiración más bien que el miedo; pero permanece incluso ahora el orden del misterio; para que a la verdad de las cosas presentes, se le añada la especie de las futuras: las turbas temen la virtud de los dichos y hechos del Señor. Pues es cosa de gran miedo no ser resuelto en la muerte sin los pecados perdonados por Cristo: porque no habría ningún regreso a la casa eterna si a alguien no le hubiera sido indultado el perdón de los delitos. "Y glorificaron a Dios que dio tal potestad a los hombres." Se concluyeron todas las cosas en su orden, y cesando ya el miedo de la desesperación, se devuelve el honor a Dios porque dio tal potestad a los hombres: pero solo a Cristo esto era debido, solo por la

comunidad de la sustancia paterna le era familiar hacer esto. No vino, pues, esto en admiración, que pudiera hacer estas cosas (¿pues qué no se creará que Dios puede hacer?); de otro modo la alabanza sobre un solo hombre, no sobre muchos, habría existido: sino que la causa del honor delatado a Dios es de aquí, que por su palabra se dio a los hombres la potestad y el camino tanto del perdón de los pecados como de la resurrección de los cuerpos y de la reversión al cielo.

CAPÍTULO IX. Sobre Mateo el publicano, sobre el ayuno de los fariseos y de los discípulos de Juan, sobre el remiendo de paño rudo, sobre el flujo de la mujer, sobre la hija del príncipe excitada de entre los muertos, sobre los dos ciegos, sobre el sordo y mudo. "Y pasando de allí Jesús, vio a un hombre sentado en el telonio de nombre Mateo, y le dijo: Sígueme," y lo demás (Mat. 9, 9). Manda a Mateo el publicano sentado en el telonio que lo siga. Y concediendo a la casa instruye un convivio, y con él la turba de publicanos y pecadores se sienta a la mesa: reprendiendo los fariseos a los discípulos por qué el maestro tenía comida con los publicanos. A los cuales responde que los sanos no tienen necesidad de médico, sino que los enfermos necesitan curación: y yendo les manda aprender qué es: "Misericordia quiero más que sacrificio."

2. Publicanos. Vocación de Mateo. La salud es necesaria para todos, a ninguno se le presta por la ley. El nombre de publicanos es por la vida, quienes abandonadas las obras de la ley, prefirieron conducirse por el uso común y público. Por

tanto, desde la casa, esto es, desde los pecados del cuerpo, el Señor evocó a Mateo, en cuya mente entra y se recuesta. Pues este mismo es el escritor de este Evangelio, y saliendo de la casa de su pecado, él mismo recibió al Señor, iluminado por su habitación interior, dentro del cual se prepara un convivio con rica copia para los pecadores y publicanos con manjares evangélicos. La emulación agita luego a los judíos de que el Señor comunique con los publicanos y pecadores (Ibíd. 11). A los cuales él expuso las palabras de la ley cubiertas con el velo de la infidelidad, que él ciertamente prestaba ayuda a los enfermos y proporcionaba medicina a los necesitados; pero que para ellos, que se estimaban sanos, no había ninguna curación necesaria. Pero para que entendieran que ninguno de los suyos estaba sano; amonestó que aprendieran qué es: "Misericordia quiero, no sacrificio" (Ibíd. 13): a saber, que la ley, ligada por la observación de los sacrificios, no podía prestar ayuda; sino que la salud estaba reservada para todos en la indulgencia de la misericordia. "Pues no vine a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia." Para todos había venido; ¿cómo pues dice que no vino para los justos? ¿Había pues algunos para quienes no fuera necesario que viniera? Pero nadie es justo por la ley. Mostró, pues, que la jactancia de la justicia era inane: porque siendo los sacrificios enfermos para la salud, la misericordia era necesaria para todos los puestos en la ley. Pues si la justicia hubiera sido por la ley, el perdón por la gracia no habría sido necesario.

3. Cristo el esposo. El alimento de vida, estando el cual presente nadie tiene hambre. "Entonces se le acercaron los discípulos de Juan diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, pero tus discípulos no ayunan?" (Ibíd. 14). Ayunaban los fariseos y los discípulos de Juan, y los Apóstoles no ayunaban. Pero a estos les responde espiritualmente, y se muestra como el esposo a los discípulos de Juan. Pues Juan prometió toda la esperanza de vida depositada en Cristo; y los discípulos de él todavía no podían ser recibidos por el Señor mientras él aún predicaba. Pues hasta él son la ley y los profetas; y, a menos que la ley fuera terminada, ninguno de ellos concedería en la fe evangélica. En cuanto a que responde que no hay necesidad de ayunar para los discípulos estando presente el esposo (Ibíd. 15); enseña el gozo de su presencia, y el sacramento del santo alimento, del cual nadie estando él presente, esto es, conteniendo a Cristo en el conspecto de la mente, tendrá necesidad. Pero dice que han de ayunar retirado él: porque todos los que no creen que Cristo resucitó, no habrían de tener el alimento de vida. Pues en la fe de la resurrección se recibe el sacramento del pan celestial: y quienquiera que está sin Cristo, será dejado en el ayuno del alimento de vida.

4. El hombre viejo no percibe este alimento. Pero para que entendieran que no se les podían confiar estos sacramentos perfectos de salvación mientras permanecieran en lo viejo, puso un ejemplo de comparación. No se cose un remiendo de tela nueva en un vestido viejo, porque la

fuerza de la tela nueva que se añade disolvería la debilidad de lo viejo; y el vino nuevo no se vierte en odres viejos; pues el calor del mosto hirviente rompe los odres viejos (Ibíd. 16 y 17): a saber, que las almas y los cuerpos debilitados por la antigüedad de los pecados no captan los sacramentos de la nueva gracia. Pues se hará una rotura peor, y derramado el vino, los odres viejos perecerán. Pues el de tales será doble reato, si además de la antigüedad de sus pecados no sostuvieran la fuerza de la nueva gracia: y por eso tanto los fariseos como los discípulos de Juan no habrían de recibir las cosas nuevas a menos que se hicieran nuevos.

5. El jefe rogando por la vida de su hija, tipo de la ley. Mientras él decía estas cosas, he aquí que se acercó un jefe, y lo adoraba, diciendo: Señor, mi hija acaba de morir; ven y pon tu mano sobre ella, etc. (Ibíd. 18). Las preces del jefe, la fe de la mujer, la multitud congregada en la casa, y el clamor de los dos ciegos, la ofrenda del mudo y del sordo y del endemoniado, mantienen el orden de una inteligencia conectada entre sí a partir de lo dicho anteriormente. Se entiende que este jefe es la ley; la cual ruega al Señor por el pueblo, al que ella misma, predicado Cristo, había nutrido con la esperanza de su venida, para que devuelva la vida a la muerta. Pues no leemos que ningún jefe haya creído: por lo cual la persona de este jefe que ruega se adaptará con mérito en tipo de la ley. A quien ciertamente el Señor prometió ayuda, para prestar la cual se puso en camino.

6. Los gentiles arrebatan la salud preparada para los judíos. Pero primero se salva con los apóstoles la multitud de los pecadores. Y cuando primero habría convenido que viviera la elección que se destinaba de la ley: sin embargo, se devuelve la salud anterior en la figura de la mujer a los publicanos y pecadores. Esta, por tanto, al encuentro del Señor que pasaba, confía que por el tacto del vestido del Señor ha de quedar sana del flujo de sangre: a saber, manchada por las suciedades de su cuerpo, y disuelta por las inmundicias del vicio interior, se apresura a tocar la orla del vestido por la fe, para tocar ciertamente el don del Espíritu Santo, que salía del cuerpo de Cristo a modo de orla, conversando con los apóstoles; y pronto queda sana (Ibíd. 22). Así la salud fue devuelta a una mientras a otra se le difería. Cuya fe y constancia el Señor pronto alabó: porque el pueblo de las naciones ocupó lo que se preparaba para Israel.

7. Virtud de Cristo infinita. Pero hay, en la inteligencia simple, una gran admiración de la virtud dominica: cuando la potestad que permanecía dentro del cuerpo añadía a las cosas caducas la eficacia de la sanidad, y la operación divina procedía hasta las orlas de los vestidos. Pues Dios no era divisible y comprensible, como para ser cerrado por un cuerpo. Él mismo divide los dones en el Espíritu; por lo demás, no se divide en los dones. Pero la fe sigue su virtud dondequiera que esté: porque está en todas partes, y en ninguna falta. Y la asunción del cuerpo no incluyó la naturaleza de la Virtud, sino que la Virtud asumió la

fragilidad del cuerpo para su redención: la cual es tan infinita, tan libre, que incluso en sus orlas se contenía la operación de la salud humana.

8. Los judíos se ríen de la resurrección. Pocos de ellos han de creer. Entra luego el Señor en la casa del jefe, a saber, la sinagoga, en la cual en los cánticos de la ley resonaba el himno de los lutos (Ibíd. 23): y es escarnecido por muchísimos. Pues nunca creyeron ellos en Dios en un hombre, sino que más bien se rieron de que se predicara la resurrección de entre los muertos. Tomada, pues, la niña por la mano, cuya muerte era sueño ante él, la retiró a la vida (Ibíd. 25). Y para que de aquí pudiera entenderse que es raro el número de la elección de los creyentes de la ley, toda la multitud fue expulsada: a la cual ciertamente el Señor habría deseado que se salvara; pero por escarnecer sus dichos y hechos, no fue digna del consorcio de la resurrección. Y saliendo la fama por toda aquella tierra (Ibíd. 26), después de la salud de la elección, se predicán el don de Cristo y sus obras.

9. La fe como requisito previo para la salud. Al salir, pues, el Señor, pronto lo siguen dos ciegos (Ibíd. 27). Pero los ciegos, ¿cómo pudieron conocer tanto la salida como el nombre del Señor? Más aún, incluso lo llaman hijo de David, y ruegan ser salvados. En los dos ciegos se absuelve la razón de toda la prefiguración anterior. Pues a partir de estos se muestra que es la hija del jefe, a saber, los fariseos y los discípulos de Juan, que ya arriba habían tentado al Señor en común. A estos, por tanto, que no sabían a quién pedir la salud, les

indicó la ley, y les mostró a su salvador en un cuerpo de la estirpe de David, e insertó la luz de la mente en los ciegos por el antiguo pecado, porque no veían a Cristo si no eran advertidos. A los cuales el Señor —mostrando que no se ha de esperar la fe de la salud, sino la salud por la fe (pues los ciegos vieron porque habían creído, no creyeron porque habían visto (Ibíd. 28): de donde se ha de entender que se debe merecer por la fe lo que se pide, no se ha de tomar la fe de lo impetrado)—, les promete la vista si creyeran, y se la presta a los creyentes, y les manda silencio (Ibíd. 30): porque era propio de los apóstoles predicar.

10. Los gentiles son designados por el endemoniado. Más aún, después de estas cosas, en el mudo y sordo y endemoniado (Ibíd. 32), se ofrece el pueblo de las naciones, necesitado de toda salud. Pues cercado por todas partes por todos los males, estaba implicado en los vicios de todo el cuerpo. Y en esto se guardó el orden de las cosas. Pues primero es expulsado el demonio, y entonces suceden los demás oficios del cuerpo. Ciertamente, ahuyentada la locura de todas las supersticiones por el conocimiento de Dios, se introduce tanto la vista como el oído y el habla de la salud. A la admiración de tal hecho siguió la confesión de tal multitud: Nunca apareció así en Israel (Ibíd. 33): cuando aquel a quien nada de ayuda se le había podido aportar por la ley, era salvado por la virtud de la palabra; y que un hombre mudo y sordo hablara las alabanzas de Dios. Dada, pues, la salud a las naciones, todas las ciudades y todas las aldeas son iluminadas por la

virtud y la entrada de Cristo, y escapan de toda enfermedad del antiguo languidecimiento.

CAPÍTULO X.

Donde envía delante a los doce discípulos con la doctrina.

1. Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas: porque estaban vejadas y abatidas, etc. (Mat. IX, 36). Es necesario escudriñar las virtudes de las palabras no menos que las de las cosas: porque, como hemos dicho, en los dichos y en los hechos consisten iguales momentos de significaciones. El Señor tiene misericordia de las multitudes vejadas y abatidas, como de un rebaño disperso sin pastor. Y dice: la mies es mucha, los obreros pocos; hay que rogar al Señor de la mies que envíe más obreros a su mies (Ibíd. 37). Y convocados los discípulos, les dio potestad de expulsar a los espíritus inmundos, y de curar toda enfermedad y toda dolencia (Mat. X, 1). Por tanto, aunque estas cosas se hayan realizado para el presente, se debe considerar, sin embargo, qué significan para el futuro.

2. La mies es el don del Espíritu Santo. Cuánto abunda. Por la oración se presta su Virtud. Ningún vejador había irrumpido en las multitudes, ni yacían abatidas por algún accidente o movimiento: ¿cómo, pues, tiene misericordia de ellas abatidas y vejadas? A saber, el Señor tiene misericordia del pueblo vejado por la violencia dominante de los espíritus inmundos, y enfermo bajo el peso de la ley, porque todavía no había ningún pastor para ellos que les devolviera la custodia

del Espíritu Santo. Pero el fruto de este don era copiosísimo, pero aún no cosechado por nadie. Pues su abundancia vence a la multitud de los que beben de él. Pues por mucho que sea tomado por todos, sin embargo siempre sobreabunda para entregarse. Y porque sea útil que sean más por quienes se administre; manda rogar al Señor de la mies que envíe más obreros a la mies: a saber, para alcanzar el don del Espíritu Santo que se preparaba, Dios preste abundancia de segadores: pues por la oración y la súplica se nos infunde este don de parte de Dios. Y para indicar que numerosos segadores han de difundirse en aquella mies a partir de estos doce Apóstoles primero; convocados ellos, les dio la potestad de expulsar a los espíritus y de sanar toda enfermedad. Pues por las virtudes de este don, podían tanto ser expulsado el perturbador como ser curados los enfermos. Y es digno considerar la significación de cada uno de los preceptos.

3. Los preceptos de Cristo respecto al oficio apostólico. Se les advierte que se abstengan de los caminos de las naciones (Ibíd. 5): no porque no fueran enviados también para la salud de las naciones, sino para que se abstuvieran de la obra y la vida de la ignorancia gentil. Se les prohibió entrar en las ciudades de los samaritanos. ¿Acaso no curó él mismo más bien a la samaritana (Juan 4)? Pero se les advierte para que no acudan a las iglesias de los herejes. Pues en nada difiere la perversidad de la ignorancia. Son enviados luego a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 6). Y eso que contra él (a saber, Cristo) se enfure-

cieron con las lenguas y fauces de lobos y víboras. Pero la legislación debía obtener el privilegio del Evangelio: Israel habría de tener menos excusa de su crimen cuanto más diligencia hubiera sentido en la amonestación.

4. Imagen perfecta de Cristo en los Apóstoles. Luego toda la potestad de la virtud dominica se transfiere a los apóstoles: y los que en Adán habían sido figurados a imagen y semejanza de Dios, ahora obtienen la perfecta imagen y semejanza de Cristo, en nada diferenciándose de las virtudes de su Señor; y los que antes eran terrenales, ahora se hacen celestiales. Que prediquen que el reino de los cielos se acerca (Ibíd. 7), a saber, que la imagen y semejanza de Dios es ahora asumida en el consorcio de la verdad; para que todos los santos, que han sido llamados cielos, reinen junto con el Señor. Que curen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios (Ibíd. 8); cualesquiera males que el instinto de Satanás hubiera inferido al cuerpo de Adán, esto mismo limpien ellos rindiendo comunión de la potestad dominica. Y para que consigan totalmente la semejanza de Dios, según la profecía del Génesis (Gén. I, 26), se les manda dar gratis lo que gratis recibieron: para que sea ciertamente gratuita la ministración de un don gratuito.

5. Nada venal en el ministerio apostólico. Se les prohíbe poseer oro, plata, dinero en los cinturones, y llevar alforja en el camino, y dos túnicas y calzado, y tomar bastón en las manos: y el obrero es digno de su salario (Ibíd. 9 y 10). No es envi-

diable, según creo, el tesoro en el cinturón: ¿y qué quiere decir para sí la prohibida posesión de oro, plata y bronce en el cinturón? El cinturón (zona) es el aparato del ministerio, y el ceñimiento para la eficacia de la obra. Por tanto, se nos advierte que nada en nuestro ministerio sea venal; ni se convierta esta obra de nuestro apostolado en posesión de oro, plata y bronce. Ni alforja en el camino, a saber, que se ha de abandonar el cuidado de la sustancia secular: porque todo tesoro es pernicioso en la tierra, habiendo de estar allí nuestro corazón donde se guarde también el tesoro. No dos túnicas. Pues nos basta Cristo una vez revestido: ni, por la perversidad de nuestra inteligencia, seamos revestidos en adelante con otra vestidura ni de la herejía ni de la ley. No calzado. ¿Acaso la debilidad de los pies humanos es paciente de la desnudez? Pero en la tierra santa, y no obsesionada por las espinas y agujones de los pecados, como se le dijo a Moisés, habiendo de estar con los pies desnudos (Éxodo III, 5), se nos advierte no tener otro aparato de nuestro ingreso que el que recibimos de Cristo. Ni bastón en las manos, esto es, no necesitamos de potestad extraña para buscar derechos, teniendo el bastón de la raíz de Jesé; pues cualquiera otro que fuera, no será de Cristo: instruidos por todo el discurso superior para completar el camino del siglo, con la gracia, el viático, el vestido, el calzado, la potestad; pues operando en estas cosas, seremos hallados dignos de nuestro salario, esto es, habiendo de recibir por la observancia de estas cosas los premios de la esperanza celestial.

6. En cualquier ciudad que entréis, preguntad quién en ella es digno, etc. (Ibíd. 11). Acaso se estime que el Señor dio a los Apóstoles preceptos leves: que se rebajara hasta las advertencias de entrar, habitar, morar y salir. Estas cosas, ciertamente entendidas simplemente, son congruentes con la modestia de los santos, para que la hospitalidad sea con el digno, y no por descuido o ignorancia se contaminen con la cohabitación de una familia infame. Pero manda a los que entran en la ciudad preguntar por el digno, y habitar con él hasta la partida: también que la casa sea saludada pacíficamente por los que entran: la cual, si es digna, sea digna de la comunión de la paz (incluso de la paz); si es indigna, la paz vuelva a su vez: pero quienes no los reciban a ellos ni a sus sermones; a estos, sacudido el polvo de los pies, se les han de dejar las semillas de la eterna maldición (Ibíd. 13 y 14).

7. La casa digna, la Iglesia; el huésped digno, aquel cuyo habitador es Cristo. Estas cosas conmueven no poco el sentido de la inteligencia. Pues si no han de acceder al hospedaje a menos que antes hayan preguntado quién sea digno; ¿cómo se encontrará después una casa indigna? ¿Y cómo no oír los sermones de ellos, y no oyéndolos a ellos, tampoco los recibiré? Pues o bien esto no se ha de temer en aquel que es justo: o si fuera hallado indigno, ni se ha de iniciar la comunión de la habitación. ¿De qué aprovechará haber preguntado y buscado sobre el digno, si contra el huésped indigno se prescribe tanto la observancia como la pena? Pero el Señor los instruye a no

mezclarse con las casas y familiaridades de aquellos que o persiguen a Cristo o lo desconocen: y en cualquier ciudad preguntar quién de ellos sea digno de la habitación de ellos, esto es, si hay en algún lugar una Iglesia, y Cristo como habitador: ni pasar a ninguna otra parte, porque sea la casa digna y el huésped justo.

8. Cómo la paz dicha pueda volver. Pero el que mandara que la casa fuera saludada por los que entraban con la voz, diciendo: Decid, Paz a esta casa: y si fuera hallada una casa digna, conviniera que viniera sobre ella la paz; pero si indigna, que la paz volviera a ellos: pero si ya en el primer ingreso en el oficio de la salutación se dijo la paz; ¿cómo vendrá después, o cómo volverá después? Pues o no debió decirse la paz antes de que se probara si era digna: o si fue digna y fue saludada con la paz, la condición tanto de la paz venidera como de la que ha de volver no puede por razón coherir con lo anterior. Por tanto, se ha de mostrar cuál sea la propiedad de lo dicho.

9. Variada falacia de los judíos que profesan la fe. La paz es deseada para los indignos, no dada. Muchos de los judíos habrían de ser tales, cuyo afecto en favor de la ley fuera tanto que, aunque por la admiración de las obras hubieran creído en Cristo, sin embargo permanecieran en las obras de la ley; otros, en cambio, curiosos por explorar la libertad que hay en Cristo, habrían de fingir que habían pasado a los Evangelios desde la ley: muchos, además, incluso serían traducidos a la herejía por la perversidad de la inteligencia. Y porque todos los de esta clase, engañando

y halagando a los que oyen, mienten diciendo que la verdad católica está en su poder; por eso advirtió arriba que se ha de buscar al digno con quien se ha de habitar: pero porque por la falacia de las palabras los ignorantes podrían incidir en un huésped de esta clase; la casa misma que es llamada digna, esto es, la Iglesia que es llamada católica, se ha de usar con cautela y diligencia; saludándola ciertamente con afecto de paz, pero de modo que la paz sea más bien dicha que dada. Pues así lo mandó: Saludadla, diciendo: Paz a esta casa. Por tanto, la paz de la salutación se ha de atribuir en las palabras y en el discurso de la oración. Por lo demás, sin embargo, no conviene que la paz propia, que son las entrañas de la misericordia, venga a ella a menos que sea digna: la cual, si no fuera hallada digna, el sacramento de la paz celestial ha de ser contenido dentro de la propia conciencia de ellos.

10. Comunión de la habitación. En aquellos, en cambio, que oída la predicación del reino celestial hubieran rechazado los preceptos de los apóstoles, a su salida, y con el signo del polvo sacudido de los pies, se deje la eterna maldición (Ibíd. 14). Pues no sé qué comunión parece haber para el que insiste en un lugar con aquel lugar en el que insistió, y se produce entre ellos una cierta conjunción de cuerpo y suelo. Por tanto, todo pecado de aquella casa y habitación se deja dentro de ella misma al sacudir el polvo de los pies, y nada de santidad se toma prestado de las huellas de los apóstoles que allí estuvieron: para que aquellos por cuyo acceso e ingreso se quitan los delitos de

origen terrenal, por su testimonio la infidelidad sea juzgada con todo el polvo de su tierra. Más tolerable será en el día del juicio para la tierra de Sodoma y de Gomorra que para esa ciudad (Ibíd. 15): porque para aquellos, desconocido Cristo, el haber errado sea más leve, pero para estos sea inexpiable, o no haber recibido lo predicado, o habiéndolo recibido, no haberlo predicado santa ni católicamente.

11. La prudencia de la serpiente hasta qué punto ha de ser imitada según algunos. Y ciertamente significa que estos, que habrían de enfurecerse con loca saña contra los Apóstoles, habrían de ser muchos, cuando dice que los envía como ovejas en medio de lobos, predicando que conviene ser simples como palomas y prudentes como serpientes (Ibíd. 16). Pero la simplicidad de la paloma está en lo absoluto: pero cuál sea la prudencia de la serpiente, se debe considerar. No sé qué de prudencia y de consejo existe en ella, aunque algunos hayan dejado memoria de esto, de que donde entiende que ha llegado a manos de hombres, sustrae por todo medio la cabeza del golpe, y o la cubre con el cuerpo recogido en orbe, o la sumerge en un hoyo, y deja la parte restante para el golpe: y que nosotros, por este ejemplo, debemos, si algo de persecuciones ocurriera, ocultar nuestra cabeza, que es Cristo; para que ofrecidos nosotros a todos los tormentos, comuniquemos la fe recibida de él con la pérdida del cuerpo.

Pero todo este discurso del Señor es sobre los judíos y los herejes: Entregará el hermano al

hermano, y el padre al hijo, e insurgirán los hijos contra los padres (Ibíd. 21): esto es, que una familia de la misma clase disiente entre sí: porque por los nombres de los padres y de los parientes se indica la otrora unidad del pueblo, ahora diversos por el odio hostil mutuo; también que han de ser ofrecidos a los jueces y reyes de la tierra (Ibíd. 18), mientras intentan extorsionar o nuestro silencio o nuestra connivencia. Pues han de ser testigos para ellos y para las naciones: con cuyo testimonio se ha de quitar a los perseguidores la excusa de la divinidad ignorada; para las naciones, en cambio, se ha de abrir el camino de creer en Cristo, predicado por las voces persistentes de los confesores entre las penas de los que se ensañan. Por tanto, nos advierte que conviene que estemos instruidos con la prudencia de la serpiente.

13. Cómo se ha de imitar a la serpiente por los predicadores. A esta, antes de que sedujera a Adán, ya la llamó sabio el Génesis (Gén. III, 1); y enseñó su prudencia en el orden de un consejo maligno. Pues primero atacó el ánimo del sexo más blando, luego atrajo con la esperanza, prometió la comunión de la inmortalidad: y por medio de estos tan grandes premios, realizó la obra de su consejo y de su voluntad. Por tanto, con igual oportunidad, inspeccionada tanto la naturaleza como la voluntad de cada uno, se ha de aplicar la prudencia de las palabras. Se ha de revelar la esperanza de los bienes futuros, y así proferir los premios celestiales de la fe perfecta: para que lo que aquel mintió, nosotros lo prediquemos de la verdad, según la promesa de Dios

de que habrían de ser semejantes a los ángeles los que creyeran: para que ocupemos las mentes fáciles y absolutas de las plebes, aunque con lobos y herejes ensañándose alrededor, con las promesas de los reinos celestiales, y entreguemos la fe de las cosas con la prudencia de la serpiente y la simplicidad de la paloma.

14. Cuándo han de creer las naciones, cuándo los judíos. Advierte también que debe estar ausente de los entregados el cuidado de la respuesta, sino que se ha de esperar más bien lo que sugiera el Espíritu de Dios (Mat. X, 19); porque nuestra fe, atenta a todos los preceptos de la divina voluntad, será instruida para la ciencia de la respuesta: teniendo como ejemplo a Abraham, a quien postulado Isaac para hostia no le faltó el carnero para la víctima (Gén. XXII, 13). Luego aconseja la huida de una a dos ciudades (Mat. X, 23). Porque su predicación, primero expulsada de Judea, pasa a Grecia, de ahí fatigada por las diversas pasiones de los apóstoles dentro de las ciudades de Grecia, se demora en tercer lugar en todas las naciones. Pero para mostrar que las naciones ciertamente habrían de creer a la predicación de los apóstoles, pero que el que creyera el resto de Israel era debido a su venida; dice: No consumiréis las ciudades de Israel, hasta que venga el hijo del hombre (Ibíd.): a saber, después de la plenitud de las naciones, lo que sea el resto de Israel, para completar el número de los santos, ha de ser colocado en la Iglesia por la futura venida de su claridad.

15. Es un consuelo de las pasiones el que por ellas nos asimilamos al Señor. No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre el señor (Ibíd. 24). Mucho aprovecha para la asunción de la tolerancia el conocimiento de las cosas inminentes, máxime si se presume la voluntad de la paciencia con el ejemplo. Nuestro Señor, luz eterna y guía de los creyentes, y padre de la inmortalidad, envió antes a sus discípulos los consuelos de las futuras pasiones: para que ningún discípulo se estimara superior al maestro, o el siervo estuviera sobre el señor. Pues si al padre de familia le añadieron el sobrenombre del demonio por envidia, ¿cuánto más en sus domésticos completarán toda clase de injurias y contumelias (Ibíd. 25)? Pero que nada de esto nos aterre, abrazándolo más bien en lugar de gloria, si somos igualados a nuestro Señor incluso por las condiciones de las pasiones.

Las cosas ocultas se manifestarán en el día del juicio. Nada hay oculto que no haya de ser revelado (Ibíd. 26). Muestra ciertamente el día del juicio, que ha de manifestar la conciencia escondida de nuestra voluntad: y detectará por la luz del conocimiento público aquellas cosas que ahora estimamos ocultas. Por tanto, advierte que no se han de temer las amenazas, ni los consejos, ni las potestades de los que persiguen: porque el día del juicio revelará que estas cosas no fueron nada y fueron vanas.

17. El conocimiento de Dios se ha de introducir constantemente. Y lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo sobre los tejados (Ibíd. 27). No leemos que el

Señor soliera hablar de noche y que entregara la doctrina en tinieblas. Pero porque todo sermón suyo es tiniebla para los carnales, y su palabra es noche para los infieles; y lo que por él ha sido dicho ha de ser hablado por cada uno con la libertad de la fe y de la confesión; por eso mandó que lo que fue dicho en tinieblas sea predicado en la luz, y lo que fue confiado al secreto de los oídos sea predicado sobre los tejados, esto es, en lo excelso, para que sean oídos por el pregón de los que hablan. Pues constantemente se ha de introducir el conocimiento de Dios, y el profundo secreto de la doctrina evangélica se ha de revelar por la luz de la predicación apostólica: no temiendo a aquellos para quienes hay licencia contra los cuerpos, pero no hay derecho alguno sobre el alma (Ibíd. 28); sino temiendo más bien a Dios, para quien es la potestad de perder tanto el alma como el cuerpo en la gehenna.

18. Dos gorriones por un as, el cuerpo y el alma vendidos al pecado. ¿Acaso no se venden dos gorriones por un as; y uno de ellos no cae en tierra sin la voluntad de vuestro padre? (Ibíd. 29). No es, según creo, materia de crimen dedicarse a la caza de aves; ni la venta de gorriones tiene culpa. Y lo que dice: Uno de ellos no cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre, parece obrar contra el dicho apostólico que dice: ¿Acaso Dios tiene cuidado de los bueyes? (I Cor. IX, 9). Y mucho se derogará de su autoridad si se encontrara que sintió de otro modo que como ha sido entregado en los evangelios. Pues no se atribuye mucha dignidad a los apóstoles si han de estar

delante de los gorriones. Este pasaje procede del sentido superior. Pues se exageran las iniquidades de aquellos que han de entregar, que han de perseguir, que han de obligar a la huida, para quienes por el nombre del Señor conviene que seamos odiados, quienes ejercen todo su derecho solo en los cuerpos, no teniendo potestad sobre el alma. Estos dos gorriones, por tanto, se venden por un as. Y ciertamente lo que fue vendido bajo el pecado, lo redimió de la ley Cristo: por tanto, lo que se vende es el cuerpo y el alma; y a quien se vende es al pecado: porque Cristo tanto redimió del pecado como es el redentor del alma y del cuerpo. Los que, por tanto, venden dos gorriones por un as, se venden a sí mismos por el mínimo pecado, nacidos para volar y para ser elevados al cielo con alas espirituales. Pero capturados por los precios de los placeres presentes, y venales para el lujo del siglo, se venden todos ellos para tales acciones.

19. El cuerpo y el alma nacidos para que sean uno en los cielos, que caen como uno solo en la tierra. Pero se ha de buscar cómo es uno solo de ellos el que sin la voluntad de Dios no caerá. La voluntad de Dios es que uno de ellos más bien vuele hacia arriba, pero la ley procedente de la constitución de Dios decreta que uno de ellos más bien caiga hacia abajo. Pero así como si volaran hacia arriba serían uno solo, esto es, el cuerpo habría pasado a la naturaleza del alma, y aquella gravedad de la materia terrenal se aboliría en el progreso y la sustancia del alma, y el cuerpo se haría más bien espiritual; así, para los

vendidos por el precio de los pecados, la sutileza del alma se agrava en la naturaleza de los cuerpos y contrae de la suciedad de los vicios la materia terrenal, y se convierte en uno solo de ellos lo que es entregado a la tierra. Al decir que ellos están delante de muchísimos gorriones, muestra que la elección de los fieles preside a la multitud de los infieles: porque para estos es la caída en la tierra, para aquellos el vuelo al cielo.

20. Por la esperanza de una vida mejor se quita el temor de la muerte. Además, el que algo se recoja en un número es cuidado de la diligencia y de la solicitud: pues no es negocio digno numerar lo que ha de perecer. Para que conociéramos, por tanto, que nada de nosotros ha de perecer, porque somos mucho mejores que los gorriones; se indica por el mismo número de nuestros cabellos contados que hemos de ser salvados de lo sólido (Ibíd. 30 y 31): cuando lo que es innumerable en nosotros se numera por el afecto y la potestad de conservar. Ninguna caída de nuestros cuerpos, por tanto, se ha de temer, ni se ha de admitir ningún dolor de la carne que ha de ser muerta: cuando, resuelta por la condición de su naturaleza y de su origen, sea refundida en la sustancia del alma espiritual.

Y porque a los confirmados por tales doctrinas les conviene tener una libre constancia de confesar a Dios; añadió incluso la condición por la cual seríamos retenidos: que él negaría ante el Padre en los cielos al que lo hubiera negado ante los hombres en la tierra (Ibíd. 32); a aquel, por lo demás, que hubiera confesado que era suyo ante

los hombres, él lo confesaría en el cielo; y cuales testigos de su nombre hubiéramos sido ante los hombres, de tal testimonio suyo usaríamos ante Dios padre.

Se proponen varias cuestiones. No penséis que vine a enviar paz a la tierra. No vine a enviar paz, sino espada. Pues vine a separar al hijo contra el padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y enemigos del hombre los de su casa (Ibíd. 34-36). ¿Qué división es esa? Pues entre los primeros preceptos de la ley recibimos: Honra a tu padre y a tu madre (Éxodo XX, 12). Y el mismo Señor dice: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). ¿Qué quiere decir para sí la espada enviada más bien a la tierra, y el hijo separado del padre, y la hija de la madre, y la nuera contra la suegra, y los domésticos del hombre sus enemigos? Por tanto, desde entonces se proferirá una autoridad pública para la impiedad. En todas partes odios, en todas partes guerras, y la espada del Señor ensañándose entre el padre y el hijo, y entre la hija y la madre. Y en Lucas ciertamente hay tal sermón sobre esto: Pues habrá desde esto cinco en una casa divididos, tres contra dos, y dos sobre tres se dividirán (Lucas XII, 52). ¿Acaso no puede difundirse en un número mayor la familia de la agnación doméstica? ¿O se contenía por una prescripción de tiempo que desde esto hubiera solo cinco en una casa, y los mismos divididos? Por tanto, qué sea la espada en la tierra, cuál la propiedad de los nombres, y en el número cinco qué razón, y cómo han de dividirse tres en dos y

dos sobre tres, y hasta qué punto enemigos del hombre los de su casa, se debe considerar.

23. Naturaleza de la espada. Significa el verbo de Dios. Tres en Adán antes del pecado, cinco en los pósteros. Y ciertamente primero se ha de explicar la naturaleza de cada una de las cosas y de la cuestión universal: y no menos ayudará a nuestra inteligencia el sentido tanto anterior como consiguiente. La espada es el arma más aguda de todas las armas, en la cual reside el derecho de la potestad, y la severidad del juicio, y la punición de los pecados. Y el que la predicación del nuevo Evangelio sea llamada con el nombre de esta arma es autoridad frecuente en los profetas. Recordemos, por tanto, el verbo de Dios nombrado en la espada: la cual espada fue enviada a la tierra, esto es, su predicación infundida en los cuerpos de los hombres. Esta, por tanto, divide a cinco que habitan en una sola casa, y divide a tres en dos y a dos sobre tres. Pero solo tres encontramos en el hombre, esto es, el cuerpo y el alma y la voluntad. Pues así como al cuerpo le fue dada el alma, así también le fue indultada a ambos la potestad de usar de sí como quisieran: y por ello la ley fue propuesta a la voluntad. Pero esto se deprende en aquellos que primero fueron figurados por Dios, en quienes el orto del origen comenzado fue un efecto, no traducido de otra parte. Pero por el pecado y la infidelidad del primer padre, en las generaciones siguientes comenzó a ser el padre de nuestro cuerpo el pecado, la madre del alma la infidelidad; pues de estos recibimos el origen por la transgresión del primer padre. Pues la voluntad

es adyacente a cada uno. Por tanto, ya son cinco de una casa: el padre del cuerpo el pecado, la madre del alma la infidelidad, y el arbitrio de la voluntad que accede, el cual se distinge para sí a todo el hombre por un cierto derecho de matrimonio. Para este la infidelidad es la suegra, la cual recibiéndonos nacidos de ella, y peregrinando de la fe y del temor de Dios, para que nos detenga poseídos entre la infidelidad y el placer, y en la ignoración de Dios y en la delectación de todos los vicios.

24. Efecto de la regeneración. Lucha de la concupiscencia en los regenerados. Cuando, por tanto, somos innovados por el lavacro del bautismo por la virtud del verbo, somos separados de los pecados y autores de nuestro origen; y recordados por una cierta excisión de la espada de Dios, disintimos de los afectos del padre y de la madre: y despojándonos del hombre viejo con sus pecados e infidelidad, e innovados por el Espíritu en alma y cuerpo, es necesario que hayamos odiado la costumbre de la obra ingénita y antigua. Y porque el cuerpo mismo, mortificado por la fe, evada a la naturaleza del alma, que viene del soplo de Dios (aunque eso mismo todavía exista en su materia); porque la comunión sea conciliada entre ellos a partir del verbo: por eso ya comienza a querer hacerse uno solo y lo mismo con el alma, a saber, que ella es espiritual, a lo cual la libertad de la voluntad dividida de su suegra, esto es, de la infidelidad, concede todo su derecho: para que lo que era libertad de la voluntad, sea en adelante potestad del alma. And se produce una

grave disensión en una sola casa, y los domésticos serán enemigos para el hombre nuevo: porque aquel, dividido de ellos por el verbo de Dios, se gozará en permanecer tanto interior como exterior (el hombre), esto es, el cuerpo y el alma, en la novedad del espíritu: aquellas cosas, en cambio, que son ingénitas y deducidas de una cierta antigüedad de alcurnia, concupiscerán consistir en aquellas cosas con las que se deleitaron. Y el origen de la carne y el origen del alma y la libertad de la potestad se dividirán en dos, a saber, el alma y el cuerpo del hombre nuevo, que comenzaron a querer uno solo y lo mismo: y los tres divididos estarán sujetos a los dos, más potentes en el dominio de ellos por la novedad del Espíritu. Y por eso aquellos que hubieran preferido las caridades domésticas de los nombres a su dilección, serán indignos de la herencia de los bienes futuros.

25. La cruz, sacramento de la fe. Prosigue luego por el mismo decurso de los preceptos y de la inteligencia. Pues después de que había mandado que se abandonara todo lo que es más querido en el siglo; añadió: Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Ibíd. 38): porque los que son de Cristo, crucificaron el cuerpo con los vicios y las concupiscencias. Y es indigno de Cristo quien no tomando su cruz, en la cual compadece-mos, comueren, consepultamos, corresucitamos, hubiera seguido al Señor, habiendo de vivir en la novedad del espíritu en este sacramento de la fe.

26. Infiere la muerte a los vicios, quita el temor de la muerte. Quien hubiere hallado su alma, la perderá; y quien hubiere perdido su alma por mí,

la hallará (Ibíd. 39). A saber, por la potestad del verbo y por la división de los antiguos vicios, el lucro del alma aprovechará para la muerte, y el daño para la salud. Por tanto, se ha de asumir la muerte en la novedad de la vida, y a la cruz del Señor se han de fijar los vicios: y contra los perseguidores, por el desprecio de lo presente, se ha de retener la libertad de la gloriosa confesión, y se ha de rehuir el lucro dañoso del alma: sabiendo que a nadie se le deja derecho sobre el alma, y que por el detrimento de una breve vida, se adquiere el interés de la inmortalidad.

27. Cristo que es mediador. Quien os recibe a vosotros, me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe a aquel que me envió (Ibíd. 40). A todos impartió el afecto de la doctrina y la diligencia de los preceptos. Y quien había denunciado el peligro de los que no recibían a los apóstoles por el testimonio del polvo sacudido, encomienda el mérito de los que los reciben, más allá de la gracia del oficio esperado: y enseña en sí también el oficio del mediador, el cual siendo recibido por nosotros, y habiendo partido aquel de Dios, Dios por medio de él ha sido transfundido en nosotros. Y así quien recibe a los apóstoles, recibe a Cristo; quien por su parte recibe a Cristo, recibe a Dios padre: porque no recibe otra cosa en los apóstoles que lo que hay en Cristo, ni en Cristo hay otra cosa que lo que hay en Dios: y por este orden de gracias, no es otra cosa haber recibido a los apóstoles que a Dios; porque tanto en ellos habita Cristo como en Cristo Dios.

28. Varias ocasiones para conseguir la eternidad. Quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá el salario de profeta (Ibíd. 41). Quien recibe al profeta, recibe al que habita en el profeta: y se hace digno del salario del profeta, recibiendo al profeta en nombre de profeta. Igual salario se computa también por haber recibido al justo, y se hace justo por el honor de la justicia. Y así se consuma la justicia por la fe, y el oficio adquiere salario, largueando Dios varias ocasiones para conseguir la eternidad: cuando al recibir al justo y al profeta, el mismo afecto de reverencia reciba tanto el honor del justo como del profeta.

29. El obsequio deferido al indigno bajo la opinión de religión no es defraudado de su salario. Y quienquiera que diere de beber a uno de estos mínimos un cáliz de agua fría, etc. (Ibíd. 42). Enseñó que no es vana la obra de la buena conciencia, ni que la esperanza de la fe deba padecer por el crimen de la infidelidad ajena. Pues previendo que habrían de ser muchos gloriosos solo por el nombre del apostolado, pero improbables en toda la obra de su vida, y que los mismos habrían de engañar por mucho tiempo y mentir por mucho tiempo, sin embargo no defrauda el obsequio que se les haya deferido bajo la opinión de religión del salario de su obra y de su esperanza. Pues aunque ellos mismos fueran mínimos, esto es, los últimos de todos los pecadores (lo mínimo de todo, por su parte, es aquello de lo cual nada es menor), sin embargo decreta que no son vanos los oficios incluso leves hacia ellos, los cuales designa bajo el nombre de agua fría. Pues no a los pecados del

hombre, sino al nombre del discípulo se le prestó honor. Y así los oprobios del que engaña no dañan la probidad del que obedece: cuando su salario se consiga por la fe del que da, no por la mentira del que recibe.

CAPÍTULO XI.

Juan envía desde la cárcel a Jesús, y Jesús habla de Juan a las turbas. También la confesión de Jesús al Padre.

1. Juan no ignoró a Cristo. Juan, habiendo oído en la cárcel las obras de Cristo, enviando a sus discípulos, le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? (Mat. XI, 2 y 3). ¿Juan, detenido en la cárcel, ignora al Señor? ¿y tanto profeta no conoce a su Dios? Mas lo anunció como precursor que habría de venir, lo reconoció como profeta mientras estaba presente, lo veneró como confesor al acercarse. ¿De dónde se deslizó el error en su tan variada y tan abundante ciencia? Pero el consiguiente testimonio del Señor sobre él no permite que esto se sienta así. Ni ciertamente puede creerse que la gloria del Espíritu Santo faltara al que estaba puesto en la cárcel, cuando habría de ministrar la luz de su virtud a los Apóstoles puestos en la cárcel.

2. Fue la forma de la Ley. La obra de la Ley. Por qué Juan envió a Cristo. Pero se ofrece en estas cosas que se gestionaron en Juan una inteligencia más amplia: y con la eficiencia del hecho, se siente la gracia expresada en él; para que el profeta mismo profetizara también por el mismo género de su condición, porque en él se elevó la forma

de la ley. Pues la ley anunció a Cristo, y predicó la remisión de los pecados, y prometió el reino de los cielos: y Juan cumplió toda esta obra de la ley. Por lo tanto, cesando ya la ley, que, incluida en los pecados de la plebe y atada por los vicios del pueblo para que Cristo no pudiera ser entendido, era contenida por vínculos y cárcel. Por tanto, la ley envía a contemplar los Evangelios: para que la infidelidad contemple la fe de los dichos en los hechos; y lo que dentro de ella esté atado por el fraude de los pecados, sea absuelto por la inteligencia de la libertad evangélica. Por tal ejemplo, pues, Juan no consulta su propia ignorancia, sino la de sus discípulos: pues él mismo predicó al que habría de venir para la remisión de los pecados. Pero para que supieran que no era otro el predicado por él, envió a sus discípulos a mirar sus obras: para que las obras de aquel confirieran autoridad a sus dichos, ni se esperara a otro Cristo que aquel a quien las obras hubieran prestado testimonio.

3. Cristo predice el escándalo de la cruz. Y habiéndose manifestado todo el Señor por los milagros de las cosas, a saber, por la vista de los ciegos, la carrera de los cojos, la curación de los leprosos, el oído de los sordos, la voz de los mudos, la vida de los muertos, la predicación a los pobres; dijo: Bienaventurado el que no se escandalizare en mí (Ibíd. 6). ¿Acaso se había gestado ya algo en Cristo que escandalizara a Juan? Ciertamente no. Pues se demoraba en el mismo curso de su doctrina y de su obra. Pero debe contemplarse la fuerza y la propiedad de la sentencia superior, qué sea aquello de que los pobres son bien anun-

ciados; esto es, los que hubieren perdido su alma, los que hubieren tomado su cruz y siguieren, los que se hicieren humildes de espíritu, cuyo reino se prepara en el cielo. Por tanto, porque en el Señor convendría esta universalidad de pasiones, y su cruz habría de ser escándalo para muchísimos; profesó bienaventurados a aquellos a cuya fe nada de tentación aportara la cruz, la muerte, la sepultura. Así pues, mostró para qué cosa Juan había precavido, diciendo bienaventurados a aquellos para quienes no hubiera habido algo de escándalo en sí: porque por miedo a ello Juan habría enviado a sus discípulos para que oyeran y vieran a Cristo.

4. A quiénes significa la caña. Y para que esto no pudiera referirse a Juan, como si se hubiera escandalizado algo en Cristo; al irse ellos, habló a las turbas sobre él: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña movida por el viento? (Ibíd. 7). El desierto debe sentirse vacío del Espíritu Santo, en el cual no hay habitación alguna de Dios. Pues en la caña se muestra tal hombre, hermoso por la gloria del siglo en la vacuidad de su vida, pero hueco en sí del fruto de la verdad; placentero por fuera, y nada por dentro; movable ante todo movimiento de los vientos, esto es, al soplo de los espíritus inmundos, ni valiendo para la firmeza de consistir, y vacío en las médulas del ánimo. Por tanto, cuando dice: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña movida por el viento? habla esto: ¿Acaso salisteis a ver a un hombre vacío del conocimiento de Dios, y vagando al soplo de los espíritus inmundos? Pues habla esto con el

afecto del que increpa más que del que confirma: mostrando a saber que no se contempla en Juan a aquel que sea a la vez vacío y móvil.

Los cuerpos disueltos por el lujo son casas de demonios. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas muelles? He aquí que los que se visten con ropas muelles están en las casas de los reyes (Ibíd. 8). La vestimenta significa el ámbito del cuerpo con que se viste el alma, que se ablanda por el lujo y las lascivias. Pero los que están vestidos con ropas muelles están en las casas de los reyes. En los reyes hay una denominación de los ángeles transgresores: pues estos son los potentes del siglo y los dominadores del mundo. Por tanto, los vestidos con ropas muelles están en las casas de los reyes, esto es, aquellos que por el lujo tienen cuerpos fluidos y disueltos, son habitación de los demonios, que eligen una sede consimil a sus propósitos y obras.

6. La gloria de Juan. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Os digo, incluso más que a un profeta, etc. (Ibíd. 9 y ss.). El Señor muestra toda la gloria de Juan, diciendo que es más que un profeta: porque a él solo le fue lícito tanto profetizar a Cristo como verlo. ¿Y cómo se cree que ignora a Cristo aquel que, enviado con la potestad de ángel, preparó el camino al que habría de venir, y de quien entre los nacidos de mujeres no ha surgido ningún profeta mayor? A no ser porque el que es menor que él, esto es, el que es interrogado, en quien no se cree, a quien ni sus obras le prestan testimonio, este es mayor en el reino de los cielos.

7. Quiénes arrebatan el reino de los cielos: las gentes a los judíos. Mas desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece violencia, y los que hacen violencia lo arrebatan (Ibíd. 12). Como exige la naturaleza de las cosas, el más fuerte aporta la violencia; y será menor aquel a quien se le aporte la violencia. Qué sea, pues, lo que arrebatara y lo que padece violencia, debe contemplarse. El Señor había advertido la infidelidad de los discípulos de Juan, había entendido también la opinión de la turba sobre su anuncio, sentía en el escándalo de la cruz un ingente peligro para la fe. Había mandado a los apóstoles ir más bien a las ovejas perdidas de Israel: a ellos mismos convenía que se constituyeran en el reino, y que se mantuvieran en la familia y agnación de Abraham, Isaac y Jacob. Pero toda esta predicación aportaba provecho a los publicanos y pecadores. De estos pues ya había creyentes, de estos ya había apóstoles, de estos (piénsese en Mateo) ya el reino de los cielos. Por lo demás, a Juan no le cree la plebe, las obras no merecen la autoridad de Cristo, la cruz habría de ser escándalo. Ya cesa la profecía, ya se cumple la ley, ya se incluye toda la predicación, ya el espíritu de Elías se antepone en la voz de Juan. A unos se les predica Cristo, y por otros es reconocido: para unos nace, y por otros es amado. Los suyos lo rechazan, los extraños lo reciben: los propios lo persiguen, los enemigos lo abrazan. La adopción pretende la herencia, la familia la rechaza. Los hijos repudian el testamento, los siervos lo reconocen. Y así el reino de los cielos padece violencia,

y los que la introducen lo arrebatan: porque la gloria de Israel debida por los padres, anunciada por los profetas, ofrecida por Cristo, es ocupada y arrebatada por la fe de las gentes.

8. Los judíos, abdicados de la Ley y del Evangelio, han caído. ¿Pero a qué estimaré semejante a esta generación? Es semejante a los niños que se sientan en el foro y claman unos a otros, etc. (Ibíd. 16). Todo este discurso es un oprobio de la infidelidad, y descende del afecto de la queja superior; porque la plebe insolente, instruida por diversos géneros de predicaciones, no fue enseñada: significando a saber en los niños a los profetas, que en medio de la sinagoga, como en un público convento del foro, coarguyen al pueblo, porque no secundaron con el oficio del cuerpo a los que les cantaban, esto es, porque no obedecieron a sus dichos. Pues al modo de los cantantes se adapta el movimiento de los que saltan. En la simplicidad del sentido, como niños, predicaron y provocaron a la confesión de salmear a Dios, como se contiene en el cántico de Moisés, como en el de Isaías, como en el de David, como en el de los demás profetas: y por otra parte que ni la predicación de Juan los haya inclinado a la penitencia de los pecados y al dolor y luto de los antiguos delitos: a quienes tanto la ley les pareció grave por los preceptos de bebida y comida y difícil y molesta, teniendo en sí el pecado, que llama demonio (Ibíd. 18): porque por la dificultad de la observancia les era necesario pecar en la ley: y de nuevo en Cristo la predicación del Evangelio no les plazca por la libertad de la vida, por la cual las

dificultades y cargas de la ley han sido relajadas, y ya los publicanos y pecadores han creído (Ibíd. 19): y así, habiéndose tenido en vano tantos y tan grandes géneros de amonestaciones, ni por la gracia se justifiquen y de la ley sean abdicados.

9. Justamente son reprobados. Cristo es la Sabiduría misma, no solo obra de la Sabiduría. Y justificada ha sido la Sabiduría por sus hijos: por estos a saber, que haciendo violencia al reino de los cielos, lo arrebatan por la justificación de la fe: confesando que es obra justa de la Sabiduría, porque ha trasladado su don a los fieles y obedientes desde los contumaces e infieles. No es ocioso en este lugar contemplar la virtud de lo dicho. Y justificada ha sido la Sabiduría: habló de sí ciertamente. Pues él mismo es la Sabiduría, no por las eficiencias, sino por la naturaleza: pues tiene la potestad de toda cosa. Por lo demás, todo negocio es efecto de la potestad: y no es lo mismo la obra de la virtud que la virtud, y el eficiente se discierne del efecto. Pues muchísimos suelen eludir el dicho apostólico, por el cual dice que Cristo es la sabiduría de Dios y la virtud de Dios (1 Cor 1, 24), por estos modos: que en él al ser creado de la virgen existió la eficaz sabiduría y virtud de Dios, y en su natividad se entienda la obra de la divina prudencia y potestad; y haya en él eficiencia más bien que naturaleza de sabiduría. Para que nada de tal cosa pudiera entenderse, se llamó a sí mismo Sabiduría; mostrándola en sí, no lo que es de ella. Pues obra de la Sabiduría es la fe, la esperanza, la caridad, la pudicia, el ayuno, la continencia, la humildad, la humanidad: pero

estas son obras de la naturaleza, no la naturaleza misma; y no en estas cosas que se hacen consiste la cosa misma que haga. ¿Por qué el Apóstol dijo virtud de Dios y sabiduría de Dios, sino porque de aquella Sabiduría que era, fue creada la sabiduría?

10. Cuán rea es la incredulidad de los judíos. ¡Ay de ti, Corozáin y Betsaida!; porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las virtudes que se han hecho en vosotras, etc. (Mat. 11, 21). El maldecir de la desobediencia se decreta con la bendición de la obediencia. Pues a los primeros judíos convino que se les predicara; pero por el privilegio de la predicación se acumula la envidia de la infidelidad, cuando son argüidos por el ejemplo de los creyentes, a quienes sin ninguna admiración de hechos propuesta, toda la salud es por la fe. Pues al Señor en Betsaida y Cafarnaúm los mudos alaban, los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos corren, los muertos sienten; y a nadie movía la admiración de cosas tan grandes por la voluntad de la fe, cuando solo el oído de los hechos debió llamar al temor y arrebatarse a la fe. Pero no solo de Tiro y Sidón, sino que de la misma Sodoma y Gomorra hará leves los pecados: porque tal vez para ellos hubiera sido el afecto de creer, si hubiera acontecido la contemplación de tales virtudes.

11. Gozo de Cristo por la fe de las gentes. En aquel tiempo respondiendo Jesús dijo: Te confieso, Señor Padre del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y las has revelado a los pequeños, etc. (Ibíd. 25). Dignamente

se adjunta tal confesión a los dichos superiores. Pues aunque haya sido deseable la salud de Israel, sin embargo no estaba fuera del gozo del Señor la fe de las gentes predicada hace tiempo. Pues los arcanos y las virtudes de las palabras celestiales se esconden a los sabios y se revelan a los pequeños: pequeños por la malicia, no por el sentido; pero a los sabios por la presunción de su propia estulticia, no por las causas de la prudencia. Y el Señor confirma la equidad de este hecho por el juicio de la voluntad paterna (Ibíd. 26): para que los que se desdeñan de hacerse pequeños en Dios, se hagan en adelante estultos en su propia sabiduría.

12. El Padre y el Hijo de una sola sustancia. Y para que no se estimara en él nada menos que lo que hay en Dios; dijo que todas las cosas le han sido entregadas por el Padre, y que solo él es conocido por el Padre, y el Padre solo por él, o por aquel a quien él mismo quisiera revelarlo (Ibíd. 27): habiéndolo de revelar a aquel por quien se le ore que quiera revelarlo. Por cuya revelación enseña que la sustancia de ambos en el mutuo conocimiento es la misma, ya que quien conociera al Hijo, habría de conocer también al Padre en el Hijo: porque todas las cosas le han sido entregadas por el Padre. Pero las cosas entregadas no son otras que las que en el Hijo son conocidas solo por el Padre. Y que solo para el Hijo son conocidas las que son del Padre. Y así en este secreto del mutuo conocimiento se entiende que nada otro ha existido en el Hijo que lo que sea ignorable en el Padre.

13. Por qué el yugo de Cristo es suave. Llama después a los que laboran bajo las dificultades de la ley y a los cargados de los pecados del siglo (Ibíd. 28): y promete que él quitará el trabajo y la carga, si tan solo toman su yugo, a saber, si reciben los preceptos de sus mandatos y se acercan a él por el sacramento de la cruz: porque es humilde de corazón y manso, y en esto encuentren sus almas el descanso (Ibíd. 29): proponiendo los halagos de un yugo suave y de una carga leve, para que preste a los creyentes el conocimiento de su bien, que solo él conoce en el Padre. ¿Y qué hay más suave que su yugo, qué más leve que su carga?: hacerse probable, abstenerse del crimen, querer el bien, no querer el mal, amar a todos, odiar a ninguno, conseguir las cosas eternas, no ser capturado por las presentes, no querer inferir a otro lo que para sí mismo sea molesto de padecer.

CAPÍTULO XII. Los discípulos arrancan espigas. Jesús curó a un hombre de mano árida en sábado. Curó a un ciego y endemoniado. De la blasfemia del Espíritu, del fruto del árbol bueno y del malo, de toda palabra ociosa, de los ninivitas y la reina del Austro, de los siete espíritus y el octavo, de la madre de Jesús y sus hermanos.

1. Los hechos de Cristo portenden otra cosa. En aquel tiempo pasó Jesús por los sembrados en sábado: y sus discípulos, teniendo hambre, comenzaron a arrancar espigas y a comer (Mat. 12, 1). Tanto el salir al sembrado, como el día del sábado, como el hambre de los discípulos, como el arranque de las espigas, como la insidia de los

fariseos y la respuesta del Señor tienen, como lo demás, una inteligencia subyacente de causa interior. Pues todas las verdades de los hechos, como hemos dicho, consiguen en esos mismos efectos de lo gestado una imagen de la verdad futura semejante a sí y que debe entenderse por sí misma.

2. Se premuestran la fe de las gentes y la infidelidad de los judíos. Y al principio debe contemplarse que este discurso comenzó así: En aquel tiempo pasó Jesús por los sembrados, esto es, en aquel tiempo en que confesó al Padre Dios la gracia por la salud dada a las gentes: para que el mismo sentido contuviera tanto lo superior como lo consecuente. Por tanto, corramos por lo demás. El campo es el mundo, el sábado es el descanso, la mies es el provecho de los que han de creer para la cosecha. Por tanto, el progreso al campo en sábado es el progreso del Señor a este mundo en el descanso de la ley, visitando aquella mies, esto es, la siembra del género humano. Y porque el hambre es la sed de la salud humana; los discípulos se apresuran a saciarse con la salud de los santos, a saber, a arrancar y coger las espigas. Pues ni al hombre le conviene el alimento de la espiga, ni es útil el comer las aristas arrancadas: sino que la especie sigue la fe del hecho futuro, y la virtud de las palabras interpuesta absuelve el sacramento tanto del hambre como de la saciedad.

3. Los fariseos, que pensaban que la llave de los cielos estaba en su poder, coarguyen que los discípulos hacen cosas ilícitas (Mat. 12, 2): a quienes el Señor amonestó por el argumento de aquel

hecho en el que bajo el argumento de las cosas se contiene la razón de la profecía, que David junto con los que estaban con él, teniendo hambre, se sació con panes ilícitos (Ibíd. 3). Pues ni si no fuera lícito hacerse, se hubiera creído que David lo hizo sin crimen. Pero profetiza en la ley con hechos sin el piáculo del crimen; de modo que él mismo con los demás se saciara con los panes de la proposición: mostrando así que Cristo con los apóstoles habría de saciarse con la salud de las gentes, lo cual les parecía ilícito a los judíos.

4. De otra profecía también los amonesta, para que conocieran que se consuman en él todas las cosas que anteriormente se dijeron en la ley; que los sacerdotes violan el sábado en el templo sin crimen (Ibíd. 5); indicándose a sí mismo a saber como el templo, en el cual por la doctrina apostólica, descansando infielmente el pueblo de la ley, se da la salud a las gentes: porque él mismo es mayor que el sábado, y sin la culpa de la ley violada, la fe evangélica opera en Cristo.

5. Cesando la ley, somos salvados por la bondad de Dios. Y para mostrar que toda la eficiencia de las cosas contiene esta especie de obra futura, añadió: Pues si supierais qué es: Misericordia quiero y no sacrificio; nunca hubierais condenado a los inocentes (Mat. 12, 7). La obra de nuestra salud no está en el sacrificio, sino en la misericordia: y cesando la ley, somos salvados por la bondad de Dios. Si hubieran entendido el don de tal cosa, nunca hubieran condenado a los inocentes, esto es, a los apóstoles: a quienes habrían de acusar por la envidia de la ley transgredida,

cuando al cesar la antigüedad de los sacrificios, la novedad de la misericordia subvendría a todos por ellos; ni hubieran pensado que el Señor del sábado está contenido por el precepto del sábado. Estas cosas fueron dichas y hechas en el campo.

6. Curación del manco. Y después de esto, entrado en la sinagoga, presentan a un hombre de mano árida, preguntando si era lícito curar en los sábados (Ibíd. 9): buscando ocasión de argüirlo por la respuesta. A quienes encerró con el ejemplo de la oveja que cae en la fosa, la cual están solícitos de extraer en sábado sin crimen (Ibíd. 11): y que más rectamente se debe medicar al hombre, que aventaja a la oveja; ni debe estimarse que por el ministerio de la salud humana pueda violarse el sábado, lo cual no viola la solicitud de extraer a la oveja de la fosa.

7. Significa a aquellos a quienes Cristo hizo la potestad de las virtudes. Se sujeta rectamente tal curación del Señor. Pues después del regreso del sembrado, del cual ya los apóstoles habían recibido los frutos de la siembra, vino a la sinagoga: habiendo de preparar también de allí obreros para su mies, que después existieron en mayor número junto con los apóstoles. Estos, pues, son curados en el manco. Pues no tenían la sustancia de dar la salud, y el oficio de la mano había cesado, y el ministerio del cuerpo, por el cual algo se hace e imparte, se había secado. El Señor, pues, mandó extender la mano, que le fue restituida como la otra (Ibíd. 13). Toda curación está en la palabra, y la mano se devuelve como la otra, esto es, se hace semejante al ministerio de los apóstoles.

les en el oficio de dar la salud: y enseña que los fariseos no deben llevar a mal la operación de la salud humana en los apóstoles; cuando para ellos mismos la mano ha de ser reformada para el ministerio del mismo oficio, si creen.

12. Cuán rico es el Verbo de Dios. Mas Jesús, sabiendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado (Ibíd. 25). El Verbo de Dios es rico, y puesto como argumento de la inteligencia, ofrece de sí mismo una numerosísima abundancia de ejemplos: y ya sea entendido simplemente, o inspeccionado interiormente, es necesario para todo provecho. Pero dejadas estas causas, que están patentes a la inteligencia común, detengámonos en las causas interiores.

13. Se predice la pérdida del reino de Israel. Todo reino dividido contra sí mismo será desolado. Habiendo de responder a lo que se había dicho sobre Beelzebub, retorció hacia ellos mismos, a quienes respondía, la condición de la respuesta misma. Pues la Ley es de Dios, y la promesa del reino de Israel es por la Ley, y el nacimiento y advenimiento de Cristo es por la Ley. Si el reino de la Ley se divide contra sí mismo, es necesario que se disuelva. Y toda potestad se quita por la división, y la virtud (virtus) del reino, separada contra sí misma, se consume: y así el reino de Israel perdió [su posición] por la Ley, cuando el pueblo de la Ley impugna el cumplimiento de la Ley en Cristo.

14. El exterminio de Jerusalén. Pero toda ciudad y casa dividida contra sí misma, no permanecerá (Ibídem). También de la casa y de la ciudad

es la misma razón que la del reino. Pero aquí se indica la ciudad de Jerusalén, siempre gloriosa por el dominio de las naciones. Ahora, después de que se encendió en el furor del pueblo contra su Señor, y ahuyentó a sus apóstoles con las turbas de los creyentes, no permanecerá por la división de los que de allí se apartan: y así, lo que pronto se siguió por esta división, se denuncia el exterminio de aquella ciudad.

15. Que Cristo expulsa los demonios por virtud divina. Pues si Satanás expulsa a Satanás, contra sí mismo está dividido (Ibíd. 26). Condenan la malevolencia del dicho superior, por el cual hablaban que él hacía estas cosas en Beelzebub, por ese mismo género de hablar que hablaron: no entendiendo que habían confesado que Beelzebub estaba dividido: y si fue forzado a su propia división, para que un demonio perturbara a los demonios, y la división misma consistiera contra sí misma; de aquí también debe estimarse que hay más virtud (virtutis) en aquel que dividió, que en aquellos que están divididos. Por tanto, ya está dividido, y ha sido forzado contra sí mismo, y su reino está disuelto por tal división. Que si Cristo expulsa los demonios en la virtud de Beelzebub, sus hijos, esto es, los apóstoles, ¿en nombre de quién los expulsan? (Ibíd. 27). Y por eso dignamente han sido constituidos jueces contra ellos, a quienes se hallará que Cristo dio contra los demonios aquella potestad que se negó que él mismo tuviera. Por tanto, si los discípulos obran en Cristo, y Cristo obra por el Espíritu de Dios; está presente el reino de Dios, ya trasfundido en los

Apóstoles por el oficio del mediador. Pero cuando se arguye que Cristo puede por Beelzebub, se blasfema de Dios en Cristo: y así se prepara por los fariseos, en el nombre de Beelzebub, la injuria de un reproche inextinguible contra Dios.

16. ¿Cómo puede alguno entrar en la casa del fuerte y saquear sus vasijas? y lo demás (Ibíd. 29). Indica que toda la potestad del diablo fue triturada por él en la primera tentación, porque nadie entra en la casa del fuerte y saquea sus vasijas, a no ser que haya atado al fuerte, y entonces saqueará su casa: y es necesario que el que hace estas cosas sea más fuerte que aquel fuerte. Fue atado, pues, entonces, cuando llamado Satanás por el Señor, fue constreñido por la misma denominación de su maldad (Mat. 4, 10): a quien, así atado, le quitó los despojos y le arrebató la casa —a saber nosotros, que fuimos antes sus armas— y redujo a su derecho la milicia del reino, y vencido y atado preparó para sí una casa de entre nosotros, vacía y útil. Pero muestra que está lejos de él haber tomado prestado algo de potestad de aquel: cuando el que no está con él, está contra él; y el que no recoge con él, desparrama (Mat. 12, 30). Por lo cual se entiende que es cosa de ingente peligro opinar mal de aquel, con quien no estar es lo mismo que estar contra; y no recoger sea desparramar.

17. Blasfemia del Espíritu: negar a Cristo la divinidad que manifiesta por sus obras. Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia del Espíritu no será perdonada (Ibíd. 31). Condena la sentencia de los fariseos,

y la perversidad de aquellos que así sienten con ellos, por una severísima definición; prometiendo el perdón de todos los pecados, y negando la indulgencia de la blasfemia del Espíritu (Ibíd. 32). Pues aunque los demás dichos y hechos se perdonan por una liberal venia, carece de misericordia si se niega a Dios en Cristo. Y en aquello en que el pecador está sin venia, emplea la benevolencia de una reiterada amonestación: que los pecados de cualquier género han de ser totalmente perdonados, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no ha de ser perdonada. ¿Qué hay tan fuera de venia como negar en Cristo que es Dios, y quitar la sustancia del Espíritu paterno que consiste en él: cuando en el Espíritu de Dios consume toda obra, y él mismo es el reino de los cielos, y en él está Dios reconciliando al mundo consigo (2 Cor. 5, 19)? Por tanto, cualquier injuria que haya existido en Cristo, todo ello existirá en Dios: porque tanto Dios está en Cristo, como Cristo en Dios.

18. Contra los judíos y los arrianos. Los que dan culto a Cristo, pero niegan que sea Dios, son peores que los que lo ignoran. O haced el árbol bueno, y sus frutos buenos; o haced el árbol malo, y sus frutos malos, y lo demás (Mat. 12, 33). La palabra se manifiesta tanto para el presente como se proyecta hacia el futuro. Pues en el presente refuta a los judíos, quienes, aunque entendían que las obras de Cristo eran superiores a la virtud humana, no querían sin embargo confesar que fueran de Dios. Pero para el futuro arguye toda perversidad de la fe, a saber, de aquellos que, qui-

tando al Señor la divinidad y la comunión de la sustancia paterna, hirvieron en diversos estudios de herejía: no haciendo ninguna de las dos cosas, ni habitando entre las gentes bajo la venia de la ignorancia, ni versando en el conocimiento de la verdad. Significa que él es el árbol puesto en el cuerpo: porque por la fecundidad interior de su virtud sale toda abundancia en frutos. Por tanto, o se ha de hacer el árbol bueno con frutos buenos, o se ha de constituir malo con frutos malos; porque por sus frutos el árbol mismo testificará de sí mismo: no porque según la naturaleza de los árboles pueda constituirse un árbol malo que sea bueno, o que el mismo sea bueno con sus ramas si es malo; sino para que por esta significación entendiéramos que Cristo o ha de ser dejado como inútil, o ha de ser retenido como bueno por la utilidad de los frutos buenos: porque lo dicho contra el hijo del hombre está bajo venia, pero la blasfemia del Espíritu carece de venia. Por lo demás, actuar en el medio, y conceder algunas cosas a Cristo, pero negar las que son máximas; venerarlo como a Dios, y despojarlo de la comunión de Dios, esta es la blasfemia del Espíritu: para que cuando por la admiración de tan grandes obras no te atrevas a quitar el nombre de Dios, por la malevolencia de la mente y del sentido recortes su nobleza—la cual fuiste forzado a confesar en nombre—negada la comunión de la sustancia paterna. Y por eso también en ello el Señor extiende el don de su bondad, diciendo que o se ha de hacer el árbol malo con frutos malos, o el bueno con frutos buenos: porque en la opinión

del árbol malo, está depositada bajo secreto la venia de la indulgencia de Dios (porque todo pecado ha de ser perdonado); en la confesión del bueno está el fruto eterno: para que no cayendo (o caminando) en la sentencia media entre ambos, cuando no nos atrevemos a constituir lo malo, no queramos confesar lo bueno, y seamos dejados al juicio indisoluble de la opinión corrompida sobre él.

19. Mas enseñó que toda corrupción de sentir así procede del vicio de la naturaleza, diciendo: Del mal tesoro no pueden sacarse sino cosas malas, y que de toda palabra ociosa, esto es, inepta e inútil, se ha de dar razón a Dios (Mat. 12, 35): porque por las palabras de nuestra confesión hemos de ser o condenados o justificados; habiendo de recibir tal benevolencia del futuro juicio, cual sea la sentencia que hayamos tenido sobre el Señor de la gloria celestial.

20. Por la fe de las gentes se arguye la infidelidad de los judíos. Luego se pide que muestre una señal, la cual respondió que daría por la señal de Jonás (Ibíd. 38): y así como Jonás estuvo retenido en el vientre del cetáceo tres días y otras tantas noches, así él demoraría dentro de lo interior de la tierra por igual espacio de tiempo. Pero muestra que la fe de las gentes ha de ser mayor en el futuro. Pues los ninivitas hicieron penitencia por la predicación de Jonás, y merecieron de Dios la venia por la confesión del arrepentimiento. Pero también la reina del Austro, tomada ahora como ejemplo de la Iglesia, admirada la sabiduría de Salomón, vino de las últimas partes de la tierra

para oír la sabiduría que había admirado (Ibíd. 41 y 42). Por tanto, la comparación aumenta la envidia, y hace a los judíos sin excusa la fe de las gentes: para que, habiendo creído aquellos a los profetas, esto es, a Jonás y a Salomón, estos no crean a Cristo, superior a Jonás y a Salomón. Y por eso en la resurrección los juzgarán, porque en aquellos se halló el temor de Dios, a quienes no se les había predicado la ley: tanto más indignos de venia los que son infieles por la ley, cuanto más de fe se ha hallado en aquellos que ignoraron la ley.

21. Cuando el espíritu inmundo hubiere salido del hombre, camina por lugares áridos, buscando descanso, y no lo hallará, y lo demás (Ibíd. 43). La lectura es continua y, desde el mismo comienzo del sermón iniciado, se indica que procede del sentido superior: pues comenzó por la conjunción de la palabra. Pero se ha de tratar la razón de toda la comparación propuesta. El espíritu inmundo, saliendo del hombre, rodea lugares áridos y sin agua, en los cuales ningún fount de vida fluía. Y cuando no hallare descanso, entonces hablará dentro de sí, que le es congruente volver a su casa de donde salió; la cual hallará vacante, barrida y adornada; y tomará consigo siete espíritus más inicuos que él, y entrando habitarán allí, y las postrimerías de aquel hombre serán peores que las primeras. Y ciertamente el Señor lo explicó, diciendo: Así será a esta generación pésima (Ibíd. 45).

22. Se adaptan a los judíos las cosas superiores. El demonio antes de la ley poseía a los israelitas. Expulsado por la ley invadió a las gentes.

Por tanto, no podemos dudar que todo esto ha de referirse a la persona de este pueblo: pero se ha de observar en qué medida se devuelven las cosas propuestas individualmente a los tiempos y cosas individuales. Arriba, a saber, en el nombre de los ninivitas y de la reina del Austro, fue justificada la fe de las gentes: pero mucho antes, después de muchos y graves pecados contra Dios, fue dada la ley a los judíos. Y ciertamente sus pecados se contienen en los libros de Moisés. Pero después de tantos documentos de la virtud divina, esto es, el Egipto herido por diez plagas, y la columna de nube y de luz sirviendo de noche y de día, y el camino proporcionado en el Mar Rojo, y las fuentes fluyendo de las piedras rotas, y el maná administrado a los hambrientos, y por último el pueblo viviendo por espacio de cuarenta años con la vida y el hábito de los ángeles; después se adoró y suplicó a animales y piedras, y se bailó ante estos con coros y cantos, y se llamó dioses a los metales. Por tanto, la ley, que fue dada después, expulsó por su intervención al espíritu inmundo que se asentaba en los pechos de aquel pueblo, y lo excluyó como por una cierta custodia de una potestad circundante. El cual, saliendo de allí, vagó por las naciones desiertas y áridas, abandonando su antigua casa: para descansar en estas con una habitación no inquietada hasta el día del juicio.

23. La gracia concedida a las gentes volvió a los judíos. Por qué toma siete consigo. Pero de nuevo, impartida la gracia de Dios a las gentes, después de que en el lavacro del agua fluyó la

fuente viva, no hay lugar alguno de habitación con ellos: y cuando ya no tuviera descanso en ellos, reputando dentro de sí, cree que lo mejor es regresar a aquella casa de la cual salió. Esta, purificada por la ley, y adornada por los pregones de los profetas, y preparada por el advenimiento de Cristo, se halla vacante: de la cual tanto ha partido la custodia de la ley (porque toda la ley es hasta Juan, Mat. 11, 13), como no ha sido recibido Cristo para habitar. Y así está tanto vacante de habitador, como desierta de custodios: aunque, sin embargo, al venir el habitador, por la solicitud de los que precedían, haya sido tanto purificada como adornada. Se asumen, pues, siete espíritus más inicuos; porque tantos eran los dones de las gracias destinados con Cristo, los cuales aquella multiforme sabiduría de Dios colocó en él con gloria septiforme: para que se hiciera tanta posesión de iniquidad, cuanta había de haber sido de gracias. Y así las postrimerías de aquel hombre serán peores que las primeras: porque de los judíos el espíritu inmundo había salido por el temor de la ley, pero ahora volverá a ellos con la venganza de la gracia repudiada por ellos.

24. De dónde se ha de tomar ya el derecho de los parentescos. Los parientes de Cristo que están fuera, la Sinagoga. Y porque todo aquello lo hablaba en la virtud de la majestad paterna; al que le anunciaba que afuera era esperado por su madre y por sus hermanos, extendiendo la mano hacia los discípulos, respondió que ellos eran para él hermanos y madre; y que cualquiera que hubiera sido obediente a la voluntad paterna, ese

era hermano, hermana y madre: constituyéndose él mismo como forma de obrar y de sentir para todos, que el derecho y el nombre de todos los parentescos ya no se han de retener por la condición de nacer, sino por la comunión de la Iglesia. Por lo demás, no debe pensarse que sintió fastidiosamente de su madre, a quien, puesto en la pasión, atribuyó el afecto de la máxima solicitud (Juan 19, 26 y 27). Pero también se guarda en ello una razón típica, que su madre y sus hermanos estuvieran fuera, cuando ciertamente tenían potestad de entrar a él como los demás. Pero porque vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron; en su madre y sus hermanos se prefiguran la Sinagoga y los israelitas, absteniéndose de su entrada y acceso.

Capítulo XIII. Jesús, sentado en una barca, habla parábolas a las turbas sobre el que siembra buena semilla, sobre la cizaña y el trigo, sobre el grano de mostaza, sobre la levadura escondida en la harina, y la exposición de la cizaña, sobre el tesoro en el campo, sobre la buena margarita, sobre la red echada al mar.

1. No captan la palabra de Dios los ajenos a la Iglesia. En aquel día salió Jesús, y se sentaba junto al mar: y se congregaron junto a él grandes turbas, de modo que subió a una barca (Mat. 13, 1 y 2). La razón de haberse sentado el Señor en la barca, y de haber estado las turbas fuera, procede de las cosas sujetas [a ello]. Pues iba a hablar en parábolas: y por este género de hecho significa que aquellos que están puestos fuera de la Iglesia, ninguna inteligencia pueden captar del sermón divino. Pues la barca ofrece un tipo de la Iglesia:

dentro de la cual, puesto y predicado el verbo de vida, aquellos que están fuera, y como arena yacen adyacentes estériles e inútiles, no pueden entender. Por lo demás, hablar sobre las parábolas ya explicadas por el Señor es ocioso.

2. Perdieron los judíos la ley por la penuria de la fe. Pues al que tiene, se le dará, y abundará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (Ibíd. 12). La fe percibe los misterios del reino. Estos progresarán en quienes hubiere estado, y abundará con los incrementos de su progreso: mas en quienes no hubiere estado, aun lo que tienen se les quitará. Declara, a saber, el daño de la ley por la penuria de la fe: la cual fe no teniendo los judíos, perdieron también la ley que habían tenido. Y por eso la fe evangélica tiene un don perfecto; porque recibida enriquece con nuevos frutos, mas repudiada arrebatada también las riquezas de la antigua sustancia.

3. Bienaventurados vuestros ojos que ven, y vuestras oídos que oyen (Ibíd. 16). Enseña la bienaventuranza del tiempo apostólico, a cuyos ojos y oídos les cupo visitar y oír la Salud de Dios: deseando los profetas y justos ver y oír en la plenitud de los tiempos destinados, y reservado a los Apóstoles el gozo de esta expectación.

4. El grano de mostaza es el Señor. Las hortalizas son las palabras de los profetas. Cómo los apóstoles son las ramas. Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza, y lo demás (Ibíd. 31). El Señor se comparó a sí mismo a un grano de mostaza, sumamente agudo, y el mínimo de todas las semillas, cuya virtud y potestad

se enciende por las tribulaciones y presiones. Este grano, pues, después de que hubiere sido sembrado en el campo—esto es, donde aprehendido por el pueblo y entregado a la muerte, como en un campo, fue sepultado por una cierta siembra del cuerpo—crece más allá de la medida de todas las hortalizas, y excede toda la gloria de los profetas. Pues en vez de hortaliza, como para un enfermo, fue dada a Israel la predicación de los profetas. Pero ya de las ramas del árbol sacado del suelo a lo sublime, habitan las aves del cielo. A saber, entenderemos como ramas a los Apóstoles, tanto extendidos por la virtud de Cristo como ensombreciendo al mundo: hacia las cuales las gentes volarán con la esperanza de vida, y vejadas por el torbellino de las brisas—esto es, por el espíritu y soplo del diablo—descansarán como en las ramas del árbol.

5. Cristo en la ley, los profetas y los evangelios. Semejante es el reino de los cielos a la levadura, la cual tomada una mujer la escondió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo (Ibíd. 33). La levadura procede de la harina, la cual devuelve la virtud recibida al montón de su género. A esta se comparó el Señor, la cual tomada una mujer—a saber, la Sinagoga—la escondió por el juicio de la muerte, arguyendo que la ley y los profetas se disuelven por los evangelios. Mas esto, cubierto por tres medidas de harina—esto es, por la igualdad de la ley, de los profetas y de los evangelios—hace todas las cosas una: para que lo que la ley constituyó, los profetas anunciaron, eso mismo se cumpla por los progresos de los evangelios. Y

se hacen todas las cosas por el Espíritu de Dios de la misma virtud y sentido: y ninguna otra cosa se hallará disintiendo de otra, fermentada por medidas iguales.

6. No se refieren rectamente las cosas predichas a la unidad de la Trinidad o a la vocación de las tres naciones. Aunque recuerdo que muchos han pensado que las tres medidas de harina deben referirse al sacramento de la fe, esto es, a la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, pero también a la vocación de las tres naciones, de Sem, Cam y Jafet. Pero no sé si la razón permite opinar así: pues aunque la vocación de todas las gentes sea igual, sin embargo en estas Cristo no estuvo escondido, sino manifestado; y en tanta multitud de infieles no se fermentó el todo: mas en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, sin necesidad de fermento mezclado desde fuera en Cristo, todas las cosas son una sola.

7. El tesoro en el campo es Cristo en la carne. Otra vez es semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido, y lo demás (Mat. 13, 44). Por la similitud del tesoro en el campo, muestra las riquezas de nuestra esperanza puestas dentro de sí: porque Dios ha sido hallado en el hombre, por cuyo precio se han de vender todas las facultades del siglo, para que con el vestido, la comida y la bebida de los indigentes, comparemos las eternas riquezas del tesoro celestial. Pero debe observarse que el tesoro fue hallado y escondido; cuando ciertamente quien lo halló, hubiera podido llevárselo tanto en secreto como en el tiempo en que lo escondió, y llevandoselo hubiera carecido de la

necesidad de comprarlo. Pero como de la cosa, así también ha de explicarse la razón del dicho. Pues por eso se escondió el tesoro, porque también convenía comprar el campo. Pues el tesoro en el campo, como dijimos, se entiende Cristo en la carne, a quien haber hallado es gratuito. Pues la predicación de los Evangelios está en lo absoluto [a la vista], pero la potestad de usar y poseer este tesoro con el campo no puede ser sin precio; porque las riquezas celestiales no se poseen sino por el daño [pérdida] del siglo.

8. El negociante, que pasa de la ley al Evangelio. Y de la margarita hay par razón (Ibíd. 45). Pero este sermón es provechoso para el negociante que ya hace tiempo versa en la ley, el cual por largo y dilatado trabajo ha llegado a la ciencia de la margarita, y abandona aquellas cosas que había conseguido bajo el peso de la ley. Pues por mucho tiempo ha negociado, y halló alguna vez tal margarita cual deseaba: para la cual el precio de esta sola piedra deseada ha de compararse con la pérdida del resto de su trabajo.

9. La predicación como red. Otra vez es semejante el reino de los cielos a una red echada al mar, y lo demás (Ibíd. 47). Con mérito comparó su predicación a una red, la cual viniendo al siglo, congregó a los que habitan dentro del siglo sin daño del siglo, a modo de red, la cual penetrando el mar es de tal modo dirigida desde lo profundo, que evadiendo por todo el cuerpo de aquel elemento, extrae a los encerrados dentro de su ámbito, y nos educa desde el siglo hacia la luz del verdadero sol: mostrando en la elección de los

buenos, y en la abyección de los malos, el examen del futuro juicio.

Capítulo XIV. Sobre el escriba en el reino de los cielos, sobre los hermanos y hermanas del Señor, sobre la cabeza de Juan en un plato, sobre los cinco panes y los dos peces, donde camina sobre el mar, y levantó al sumergido Pedro.

1. ¿Habéis entendido todas estas cosas? Le dicen: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos, etc. (Mat. 13, 51 y 52). No habló a las turbas, sino a los discípulos; y a los que entienden las parábolas les rinde digno testimonio, comparándolos a sí mismo bajo el nombre del padre de familia, porque han conseguido la doctrina de cosas nuevas y viejas de su tesoro: y a quienes llama escribas por razón de la ciencia, porque entendieron aquellas cosas que él presentó como nuevas y viejas—esto es, en los Evangelios y en la ley—y de un mismo padre de familia, y de un solo tesoro ambas cosas.

2. Y aconteció que, cuando consumó Jesús estas parábolas, pasó de allí y vino a su patria, y lo demás (Ibíd. 53). Es deshonorado el Señor por los suyos. Aunque tanto la prudencia de enseñar como la virtud de obrar conmovía la admiración; sin embargo, la infidelidad de ellos no recibe la verdad del juicio. Pues no creen que Dios haga estas cosas en un hombre: antes bien, mencionan a su padre, madre y hermanos, y le provocan con un cierto oprobio del oficio paterno (Ibíd. 55). Pero claramente este era el hijo de un herrero, que vence al hierro con el fuego, que consume toda la virtud del siglo por el juicio, y forma la masa en

toda obra de utilidad humana: a saber, formando la materia informe de nuestros cuerpos en los diversos ministerios de los miembros, y para todas las obras de la vida eterna. En estas cosas, pues, se escandalizaban todos: y entre tantas y tan magníficas cosas que hacía, se conmovían por la contemplación de su cuerpo. A los cuales respondió el Señor que el profeta es deshonrado en su patria (Mat. 13, 57), porque en Judea habría de ser despreciado hasta la sentencia de la cruz. Y porque solo en los fieles está la virtud de Dios, por la incredulidad de ellos se abstuvo de todas las obras de la virtud divina.

3. En los Evangelios hay también un sentido interior. En aquel tiempo oyó Herodes el tetrarca la fama de Jesús, y dijo a sus siervos, y lo demás (Mat. 14, 1, 2). Frecuentemente hemos advertido que debe aplicarse toda diligencia a la lectura de los Evangelios: porque en estas cosas que se narran como gestas, se halla que subyace la razón de una inteligencia interior. Pues la narración de todas las obras tiene su propio orden: pero por los efectos de las gestas se preforma la especie de la causa subyacente, como se entiende en Herodes y Juan. Pues también Herodes era príncipe del pueblo, y había tomado por esposa a Herodías, mujer de su hermano Filipo, en su propio matrimonio por derecho de potestad. Y esta Herodías tenía una hija: la cual en el día del natalicio, agradando al bailar, recibió la potestad de cualquier premio que quisiera, por el juramento del que juraba: y la muchacha, amonestada por su madre, pidió que la cabeza de Juan, tenido por mucho tiempo en

la cárcel, le fuera traída en un plato. Y Herodes, aunque triste, rindió fe al juramento, y la muchacha exhibió el regalo a su madre: y sepultado él, sus discípulos pasaron al Señor (Ibíd. 6-11).

Y oídas estas cosas, el Señor se retiró en una barca a lugares desiertos, y se compadeció de la vejación de las turbas que le seguían, y los Apóstoles advierten que se las despida a las aldeas para comprar alimentos. Y el Señor responde que no tienen necesidad de volver allí, y manda que se les dé alimento. Y ellos alegan que solo tienen cinco panes y dos peces. Y mandó que se los ofrecieran, y que la turba se recostara sobre el heno extendido. Y bendijo lo ofrecido, y partió lo que se había de comer para la turba, y lo dio a los discípulos para que lo ofrecieran: y saciados todos, sobraron suplementos de doce cestos, cuando sin embargo, fuera del número de mujeres y niños, se completaron cinco mil varones (Ibíd. 13-21).

Y manda a los discípulos subir a la barca y precederle al otro lado del estrecho, y despedida la turba él mismo subió al monte a orar solo: y hecha la tarde estuvo solo: y la barca en medio del mar, con el viento contrario, era sacudida por las olas. Y en la cuarta vigilia vino el Señor caminando sobre el mar: y viéndole se turbaron, y creyendo que era el fantasma de una visión vana, clamaron por el miedo. A los cuales pronto habló el Señor, y mandó que estuvieran constantes. Y respondiendo Pedro de entre los muchos, pidió que viniera hacia el Señor sobre las aguas. El cual descendiendo de la barca y habiendo progresado un poco, al arreciar el viento comenzó tanto a

temer como a sumergirse. Al cual aprehendiendo el Señor, le reprendió por qué fuera de poca fe: e ingresado en la nave, revocó la tranquilidad al aquietarse el viento y el mar (Ibíd. 22-32).

Por tanto estas cosas, como hemos conmemorado, fueron gestas: pero a todas estas personas, efectos, causas, números, les es adyacente una medida, para que aquellas cosas que hicieron, fuera del oficio e instinto de hacer que cada uno tomó de su propia naturaleza, hicieran todas las cosas desde fuera como ejemplo: esto con mayor reverencia de opinar así, si una misma inteligencia siguiera la eficiencia de tan diversas causas. El sermón, por tanto, ha de referirse al origen de la proposición.

7. Juan es la ley. Herodes y su hermano son los judíos y las gentes. La esposa de las gentes es la infidelidad. La hija es la voluntad. Juan, como frecuentemente hemos advertido, presentó la forma de la ley: porque la ley predicó a Cristo, y Juan procedió de la ley, prenunciando a Cristo desde la ley. Pero Herodes es el príncipe del pueblo: y el príncipe del pueblo comprende el nombre y la causa de la totalidad que le está sujeta. Juan, por tanto, amonestaba a Herodes que no se uniera a la mujer de su hermano (Ibíd. 4). Pues hay y había dos pueblos, el de la circuncisión y el de las gentes. Pero la ley amonestaba a Israel que no se uniera a las obras y a la infidelidad de las gentes. Pues la infidelidad es la socia de las gentes, la cual les está anexa como por el vínculo del amor conyugal. Estos hermanos, por tanto, proceden del mismo progenitor del género humano. Por

esta verdad de la áspera amonestación, Juan era contenido en la cárcel como la ley. Pero en el día del natalicio—esto es, en los gozos de las cosas corporales—la hija de Herodías bailó (Ibíd. 6): pues la voluntad, como nacida de la infidelidad, era arrebatada por todos los gozos de Israel por todos los cursos de su incentivo. A la cual el pueblo se entregó como totalmente venal aun por juramento: pues bajo los pecados y las voluntades del siglo, los israelitas vendieron los dones de la vida eterna. Esta, por instinto de su madre—esto es, de la infidelidad—pidió que le fuera traída la cabeza de Juan—esto es, la gloria de la ley—(Ibíd. 8): porque la ley argüía al incestuoso Israel con la autoridad de los preceptos divinos.

8. La ley pereció por la infidelidad y la voluntad. Pero arriba se significó que Herodes quería matar a Juan, y que se demoraba por miedo al pueblo, porque era tenido como profeta (Mat. 14, 5). Pero ahora, pedida su muerte, cuando especialmente era retenido por la religión del juramento, ¿cómo es que se entristece (Ibíd. 9)? Es evidentemente contrario, que entonces lo quisiera y ahora no lo quiera: y la molestia presente no conviene con la voluntad anterior. Pero en lo anterior está el orden de la gesta, mas en esto se expone ahora la especie de la causa consiguiente. La voluntad nacida de la infidelidad ocupó la gloria de la ley. Pero el pueblo, consciente de aquel bien que había en la ley, consiente en las condiciones de la voluntad no sin algún dolor de su cierto peligro. Y sabe que no debió haber cedido tal gloria de los preceptos: pero coaccionado por

los pecados como por un juramento, y depravado y vencido por el miedo y el ejemplo de los príncipes adyacentes, obedece a los incentivos de la voluntad aun estando triste. Por tanto, entre los demás gozos del pueblo disoluto, en un plato es traída la cabeza de Juan (Ibíd. 11); a saber, por el daño de la ley se aumenta la voluntad de los cuerpos y el lujo secular: y así es llevada por la muchacha a la madre. Y de este modo el probroso Israel entregó la gloria de la ley tanto a la voluntad como a la infidelidad de su familia—a saber, de las gentes anteriormente. Acabados, pues, los tiempos de la ley, y sepultados con Juan, sus discípulos anuncian al Señor las cosas así gestadas, viniendo de la ley a los Evangelios (Ibíd. 12).

9. Fin de la ley, inicio de la Iglesia. Por tanto, terminado el Verbo de Dios la ley, subiendo a la barca se dirige a la Iglesia, y se retira al desierto (Ibíd. 13): dejada, por cierto, la conversación de Israel, para pasar a los pechos vacíos del conocimiento divino. La turba, oyendo esto, sigue a pie al Señor desde la ciudad al desierto: a saber, de la Sinagoga pasa a la Iglesia. A la cual, viéndola, tuvo compasión, y sana todo su lánguido estado y su enfermedad (Ibíd. 14): a saber, limpia las mentes y los cuerpos obsesionados por el letargo de la infidelidad para la inteligencia de la nueva predicación.

10. El alimento de la doctrina legal. Qué significan los cinco panes y los dos peces. Y cuando los discípulos advertían que se despidiera a las turbas a las aldeas próximas para comprar alimentos (Ibíd. 15); respondió: No tienen necesidad

de ir (Ibíd. 16): mostrando que aquellos a quienes sanaba no carecían del alimento de la doctrina legal, ni tenían necesidad de regresar a Judea y comprar alimento; y manda a los apóstoles que les dieran de comer. ¿Acaso ignoraba que no había lo que pudiera darse; y él, contemplando lo interno de las mentes humanas, no sabía la medida del alimento depositado ante los apóstoles? Pero debía explicarse toda la razón típica. Pues aún no se había concedido a los apóstoles perfeccionar y ministrar el pan celestial para el alimento de la vida eterna. La respuesta de ellos tiende al orden de la inteligencia espiritual. Pues respondieron que solo tenían cinco panes y dos peces (Ibíd. 17): porque aún estaban contenidos bajo los cinco panes—esto es, los cinco libros de la ley—y se alimentaban de los dos peces—esto es, de las predicaciones de los profetas y de Juan. Pues en las obras de la ley, la vida era como de pan: mas la predicación de Juan y de los profetas, en la virtud del agua, fomentaba la esperanza de la vida humana. Estas cosas, por tanto, primero, porque aún estaban en ellas, las ofrecieron los apóstoles: mas de estas se muestra que ha procedido la predicación de los Evangelios, y deducida de estos orígenes crece hacia una mayor abundancia de su virtud.

11. Cristo convertido en alimento. Por qué se dan los panes a los apóstoles (v. 20). Por qué cinco mil se sacian de allí: por qué se reservan doce cestos. Tomados, pues, los panes y los peces, el Señor miró al cielo, bendijo y partió, dando gracias al Padre porque después de los tiempos de la ley y

de los profetas él se convertía en alimento evangélico. Después de esto se manda al pueblo recostarse sobre el heno; no ya yaciendo en la tierra, sino sostenido por la ley: y como por el heno de la tierra, cada uno es colocado sobre los frutos de su obra. Se dan también los panes a los apóstoles, porque por ellos se habían de entregar los dones de la gracia divina. Luego el pueblo es alimentado y colmado con los cinco panes y los dos peces: y los fragmentos de pan y de peces, saciados los que estaban recostados, abundaron hasta la plenitud de doce cestos; a saber, por la palabra de Dios que viene de la doctrina de la ley y de los profetas, la multitud es saciada: y reservada para el pueblo de las gentes del ministerio del alimento eterno, en la plenitud de los doce apóstoles, la copia de la virtud divina sobreabunda. Mas se halla el mismo número de los que comían, que habría de ser el de los que creerían. Pues como se contiene en el libro de los Hechos [Praxeos], de la infinidad del pueblo de Israel, creyeron cinco mil varones (Hech. 4, 4). Pues la admiración de las cosas se extiende hasta la medida de la causa subyacente. Y los panes partidos con los peces, saciado el pueblo, se acumulan en adelante en tanto aumento, cuanto era destinado el número tanto del pueblo creyente como de los apóstoles que habían de ser colmados por la gracia celestial: para que tanto la medida obedeciera al número, como el número a la medida; concluida la razón dentro de sus fines, se contuviera por el mismo moderamiento de la virtud divina para la condición del efecto consiguiente.

12. Por qué Cristo miró al cielo. El autor del mundo se hace conocer por este hecho. Mas la obra del hecho vence a la inteligencia humana: y aunque frecuentemente hay ciertas cosas que, concebidas por el sentido, el sermón no las explica; sin embargo, en estas la misma sutileza del sentido se agrava, y se estupefacta ante la contemplación de la cosa por la dificultad de un negocio tan invisible. Pues tomados los cinco panes, el Señor miró al cielo, confesando él mismo el honor de aquel de quien era: no porque fuera necesario contemplar al Padre con ojos carnales; sino para que los que estaban presentes entendieran de quién había recibido el efecto de tan gran virtud. Da luego los panes a los discípulos. No se multiplican los cinco en más, sino que a los fragmentos suceden fragmentos, y engañan siempre a los que parten por el rompimiento previo. Crece luego la materia: no sé si en el lugar de las mesas, o en las manos de los que toman, o en la boca de los que comen. No te maravilles de que fluyan las fuentes, de que haya uvas en las vides, y de que de las uvas se difunda el vino, y de que todas las riquezas del mundo fluyan por un cierto transcurso anual e incansable: pues tanto progreso de panes muestra al autor de este universo, por quien por tal incremento se añadía medida a la materia tratada. Se actúa en una obra visible una construcción invisible: y el Señor de los arcanos celestiales obra el arcano del negocio presente. Mas la virtud del que obra supera toda naturaleza, y la razón de la virtud sobrepasa la inteligencia del hecho, y solo queda la admira-

ción de la potestad. Sigue también el orden de las causas y de las obras.

13. Para los restos de Israel habrá salud. Después de esto mandó a los discípulos subir a la barca, hasta que él mismo despidiera a las turbas: y despedida la turba subió al monte a orar, y hecha la tarde estaba solo (Mat. 14, 22 y 23). La razón de estas cosas ha de distinguirse por los tiempos. Que por la tarde esté solo muestra su soledad en el tiempo de la pasión, habiéndose deslizado los demás por la trepidación. Mas que mande a los discípulos subir a la barca e ir al otro lado del estrecho, mientras él mismo despide a las turbas, y despedidas las turbas sube al monte, manda que ellos estén dentro de la Iglesia, y sean llevados por el estrecho—esto es, por el siglo—hasta aquel tiempo en que regresando en el advenimiento de la claridad, él mismo rinda la salud a todo el pueblo que quedare de Israel, y perdone sus pecados: y despedido, o más bien admitido en el reino celestial, dando gracias a Dios padre, consista en su gloria y majestad.

14. Las cuatro vigiliass de Dios sobre la Iglesia. El terror del Anticristo. Mas entre estas cosas los discípulos son demorados por el viento y el mar, y son sacudidos por todos los movimientos del siglo, siendo contrario el espíritu inmundo (Ibíd. 24). Mas en la cuarta vigilia vino el Señor: pues en la cuarta [vigilia] regresará entonces a la Iglesia vagabunda y naufragante. Pues en la cuarta vigilia de la noche, se halla el mismo número de su solicitud (Ibíd. 25). Pues la primera vigilia fue de la ley, la segunda de los profetas, la tercera

del advenimiento corporal, mas la cuarta en el regreso de la claridad. Pero la hallará cansada, y rodeada por el espíritu del anticristo y por los movimientos de todo el siglo. Pues vendrá a los que están máximamente ansiosos y vejados. Y porque por la costumbre del anticristo estarán solícitos ante toda novedad de tentaciones; incluso ante el advenimiento del Señor se espantarán, temiendo falsas imágenes de las cosas, y ficciones que se deslizan ante los ojos. Pero el buen Señor pronto hablará, y alejará el miedo, y dirá: Yo soy (Ibíd. 27), alejando el miedo del naufragio inminente por la fe de su advenimiento.

15. El fervor de Pedro, su caída, su penitencia. Mas que de entre el número de todos los que estaban en la barca, solo Pedro se atreva a responder, y pida que se le mande venir sobre las aguas hacia el Señor (Ibíd. 28); designa el afecto de su voluntad en el tiempo de la pasión, entonces cuando viniendo atrás solo, e inherente a las huellas del Señor, despreciados los movimientos del siglo como los del mar, fue acompañado por una par virtud para despreciar la muerte: mas su timidez muestra la enfermedad de la futura tentación. Pues aunque se había atrevido a caminar, sin embargo se sumergía (Ibíd. 30): pues por la imbecilidad de la carne y el miedo a la muerte, fue coaccionado incluso hasta la necesidad de negar. Pero clama, y pide la salud al Señor. Ese clamor es el gemido de su penitencia. Pues no habiendo padecido aún el Señor, regresó a la confesión, y tuvo el perdón de haber negado a tiempo; habiendo de padecer Cristo después por la redención de todos.

16. Por qué no fue librado de la trepidación. Cristo es la redención de todos. Mas que el Señor no le concediera a él, que trepidaba, la virtud de llegar a sí, sino que extendiera la mano y le sostuviera una vez aprehendido; esta es la razón. No era ciertamente Pedro indigno del acceso de su Señor, pues incluso intentó acceder, pero también se guardó en él un orden típico. Pues pisando el Señor los movimientos y tempestades del siglo, nadie podía ser partícipe de la pasión; pues él solo, habiendo de padecer por todos, disolvía los pecados de todos: ni admite socio aquello que se presta a la totalidad por uno solo. Así, siendo él mismo la redención de todos, Pedro debía ser redimido antes, reservado entonces para la fe de esa redención como mártir de Cristo.

17. Pedro antecedió a los demás en la fe. Y esto ha de considerarse en Pedro, que antecedió a los demás en la fe: pues ignorándolo los demás, él respondió primero: Tú eres el Hijo de Dios vivo (Mat. 16, 16). Él primero detestó la pasión, mientras la juzga como un mal (Ibíd. 22). Él primero prometió que tanto moriría como que no negaría (Mat. 26, 33). Él primero prohibió que se le lavaran los pies (Jn. 13, 8). También sacó la espada contra aquellos que aprehendían al Señor (Jn. 18, 10).

Mas por su ascenso a la nave, estando el viento y el mar calmados: después del regreso de su claridad, se indica la eterna paz y tranquilidad de la Iglesia. Y porque entonces vendrá manifiesto, con mérito hablaron todos admirados: Verdaderamente es el Hijo de Dios (Mat. 14, 33). Pues la

confesión de todos será entonces tanto absoluta como pública, de que el Hijo de Dios, ya no en la humildad corpórea, sino en la gloria celestial, ha rendido la paz a la Iglesia.

19. De Cristo procede la virtud de los apóstoles. Cuando hubieron atravesado el mar, vinieron a la tierra de Genesaret: y cuando le conocieron los varones de aquel lugar, le adoraban (Ibíd. 34 y 35). Muchas y medianas cosas incidieron, que nos han demorado, después de la congregación y saciedad de los cinco mil varones, en el estudio de rendir la razón: mas el sentido hasta este lugar es el mismo. Pues acabados los tiempos de la ley, y colocados cinco mil varones de Israel dentro de la Iglesia, ya el pueblo de los que creen (israelitas) sale al encuentro: ya él mismo salvo de la ley por la fe, trayendo al Señor a los restantes de los suyos enfermos y lánguidos, deseaban tocar las orlas de sus vestiduras, habiendo de ser sanados por la fe. Pero como de toda la vestidura las orlas, así de nuestro Señor Jesucristo salió la virtud del Espíritu Santo: la cual dada a los apóstoles, saliendo ellos también como de un mismo cuerpo, suministra la salud a estos que desean tocar.

CAPÍTULO XV.

Sobre el lavado de las manos, y que no las cosas que entran en la boca, sino aquellas que salen de la boca contaminan, sobre la hija de la mujer cananea, sobre los siete panes y los pocos peces.

1. Entonces se acercaron a él escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo, etc. (Mat. 15, 1). La razón

tanto de lo dicho como de lo gestado en lo consiguiente es absoluta: pues a estas cosas que habían sido propuestas, él mismo respondió, diciendo que toda plantación que no sea del Padre ha de ser erradicada (Ibíd. 13), esto es, que ha de ser arrancada la tradición de los hombres, por cuyo favor transgredieron los preceptos de la ley: y que por eso son ellos guías ciegos, que prometen el camino de la vida eterna que no ven, y que la caída en el hoyo es común para los mismos ciegos y para los guías de los ciegos.

2. (al. CANON XV) Y saliendo de allí Jesús, se retiró a las partes de Tiro y de Sidón. Y he aquí, una mujer cananea, saliendo de aquellos confines, clamó, y lo demás (Ibíd. 21 y 22). Diversos géneros de curaciones comprenden diversos efectos de las causas: pero la cosa y el sermón toman su orden de lo anterior. Pues arguye la infidelidad de los fariseos, tanto por el oprobio de los guías ciegos como por las supersticiones de las tradiciones humanas. Y después de esto viene a las regiones de Tiro y de Sidón, y una cananea, saliendo de aquellos confines, clama y ora, y confiesa al Señor como hijo de David, y pide auxilio para su hija. El Señor calla, los discípulos ruegan por ella: a los cuales responde que él ha sido enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero ella, adorando, pide ser ayudada: a la cual dice el Señor que es ilícito ofrecer el pan de los hijos a los perros. Y ella a su vez responde que los cachorrillos suelen alimentarse de las migajas que caen de la mesa de los señores. Después de lo cual el Señor alaba la fe de ella, y en aquel mismo

tiempo le fue devuelta la salud a la muchacha (Ibíd. 23-28).

3. La cananea como figura de los prosélitos. Quiénes son los cananeos. Para que, por tanto, aquellas cosas que fueron gestadas sigan a aquella razón que es interior; qué sea la persona de la cananea ha de contemplarse por las mismas virtudes de las palabras. Es fe cierta que hubo, e incluso hay, junto a Israel un pueblo de prosélitos: el cual (a saber, el pueblo de los prosélitos) de las gentes pasó a las obras de la ley, y saliendo de la región de su vida anterior, era contenido como por la casa de una ley extranjera y dominante. Mas los cananeos fueron los que habitaban las tierras en las que ahora está Judea: quienes, o consumidos por la guerra, o dispersos en lugares vecinos, o sujetos a la servidumbre por la condición de los vencidos, llevan de un lado a otro solo el nombre sin una sede paterna. Este pueblo, por tanto, mezclado con los judíos, procede de las gentes. Y porque no es ambiguo que en aquella turba que creyó hubo alguna parte de prosélitos, con mérito esta cananea, que presenta la forma de los prosélitos, se considerará que salió de sus confines—a saber, pasando de las gentes al nombre de otro pueblo—: la cual ora por su hija, a saber, por el pueblo de las gentes. Y porque conoció al Señor por la ley, le llama hijo de David. Pues en la ley se contiene la vara de la raíz de Jesé (Is. 11, 1), y el hijo de David como rey del reino eterno y celestial (Jer. 23, 5).

4. La hija de la cananea lleva el tipo de la Iglesia. Las primicias de la fe proceden de Israel. Ella

ciertamente ya no necesita curación, pues confiesa a Cristo tanto como Señor como hijo de David: pero pide auxilio para su hija—a saber, para el pueblo de las gentes—ocupada por el dominio de los espíritus inmundos. El Señor calla, reservando por la paciencia del silencio el privilegio de la salud para Israel. Y los discípulos, compadecidos, unen sus ruegos: pero él, que contenía el arcano de la voluntad paterna, respondió que había sido enviado a las ovejas perdidas de Israel: para que quedara absolutamente claro que la hija de la cananea contenía el tipo de la Iglesia; pues ella pedía lo que a otros se les difería, no porque no hubiera de impartirse la salud también a las gentes: sino que el Señor a los suyos y a lo suyo había venido, esperando por tanto las primicias de la fe de aquellos de quienes había nacido, habiendo de ser salvados los demás después por la predicación de los Apóstoles. Y por eso dijo: No es lícito tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros (Ibíd. 26). El honor deferido a Israel colma la envidia [*invidiam*] del afecto de Dios hacia él: según el cual el pueblo de las gentes recibió el nombre de perros. Pero la cananea, ya ella misma salva por la fe, y cierta del misterio interior, respondió que los cachorrillos se alimentan de las migajas que hubieren caído de la mesa, mitigado ya el oprobio de los perros bajo el halago de un nombre diminutivo.

5. Luego en adelante las gentes son llamadas a la fe. Y para que entendiéramos que el silencio del Señor procedía de la razón del tiempo, no de una dificultad de la voluntad, añadió: Oh mujer, gran-

de es tu fe (Ibíd. 28): (suplir, para que) a saber, ella ya cierta de su propia salud, incluso confíe en la congregación de las gentes: en cuyo tiempo los que así crean, pronto como la muchacha, serán librados de todo dominio de los espíritus inmundos. Y continuamente sigue la fe del hecho. Pues después de prefigurado en la hija de la cananea el pueblo de las gentes, continuamente en el monte los obsesionados por vario género de enfermedades son ofrecidos al Señor por las turbas (Ibíd. 29 y 30), esto es, por los creyentes los infieles y enfermos son instruidos para que adoren y se postren: y a los cuales se les devuelve la salud, y se reforman todos los ministerios de la mente y del cuerpo para sentir, contemplar, alabar y acompañar a Dios.

4. El Hijo es a la vez eterno y Dios nacido. --- “Vino Jesús a las partes de Cesarea de Filipo, e interrogaba a sus discípulos,” y lo demás (Ibíd. 13). En el progreso del discurso y de la obra, ofrece a los discípulos de modo más absoluto el conocimiento de sí mismo (esto es, de su persona), y establece una cierta forma y razón para entenderle. Y esta es la fe verdadera e inviolable: que del Dios de la eternidad (a quien por el hecho de que siempre fue Padre, siempre le corresponde tanto el derecho como el nombre de Padre; no sea que si no siempre fuera Padre, no siempre fuera Hijo) procedió Dios Hijo, al cual corresponde la eternidad por la eternidad del progenitor. Y el nacer fue voluntad de aquel (cf. Libro III sobre la Trinidad, n. 4), en cuya virtud y potestad estaba el que naciera. Es, pues, el Hijo de Dios, Dios de Dios, uno

en ambos: pues recibió la theotes [theotetam], que los latinos llaman deidad [deitatem], de su progenitor eterno, de quien procedió al nacer. Y recibió esto que era: y nació el Verbo que siempre estuvo en el Padre. Y así el Hijo es a la vez eterno y nacido: porque no nació en él otra cosa que lo que es eterno.

5. Es Hijo de Dios e hijo del hombre. ---Por tanto, es una confesión perfecta que él haya asumido un cuerpo y se haya hecho hombre: porque así como la eternidad de nuestra naturaleza recibió un cuerpo, así debe reconocerse que la naturaleza de nuestro cuerpo puede asumir la virtud de la eternidad. Por tanto, porque el sumo bien está en esa fe, requiere de los discípulos quién decían los hombres que era él: y añadió, “el hijo del hombre”. Pues debe mantenerse esta razón de la confesión: que así como recordamos al Hijo de Dios, así también al hijo del hombre: porque lo uno sin lo otro nada de esperanza otorga para la salud.

6. Confesión de Pedro según el beneplácito de Cristo. ---Expuestas, pues, las que eran diversas opiniones de los hombres sobre él, pregunta qué sentían ellos mismos sobre él. Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo” (Ibíd. 17). Pero Pedro había sopesado la condición de la proposición. Pues el Señor había dicho: “¿Quién dicen los hombres que soy yo, el hijo del hombre?”. Y ciertamente la contemplación del cuerpo presentaba al hijo del hombre: pero al añadir, “quién dicen que soy yo”, significó que, además de aquello que en sí se veía, debía sentir-

se otra cosa; pues era el hijo del hombre. ¿Qué juicio de opinión, pues, deseaba de sí mismo? No pensamos que fuera aquel que él mismo había confesado de sí: sino que era oculto aquello por lo que se preguntaba, a lo cual debía extenderse la fe de los creyentes.

7. El premio de la confesión. ---Y el premio digno ciertamente consiguió la confesión de Pedro, porque había visto al Hijo de Dios en el hombre. Bienaventurado es este, que fue alabado por haber tanto intentado como visto más allá de los ojos humanos: no contemplando lo que era de carne y sangre, sino viendo al Hijo de Dios por la revelación del Padre celestial; y juzgado digno de ser el primero en reconocer lo que en Cristo era de Dios. ¡Oh feliz fundamento de la Iglesia en la denominación de un nuevo nombre, y piedra digna de la edificación de aquella, que disolviera las leyes infernales, y las puertas del Tártaro, y todos los claustros de la muerte! ¡Oh bienaventurado portero del cielo, a cuyo arbitrio se entregan las llaves del eterno acceso, cuyo juicio terrenal sea autoridad prejuzgada en el cielo: para que las cosas que en la tierra fueren o atadas o desatadas, obtengan la condición del mismo decreto también en el cielo!

8. La Ley y los Profetas son testigos de la divinidad de Cristo; los Apóstoles de la resurrección. ---Manda también a los discípulos que a nadie digan que él es el Cristo (Ibíd. 20): pues convenía que otros fueran testigos de su Espíritu, a saber, la Ley y los Profetas. Por lo demás, el testimonio de la resurrección es propio de los apóstoles. Y

porque se ha mostrado la bienaventuranza de los que conocen a Cristo en el Espíritu, se declara de nuevo el peligro de negar su humildad y su pasión.

9. Cristo debe ser confesado como Dios y hombre. ---Pues habiendo comenzado a predicar que le convenía ir a Jerusalén, padecer luego muchas cosas de los ancianos del pueblo, y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes, ser también muerto, y después del tercer día resucitar (Ibíd. 21), Pedro, tomándole, dijo: “Lejos esté de ti, Señor, no será esto”. Pero él, vuelto, dijo a Pedro: “Vete atrás de mí, satanás, escándalo me eres” (Ibíd. 22, 23). Así como es don de Dios conocer a Cristo Dios en el Espíritu; así es obra del diablo no conocer a Cristo en el hombre. Y es cosa del mismo peligro, o negar el cuerpo sin Dios, o negar a Dios sin el cuerpo. Por lo demás, el cuerpo de esta carne en la eternidad del Espíritu para Dios no es nada: pero por causa de la salud humana Cristo está en el cuerpo, que asumió del hombre.

10. El diablo es el autor de la infidelidad de Pedro. Es refutado por Cristo con oprobio. ---Así pues, tras la predicación de la pasión, recibiendo el diablo facultad (pues hasta un tiempo se había apartado de él), porque a los apóstoles les parecía bastante increíble que aquel en quien estaba Dios fuera pasible, tomando esta ocasión de la infidelidad humana, insinuó a Pedro el afecto de esa opinión. Finalmente, de tal modo detestó la pasión que dijo: “Lejos esté”: con cuya palabra se contiene la execración de las cosas detestables. Pero sabiendo el Señor el instinto del arte diabó-

lico, dijo a Pedro: “Vete atrás de mí”: esto es, para que siga con el ejemplo de la pasión. Pero vuelto hacia aquel por quien se sugería esta opinión, añadió: “Satanás, escándalo me eres”. Pues no conviene estimar que a Pedro se le impute el nombre de satanás y la ofensa del escándalo tras aquellos tan grandes elogios de la bienaventuranza y de la potestad concedidas. Pero porque toda infidelidad es obra del diablo; el Señor, ofendido por la respuesta de Pedro, detestó con el oprobio del nombre al autor de esa infidelidad.

11. Feliz daño de sí mismo. La cruz debe tomarse al menos con la voluntad. ---Entonces Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese a sí mismo”, y lo demás (Ibíd. 24). ¡Oh bienaventurado daño, y pérdida feliz! El Señor quiso que nos enriqueciéramos con el detrimento del alma y del cuerpo, y nos exhorta a ser semejantes a él: porque él mismo, constituido en figura de Dios, hecho humilde y obediente hasta la muerte, recibió el principado de toda la potestad que hay en Dios. Debe, pues, ser seguido tomada la cruz: y si no por acaso, al menos con la voluntad debe ser acompañado en su pasión. ¿Pues qué aprovecha haber ocupado el mundo, e incubar con todo el dominio de la potestad terrenal las riquezas del siglo, si se ha de perder el alma, y ha de recibirse el detrimento de la vida (Ibíd. 26)? ¿Qué conmutación, pues, se buscará por el alma, cuando haya sido perdida? Pues con los ángeles estará Cristo, devolviendo a cada uno según merecieren. ¿Qué aportaremos a la vida? ¿Los tesoros preparados, creo, para futuros

comercios de riquezas terrenales, los ambiciosos títulos de dignidades y de fama, o las viejas imágenes de delicada nobleza? Deben negarse todas estas cosas, para que abundemos en las mejores: y por el desprecio de todas Cristo debe ser seguido, y la eternidad de las cosas espirituales debe comprarse con el daño de las terrenales.

CAPÍTULO XVII.

Donde es visto en el monte con Moisés y Elías, y se oye una voz del cielo, donde suelta al niño lunático, sobre la fe de los creyentes, sobre la didracma pedida, y el estatero en la boca del pez.

1. Los preceptos superiores debían ser confirmados por no poca autoridad; son suavizados por la prenda de gloria concedida. --- “Amén, amén os digo, que hay algunos de estos que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al hijo del hombre viniendo en su reino” (Mat. XVI, 28). El Señor enseña tanto con hechos como con palabras: y el discurso y la obra instruyen por igual la fe de nuestra esperanza. Pues había impuesto un grave peso a la enfermedad humana, para que cuando los hombres hubieran comenzado a tener sentido de la vida por el afecto de vivir, perdieran el fruto de aquello que presente halagaba a los cuerpos y se negaran a sí mismos, esto es, que no quisieran ser lo que habían comenzado a ser; habiendo tenido el inicio de este sentido por el afecto de la voluntad: luego siguieran la opinión de una esperanza ambigua e incierta; cuando en aquellas cosas que se tenían por presentes exis-

tieran los halagos de un gozo lisonjero. Era necesario, pues, la autoridad de un ejemplo verdadero y manifiesto, para que contra la fuerza y el sentido del juicio se hiciera deseable el daño de las cosas presentes, con el lucro en adelante no ambiguo de las futuras. Así pues, después de que hubo advertido tanto de que debía tomarse la cruz, como de que debía perderse el alma, y de que la eternidad de la vida debía cambiarse por el daño del mundo, vuelto a los discípulos, dijo que habría algunos de estos que no habían de gustar la muerte hasta que contemplaran al hijo del hombre en la gloria de su reino. Por la condición de “gustar”, mostró una cierta tenue libación de la muerte para los fieles. Y así los hechos siguen a las palabras.

2. Transfiguración. Por qué fueron tomados tres apóstoles. Por qué de entre los santos solo Moisés y Elías asisten. ---Pues después de seis días, Pedro, Santiago y Juan son tomados aparte, y consisten en un monte excelso (Mat. XVII, 1): y viéndolo ellos mismos el Señor es transfigurado, y resplandece en todo el hábito de su claridad. Y en este género de hecho se guarda tanto la razón como el número y el ejemplo. Pues después de seis días se muestra el hábito de la gloria dominica: a saber, transcurridos los tiempos de seis mil años, se prefigura el honor del reino celestial. Y habiendo sido tomados tres, del origen de los tres, Sem, Cam y Jafet, se muestra la futura elección del pueblo. El que Moisés y Elías asistan de entre todo el número de los santos; Cristo está en el reino en medio de la ley y los profetas; pues con estos como testigos, por quienes fue predicado,

juzgará a Israel: y a la vez para que se enseñara que a los cuerpos humanos se les ha decretado la gloria de la resurrección, cuando Moisés había asistido visiblemente. El mismo Señor se hace más blanco que la nieve y el sol (Ibíd. 2), a saber, conspicuo más allá de nuestra opinión con el esplendor de la luz celestial. A Pedro, que ofrecía que se hicieran allí tres tabernáculos, nada se le responde (Ibíd. 4): pues aún no era tiempo de que se consistiera en esta gloria.

3. Los preceptos de Cristo deben ser oídos. Por qué se impone silencio a los apóstoles. ---Pero hablando él todavía, una nube blanca los cubrió, y son rodeados por el espíritu de la virtud divina (Ibíd. 5). Que este es el hijo, este el amado, este el complaciente, este el que debe ser oído, lo significa la voz de la nube: para que él mismo fuera autor idóneo de tales preceptos, el cual tras el daño del siglo, tras la voluntad de la cruz, tras el óbito de los cuerpos, hubiera confirmado la gloria del reino celestial por el ejemplo del hecho de la resurrección de los muertos. Luego elevó a los aterrados y consternados: y contemplan solo a aquel que habían visto consistir en medio de Moisés y Elías. Pues para la forma de lo futuro, y para la fe del hecho, Moisés y Elías habían consistido en el monte. Impone silencio de las cosas gestadas que habían visto, hasta que resucitara de entre los muertos (Ibíd. 9); (pues este premio de la fe se reservaba, para que se rindiera honor a aquellos en quienes se hallara no ligera la sola autoridad de los preceptos); pues los había sentido enfermos al oír la voz: para que cuando

estuvieran llenos del Espíritu Santo, entonces fueran testigos de los hechos espirituales.

4. Solícitos también preguntan sobre los tiempos de Elías (Ibíd. 10). A los cuales responde que Elías ha de venir, y restaurar todas las cosas (Ibíd. 11), esto es, que lo restante de Israel que encontrare ha de ser revocado al conocimiento de Dios. Pero significa que Juan vino en la virtud y el espíritu de Elías, en quien habían ejercido todas las cosas graves y ásperas: para que preanunciando el advenimiento del Señor, precediera también a su pasión con el ejemplo tanto de la injuria como de la vejación.

5. “Y cuando hubo llegado a la turba, se acercó a él un hombre postrado de rodillas, diciendo: Señor, ten misericordia de mi hijo” (Ibíd. 14). Vuelto el Señor a las turbas, por el padre puesto de rodillas le es ofrecido un niño endemoniado, que frecuentemente caía tanto en el agua como en el fuego, al cual los discípulos no pudieron traer curación. Reprendidos estos, e increpado el demonio, el niño quedó sano.

6. La fe de los apóstoles primero imperfecta. ---Ciertamente habían creído los apóstoles: sin embargo, aún no eran de fe perfecta. Pues demostrándose el Señor en el monte, y residiendo ellos mismos con la turba, una cierta tibieza había relajado su fe; y por eso dice: “Generación increíble y perversa (Ibíd. 16), ¿hasta cuándo estaré con vosotros?”, porque, ausente él, se había introducido la costumbre de la antigua infidelidad. Enseña, pues, que nada de salud pueden aportar aquellos que, en el tiempo medio de los Evangelios y de su

reiterado advenimiento, se aparten de la fe como de un Señor ausente.

7. El diablo hacia lo profundo del infierno por quiénes ha de ser echado. ---Finalmente, a los que le preguntaban por qué no habían podido echar al demonio, respondió que por la penuria de la fe se había efectuado que no pudieran (Ibíd. 18 y 19): la cual si estuviera en ellos como un grano de mostaza, mandarían a este monte que pasara de un lugar a otro, con la potestad de efectuarlo. Pero ya había bajado del monte, y hablaba estas cosas entre las turbas. Y así a sí mismo se llamó grano de mostaza, el mínimo de todos, y al diablo lo sobrenombró monte: porque en él están las malicias espirituales y las virtudes celestiales que han de ser echadas por medio de aquellos, y han de ser arrojadas a la altura del mar como a lo profundo del infierno, a quienes el ayuno y la oración sigan en esta eficacia.

8. Bajo el nombre de los apóstoles se trata a los fariseos y escribas. ---Mantendremos también incluso con el orden, que bajo el nombre de los discípulos se trate la persona de los fariseos y escribas. A los cuales la ley ofreció el pueblo como discípulos para ser cuidados, como un padre a un hijo, cuando el Señor estaba ausente. El cual, dominando los pecados, ahora caía en el fuego del juicio, ahora se sumergía en el agua de sus diarias suciedades por costumbre. Estos, pues, nada de auxilio aportaron: porque demorándose Moisés con el Señor en el monte, se habían vuelto infieles. Y para que se cumpliera la razón típica, los discípulos se maravillan de no haber

podido echar al demonio: cuando toda potestad no solo de ahuyentar demonios, sino incluso de excitar a los muertos, les había sido concedida. Pero porque en adelante la ley no habría de estar con estos, dice: “generación increíble y perversa” (no ciertamente a aquellos que había santificado parece hablar estas cosas), “¿hasta cuándo”, dice, “estaré con vosotros?”. Porque no teniendo fe, aquella misma que tenían, la ley, la habían de perder. Cuanta fe si hubieran tenido en sí, porque él mismo es el grano de mostaza, por la virtud de la palabra este peso de los pecados, y la grave mole de la infidelidad, echándola del pueblo que era ofrecido, como un monte al mar, así lo habrían transferido a la conversación de las gentes y del siglo.

9. “Y conversando ellos en Galilea, dijo Jesús: Futuro es que el hijo del hombre sea entregado en manos de hombres” (Ibíd. 21). Sigue la tristeza al conocimiento de la pasión: pues aún el sacramento de la cruz que debía iniciarse no había sido revelado por la virtud de la resurrección.

10. Qué significa la solución de la didracma sancionada por la ley. --- “Y habiendo llegado Jesús a Cafarnaún, se acercaron a Pedro los que exigían la didracma” (Ibíd. 23). Al Señor se le pide que pague la didracma: pues esto para todo Israel la ley lo había constituido para redención del alma y del cuerpo en el ministerio de los que servían al templo (Éxod. XXX, 12). Pero la ley, como sabemos, es sombra de las cosas futuras. Pues Dios no deseaba el precio del bronce: para que por tan pequeña expensa se concediera una

cierta redención por los crímenes del cuerpo y del alma. Para que, pues, nos ofreciéramos inscritos y profesos y consignados con el nombre de Cristo en Cristo, que es el verdadero templo de Dios, la oblación de esta didracma fue constituida para testimonio de este hijo de Dios.

11. Cristo redentor no necesita el precio de la redención. ---Así pues, se anticipa a Pedro, que callaba tras la convención, con tal discurso: “¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes reciben los reyes de la tierra el tributo o el censo?”, etc. (Ibíd. 34). ¿Acaso es ambiguo que los hijos de los reyes no están sujetos a los tributos; y que aquellos a quienes pertenece la herencia del reino son libres de la servidumbre? Pero el discurso pretende algo más interior. Se pedía la didracma al pueblo. Pues la ley se concluye en aquella fe que habría de ser revelada por Cristo. Ergo esta misma didracma, por costumbre de la ley, se pedía a Cristo como a un hombre. Pero para mostrar que él no estaba sujeto a la ley, y para atestiguar en sí la gloria de la dignidad paterna, puso el ejemplo del privilegio terrenal: que los hijos de los reyes no están obligados por el censo o los tributos, y más bien que él es el redentor de nuestra alma y de nuestro cuerpo que el que se deba pedir algo para la redención de sí mismo; porque conviene que el hijo del rey esté fuera de la comunión de los demás: presta pues el escándalo para que pague, pero por lo demás es libre de la deuda de la ley (Ibíd. 26).

12. Luego bajo el efecto de las cosas presentes expuso tanto la significación de la ley como la constancia de la libertad evangélica: para que

fuera pronto de conocer qué prefiguraba la didracma en la ley. Se manda a Pedro ir al mar, y lanzar el anzuelo, y buscar la boca del primer pez que subiere, y ofrecer el estatero hallado en él por sí y por el Señor. Al Señor se le pide la didracma, esto es, dos denarios; ¿por qué Pedro ofrece un estatero (que comprende cuatro denarios)? Luego cuando se le advierte que inquiera por el primer pez, se muestran también varios que han de subir. ¿Acaso incluso la naturaleza de los peces llevaría el que en su boca contuviera un estatero hallado fortuitamente en la playa, y no lo escondiera dentro de las vísceras? Subyace, pues, una razón interior a las cosas presentes que se han de efectuar.

13. Pues Pedro, destinado a la predicación y hecho pescador de hombres, lanzó el anzuelo de la doctrina al mundo, con el cual, por la dulzura aplicada a sí, extrajera de él a los vagos y fluctuantes. A este anzuelo se adhirió aquel bienaventurado primer mártir, que en su boca contenía el denario cuádruple: esto es, por la unidad del número evangélico, contemplando en su pasión la gloria de Dios y al Señor Cristo, predicaba. Esteban, pues, subió primero, Esteban contuvo el estatero en su boca: en el cual incluso la didracma de la nueva predicación se tenía como dos denarios. Esto prefiguraba la ley, la sombra de esta verdad como una imagen del cuerpo circundaba, esta redención de alma y cuerpo se designaba: y por eso dijo: “Da por mí y por ti”: porque ya tal no era didracma, sino estatero, lo que debía

pagarse tanto por Cristo como por la predicación de Cristo.

CAPÍTULO XVIII. Sobre los niños prohibidos, y sobre la humildad de ellos que debe ser asumida; sobre el arrancar la mano, el pie y el ojo; sobre la oveja perdida; sobre la corrección de los hermanos primero en secreto, luego ante dos testigos, finalmente ante la Iglesia presente. Siempre se debe perdonar. El que estrangula a su conservo, habiéndosele perdonado la deuda por el señor.

1. Niños creyentes. La índole de los niños. “En aquel día se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos?” y lo demás (Mat. XVIII, 1). El Señor enseña que no entran en el reino de los cielos sino los vueltos a la naturaleza de los niños, esto es, que los vicios de nuestros cuerpos y de nuestra alma deben ser revocados a la sencillez infantil. Pues llamó “niños” a todos los creyentes por la fe del oído. Pues estos siguen al padre, aman a la madre, no saben desear el mal al prójimo, descuidan el cuidado de las riquezas: no se insolentan, no odian, no mienten, creen a lo dicho, y lo que oyen lo tienen por verdadero. Y esta costumbre y voluntad de todos los afectos asumida en nosotros, proporciona un camino transitable hacia los cielos. Se debe, pues, volver a la sencillez de los infantes: porque colocados en ella, llevaremos la imagen de la humildad dominical.

2. A los judíos les convendría más haber ignorado a Dios con las naciones, que no haber recibido a Cristo. --- “Si algunos, pues, recibieren a tales en el nombre de Cristo, conseguirán el

premio de Cristo recibido: pero el que escandalizare a uno de estos pequeñitos,” esto es, el que introdujere el tropiezo de la tentación, “más le vale que se le cuelgue al cuello una piedra de molino de asno, y sea sumergido en lo profundo del mar” (Ibíd. 6). Tantas y tan grandes cosas no se comparan ociosamente: tanto el molino, como el de asno, y el tener que ser sumergido con él en el mar, y el que esto le sea conveniente. Según el sentido común de todos, siempre lo que conviene es útil. ¿Qué utilidad hay, pues, en ser sumergido con una piedra de molino de asno colgada al cuello? Pues una muerte tan grave aprovechará para la pena: y no sé de qué modo será útil desear aquello que es el último de los males. Qué se deba sentir, pues, ha de buscarse. La obra del molino es el trabajo de la ceguera: pues con los ojos cerrados de las bestias de carga son impulsados en círculo. Y bajo el nombre del asno, ciertamente, frecuentemente encontramos denominadas a las naciones. Por tanto, lo que las naciones hacen, no lo saben: y detenidas en la obra de su vida, son contenidas por la ignorancia del trabajo ciego. Pero a los judíos se les ha proporcionado el camino de la ciencia en la ley. Los cuales, si escandalizaran a los apóstoles de Cristo, más rectamente habrían sido sumergidos en el mar atada al cuello una piedra de molino de asno, esto es, deprimidos por el trabajo de las naciones permanecerían en la ignorancia del siglo: porque a ellos les habría sido más tolerable no haber conocido a Cristo, que a estos no haber recibido al profetizado.

3. El escándalo de la cruz necesario, y cuán peligroso. --- “¡Ay de este mundo por los escándalos! Pues es necesario que vengan escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo!” (Ibíd. 7). La humildad de la pasión es escándalo para el mundo. Pues en esto sobre todo se detiene la ignorancia humana, en que bajo la deformidad de la cruz no quiera recibir al Señor de la gloria eterna. ¿And qué hay tan peligroso para el mundo como no haber recibido a Cristo? Sin embargo, bajo la denominación de hombre, designa al pueblo judío como autor de este escándalo, por quien se prepara todo este peligro al mundo, para que nieguen a Cristo en la pasión, a quien la ley y los profetas predicaron pasible. Por eso verdaderamente dice que es necesario que vengan escándalos: porque para el sacramento de la eternidad que se nos ha de devolver, debía cumplirse en él toda la humildad de la pasión.

4. Arriba, pues, en el amputar la mano o el pie, expusimos que se contienen los nombres de los parentescos (cap. 4, n. 21): y por tanto significa que la cognación de la raza israelita debe ser abandonada como por una cierta recisión de los miembros, porque por ella se preparan escándalos al mundo.

5. El cuidado de los ángeles por nosotros. — “Ved que no despreciéis a uno de estos pequeñitos que creen en mí” (Ibíd. 10). Impuso el vínculo más estrecho de amor mutuo, especialmente hacia aquellos que verdaderamente hubieran creído en el Señor. “Pues los ángeles de los pequeñitos ven diariamente a Dios” (Ibíd. 11): porque el hijo

del hombre vino a salvar lo que se había perdido. Ergo el hijo del hombre también salva, y los ángeles ven a Dios, y son los ángeles de los pequeñitos. Que los ángeles presiden las oraciones de los fieles es una autoridad absoluta. Por tanto, los ángeles ofrecen diariamente a Dios las oraciones de los salvados por Cristo. Por tanto, peligrosamente es despreciado aquel cuyos deseos y peticiones son llevados al Dios eterno e invisible por el ambicioso séquito y ministerio de los ángeles.

6. Una oveja errante, el hombre. Noventa y nueve no errantes, los ángeles. El número de estos se completa a partir de los hombres. --- Y para mostrar que hay un inmenso gozo en los cielos por el retorno de la salvación humana, puso el ejemplo de una comparación, de aquel que hubiera dejado noventa y nueve ovejas en los montes, y hubiera buscado a una errante: la cual, hallada, hay más de gozo que el que se tenía en la alegría de la conservación de las noventa y nueve (Ibíd. 12). Una oveja debe entenderse como el hombre, y bajo un solo hombre debe sentirse la universalidad. Pero en el error de un solo Adán erró todo el género de los hombres; por tanto, las noventa y nueve no errantes deben considerarse la multitud de los ángeles celestiales, para quienes hay en el cielo gozo y cuidado de la salvación humana. Por tanto, tanto el que busca al hombre es Cristo; como las noventa y nueve dejadas son la multitud de la gloria celestial: a la cual el hombre errante fue devuelto en el cuerpo del Señor con el máximo gozo. Merecidamente, pues, este número tanto se añade a Abraham por una letra

como se consuma en Sara: pues de Abram es llamado Abraham, y de Sarai Sara recibe el nombre. Pues en el solo Abraham estamos todos: y por nosotros, que todos somos uno, el número de la gloria celestial debe ser completado. Y por eso también toda criatura espera la revelación de los hijos de Dios: y por eso gime y se duele, para que el número, que por la alfa fue añadido a Abraham, y que en la alfa fue consumado en Sara, se llene para la constitución celestial por el incremento de los creyentes.

7. El orden de la corrección hacia los judíos conservado por Dios. --- “Que si pecare contra ti tu hermano, ve y corrígele”, y lo demás (Ibíd. 15). El Señor nos impuso aquel orden de mantener la caridad que él mismo había mantenido al conservar a Israel (Lev. XIX, 18): pues manda que el hermano que peca sea corregido y reprendido por aquel solo contra quien pecó. Pues él mismo corrigió al pueblo judío que sacrificaba a dioses ajenos con el advenimiento de su majestad y con todo el terror de su potestad presente. Y entonces, cuando el mismo pueblo no pudo soportar el advenimiento de Dios que se acercaba, aunque estuviera puesto fuera del monte, mandó que se aplicaran también uno y dos al desobediente, para que en la boca de dos testigos permanezca la fe de la palabra y la verdad: porque al insolente Israel fueron enviados la ley y los profetas y Juan, y por estos testigos fue convocado para que dejara de pecar; en tercer lugar, por el mismo advenimiento del Señor, como por la asamblea de la Iglesia que observa, fue amonestado: y tenidas

en vano estas reprensiones, es descuidado en la vileza de publicano o de étnico.

8. La potestad de atar y desatar dada a los apóstoles. ---Para el terror de un miedo máximo, por el cual todos fueran contenidos en el presente, envió por delante el inmóvil juicio de la severidad apostólica: para que a quienes hubieran atado en la tierra, esto es, a quienes hubieran dejado ligados en los nudos de los pecados, y a quienes hubieran desatado, a saber, a quienes hubieran recibido en la salvación por la confesión del perdón (Mat. XVIII, 18); estos por la condición de la sentencia apostólica estén también en los cielos o desatados o atados.

9. Dios nada niega por el mérito de la unidad. ---En tanto, pues, se esmeró en la concordia de la paz humana, que por el mérito de la unidad confirma que todas las cosas que deban pedirse a Dios han de ser impetradas (Ibíd. 19 y 20); y donde dos y tres estuvieren congregados con igual espíritu y voluntad, allí promete que él será mediador entre ellos. Pues él mismo es paz y caridad, y colocará su sede y habitación en las voluntades buenas y pacíficas.

10. Dios, perdonándonos sin medida, quiere que también nosotros perdonemos a otros sin medida. En Caín se adombra la pena de los homicidas, en Lamec la de los deicidas. ---Preguntando luego Pedro si perdonaría siete veces al hermano que peca contra él, respondió: "No hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Ibíd. 21 y 22). De todos los modos nos instruye en la semejanza de su humildad y bondad, y

nos confirma con el ejemplo de su placabilidad para suavizar y romper los aguijones de nuestros turbios movimientos: a saber, concediendo el perdón de todos los pecados por la fe. Pues los vicios de nuestra naturaleza no merecían indulgencia. Por tanto, todo el perdón es de él: cuando incluso perdona aquellos pecados que son contra sí mismo, tras el retorno de la confesión. Ciertamente la pena que debía pagarse por Caín fue constituida en siete veces (Gén. IV, 24): pero aquel pecado fue contra un hombre; pues el pecado contra el hermano Abel había sido hasta la muerte. Pero en Lamec el suplicio fue constituido hasta setenta y siete veces; y en él, según estimamos, fue constituida la pena para los autores de la pasión dominical. Pero el Señor por la confesión de los creyentes concede el perdón de este crimen, esto es, por el don del bautismo perdona la gracia de la salvación a los detractores y perseguidores: cuánto más muestra que el perdón debe ser devuelto por nosotros sin medida ni número, ni debe pensarse cuántas veces perdonamos; sino (suplase, es necesario) que dejemos de airarnos con los que pecan contra nosotros, cuantas veces surja la necesidad de airarse. Cuya asiduidad del perdón ciertamente enseña que no debe haber en absoluto en nosotros tiempo de ira: cuando Dios nos concede el perdón de absolutamente todos los pecados por su propio don más bien que por nuestro mérito. Pues no es lícito que nosotros, por prescripción de la ley, seamos concluidos en el número del perdón que debe darse, cuando por

la gracia del Evangelio nos ha sido indultado por Dios sin medida.

Incluso puso el ejemplo de una comparación para el afecto de la perfecta bondad, en la cual el Señor perdonó toda la deuda a un siervo que no tenía de dónde devolverla (Ibíd. 26): y aquel siervo, extorsionando a su conservo lo poco que se le debía, por este vicio de su voluntad perdió el don de la munificencia y liberalidad del Señor. Además, la razón de esta comparación es absoluta, y toda ella ha sido expuesta por el mismo Señor.

CAPÍTULO XIX.

No se debe despedir a la mujer; sobre los eunucos, sobre los niños prohibidos. El rico difícilmente entra en el reino de los cielos.

1. Por qué Cristo cura a los galileos en los confines de Judea. --- “Y sucedió que, habiendo dicho Jesús estos discursos, se trasladó a Galilea, y vino a los confines de Judea”, etc. (Mat. XIX, 1). Cura a los galileos en los confines de Judea. Pues hubiera podido no fatigar a las turbas de los enfermos y llevar ayuda a los débiles dentro de la misma Galilea: pero debía cumplirse la razón típica incluso de los lugares por los privilegios, para que admitiera los pecados de las naciones en aquel perdón que se preparaba para Judea.

2. “Entonces se le acercaron los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre despedir a su mujer por cualquier causa?” (Ibíd. 3). En aquel discurso que es sobre la mujer y sobre el

repudio, ocurre aquello de que está escrito en el Génesis (II, 24) de otro modo que como ahora en el presente el Señor ha hablado (Mat. XIX, 4 y 5). Pues allí bajo las palabras de Adán se refiere toda la cosa: aquí el Señor indica que por aquel que figuró al hombre y hizo a la mujer, han sido dichas todas aquellas cosas. Pero nosotros, siguiendo la autoridad apostólica, que profesó que este misterio es grande, pero que él lo acepta en Cristo y en la Iglesia (Ef. V, 32; ver cap. 22, n. 3), dejemos este lugar intacto tal como está. Advertimos sin embargo al lector que cuantas veces se consulte sobre esta misma cuestión, observe diligentemente las virtudes de las palabras, tanto con las que el Señor respondió como las que usaron los discípulos: y pondere el afecto del apóstol Pablo sobre esto, ya sea callando, ya tratando a veces bajo otros lugares. Sea para nosotros el discurso y la voluntad sobre los eunucos. En uno puso la naturaleza, en otro la necesidad, en el tercero la voluntad (Ibíd. 12): la naturaleza en aquel que así nace, la necesidad en aquel que así fue hecho, la voluntad en aquel que por la esperanza del reino de los cielos hubiera decretado ser tal: a los cuales nos amonestó a hacernos semejantes, si es que podemos.

3. Los infantes, las naciones, son prohibidos por los discípulos en favor de Israel. — “Entonces le fueron presentados unos niños, para que les impusiera las manos y orara: y los discípulos los reprendían”, y lo demás (Ibíd. 13). Es nuevo que los discípulos prohibieran que los infantes se acercaran a Cristo, los cuales eran ofrecidos

para que impusiera sobre ellos la mano y orara. La realidad evangélica, como hemos dicho, entre el efecto de lo presente y de lo futuro, templó una razón media y congruente para ambas cosas: para que a aquellas cosas que se efectuaban se adhiriera la forma de lo futuro. Ciertamente los infantes fueron verdaderamente ofrecidos, pero también verdaderamente prohibidos. Pero estos son forma de las naciones, a quienes por la fe y el oído se les devuelve la salud. Pero por el afecto de salvar primero a Israel, se les prohíbe por los discípulos acercarse. Ciertamente la voluntad de prohibir no conviene a la placabilidad apostólica: sino que para la consumación típica se desliza el instinto de prohibir a los infantes. A quienes el Señor dice que no conviene prohibir, porque de tales es el reino de los cielos: pues el don y el regalo del Espíritu Santo por la imposición de la mano y la oración, cesando la obra de la ley, debía ser concedido a las naciones.

4. La insolencia de los judíos adombrada en el joven. En qué medida Cristo no es bueno. — “Y he aquí que uno se acercó a él, y le dijo: Maestro, ¿qué de bueno haré para tener la vida eterna?”, y lo demás (Ibíd. 16). Oportunamente tras el discurso superior, por el cual tanto los infantes fueron prohibidos como se respondió que de tales es el reino de los cielos, sucede este joven, preguntando con qué obras buenas podría tener la vida eterna. Este joven tanto preguntó, como fue insolente, y de nuevo se puso triste: y todas las cosas que han sido escritas, han sido gestionadas y efectuadas. Pero advertimos que aquellas

cosas que se hacían bajo Dios, antepusieron la forma de las cosas consecuentes a los efectos de las presentes: y así siempre en las Escrituras celestiales todo discurso fue templado, para que no menos conviniera a la semejanza de aquellas cosas que se gestionaban, que de aquellas que debían gestionarse. Este joven, por tanto, tiene la forma del pueblo judaico, insolente en la ley, y que nada de esperanza espera de Cristo fuera de los preceptos de Moisés. Al cual el Señor, en la misma respuesta, protestó la severidad del juicio que de él habría de ser, diciendo (Ibíd. 17): “¿Por qué me llamas bueno?” (V. lib. IX de Trin., n. 16.) Pues aquel, a quien sea necesario castigar a los impíos e inicuos, se abstuvo del nombre de bondad, reservando este nombre solo a Dios padre, quien, dando un juez, se despojó del oficio de la severidad: no porque no fuera bueno él también, sino porque el juez usaría con ellos la severidad congruente.

5. Los judíos que se glorían en la ley son convencidos por la ley de no haber hecho nada recto. A este, pues, insolente por la ley, solícito por la salud, le remite a la ley: para que en ella misma, en la que se gloriaba, entendiera que nada de obra recta había hecho desde entonces. Pues con las palabras de la ley le respondió el Señor. Pero el adolescente, como pueblo insolente y que se gloria, confía en la ley, a la cual sin embargo no ha obedecido en nada. Pues se le había mandado no matar: había matado a los profetas. No adulterar: este había introducido la corrupción de la fe y el adulterio a la ley, y había adorado a dioses ajenos.

No hurtar: este, antes de que Cristo devolviera la libertad de creer en la fe, disolvió los preceptos de la ley por el hurto. No ser falso testigo: este negó a Cristo de entre los muertos. Se le mandó honrar al padre y a la madre: este mismo se abdicó de la familia de Dios padre y de la Iglesia madre. Se le mandó amar al prójimo como a sí mismo: este persiguió hasta la pena de la cruz a Cristo, quien asumió el cuerpo de todos nosotros, y se hizo prójimo de cada uno de nosotros por la condición del cuerpo asumido. Para que, pues, depuestos estos y amputados todos los vicios volviera a la ley, fue mandado.

6. Se les persuade a migrar de la sombra de la ley a la verdad evangélica. — Pero responde que ha hecho todas estas cosas desde su juventud: y pregunta qué le queda aún (Ibíd. 20). Pero, como dijimos, ni había hecho aquellas cosas superiores a las que se le remite, y gloriándose en ellas como consumadas habla estas cosas. Al cual el Señor responde que deben venderse todos sus bienes, y darse a los pobres: y entonces él será perfecto, y tendrá un tesoro en los cielos (Ibíd. 21). Se responde a este joven, ciertamente, con aquel bellísimo y muy útil precepto de abandonar el siglo, por el cual con la pérdida de la sustancia terrenal se han de comprar las riquezas de los cielos: pero en aquello de que se le manda vender sus bienes y dar a los pobres, se le amonesta a abandonar la confianza de la ley, y cambiarla por un feliz comercio: y para que recuerde que en ella hay una sombra de la verdad, que luego ha de ser dividida entre los pobres, esto es, las naciones, bajo el

cuerpo de la misma verdad; pero que nadie puede efectuar estas cosas si no es quien ha comenzado a seguir a Cristo.

7. Qué significa el que el adolescente testifique que ha servido a la ley desde su juventud. — Pero el adolescente, oídas estas cosas, se retiró triste (Ibíd. 22): pues tenía mucha confianza de opulencia por la ley. Y en ello también se conservó la razón de la eficiencia típica, de que queriendo significar que este es adolescente, él mismo haya dicho antes que ha servido a estos preceptos que se tienen en la ley desde toda su juventud: siendo que la adolescencia está dentro de la juventud, y un grado posterior de edad no puede ser contenido dentro de los límites del anterior. Pero esto fue para que mostrara ya un largo tiempo del pueblo en la obra de la ley desde esta juventud que le servía.

8. Para el Israel soberbio es difícil el acceso al cielo. — De ahí que el Señor, conocida la tristeza del adolescente, respondió que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos (Ibíd. 23). De rico se gloriaba, pues, Israel, como dijimos, por la confianza de la ley. Para este es difícil el acceso al cielo, reteniendo las antiguas riquezas bajo el nombre de Abraham en la ambición de una vana progenie.

9. El crimen no está en tener, sino en el modo de tener. El cuidado de las riquezas es peligroso. — Incluso añadió que un camello puede pasar más fácilmente por el ojo de una aguja que un rico entrar en el reino de los cielos (Ibíd. 24). Tener no es de crimen, sino que debe mantenerse el

modo en el tener. Pues ¿cómo se ha de impartir, cómo se ha de comunicar, si no se deja la materia de impartir y comunicar? Por tanto, resulta un crimen más el tener nocivamente que aquel tener mismo. Pero es un cuidado peligroso el querer enriquecerse: y la inocencia sufre una carga pesada, ocupada con los incrementos de las riquezas. Pues el servicio de Dios no alcanza la realidad del siglo sin los vicios del siglo mismo. De aquí que sea difícil para el rico acercarse al reino de los cielos. Y también, porque más personas podrían usar rectamente aquellas cosas que tienen, se conservó en el discurso del Señor aquella razón de que no absolutamente nadie pudiera entrar en el reino de los cielos; sino que pudiera entenderse la rareza de los futuros a partir de la dificultad. Y estas cosas ciertamente pertenecen a la inteligencia del sentido simple: pero por el mismo curso debe mantenerse el orden de la causa interior.

10. Por qué para los judíos es difícil el acceso al cielo. — El joven, como dijimos, insolente, donde se le manda hacer pérdida de la ley, está afligido y triste. Es para este pueblo el escándalo de la cruz y la pasión; y por eso nada de salud hay para ellos por ella. Pero se glorían en la ley, y desprecian a las naciones coherederas, y rehúsan pasar a la libertad evangélica: y por tanto difícilmente entrarán en el reino de los cielos. Pues pocos de ellos, y según la multitud de las naciones muy raros, habrían de creer: para que difícilmente inclinaran su voluntad endurecida en la ley hacia la predicación de la humildad evangélica.

11. Es transitable para las naciones. La naturaleza del camello. — “Pero más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja”. No conviene el camello con el ojo de la aguja: ni en las angosturas de una caverna exigua puede ser recibida la deformidad de una bestia ingente. Pero al principio del libro (cap. 2, n. 2), bajo la vestidura de Juan, advertimos que en el camello se significan las naciones. Pues este animal obedece a las palabras, se contiene por el miedo, es paciente del ayuno, y sucumbe a su carga por una cierta razón de disciplina: por cuyo ejemplo, la immanidad de las naciones se ablanda para la obediencia de los preceptos celestiales. Estas, por tanto, entran por el camino estrechísimo del reino de los cielos: la aguja, a saber, que es la predicación de la palabra nueva, por la cual se cosen las heridas de los cuerpos, y se retejen los descosidos de las vestiduras, y la muerte misma es punzada. Por tanto, este es el camino de esta nueva predicación: en el cual entrará más fácilmente la deformidad de las naciones, que la opulencia del rico, es decir, del que se gloría en la ley.

CAPÍTULO XX.

De la esperanza de los apóstoles, de que los últimos se hagan primeros. Donde se conducen obreros a la viña. De los hijos de Zebedeo, del primer reclinatorio, de los dos ciegos sentados junto al camino.

1. Suma del texto sagrado. — Oídas, pues, estas cosas, los discípulos se admiran y temen, diciendo que nadie puede salvarse (v. 25-30).

El Señor respondió que esto es imposible para los hombres, posible para Dios. De nuevo ellos devuelven estas cosas a las palabras del Señor: que han dejado todo y están con él. A los cuales el Señor, cuando se sienta en la sede de su majestad, prometió que se sentarían sobre doce sedes, y juzgarían a las doce tribus de Israel; y para todos los que hayan dejado todo por su nombre, el fruto del centuplicado salario está reservado: pero muchos de los últimos serán primeros, y de los primeros serán últimos.

2. Debe entenderse espiritualmente. — Muchas son las cosas que no nos permiten recibir con simple intelecto las palabras evangélicas. Pues interpuestas algunas cosas que son contrarias a sí mismas por la naturaleza del sentido humano, se nos amonesta a buscar la razón de la inteligencia celestial. Los apóstoles dicen que siguen a Cristo y que han dejado todo: ¿cómo, pues, se ponen tristes, y cómo temen, diciendo que nadie puede salvarse? Pues también podría hacerse por otros, si ellos mismos hubieran hecho algo. Entonces, cuando ellos mismos lo habían hecho; ¿por qué el miedo o de dónde fue concebido? Se añade también en la respuesta del Señor, que estas cosas son imposibles para los hombres, posibles para Dios. ¿Acaso eran imposibles para los hombres las cosas que tanto los apóstoles se glorían de haber hecho como el Señor reconoce que han hecho: y en adelante muchos más hasta la bienaventuranza del martirio habrían de dejar todas las cosas? ¿O acaso hay algo para Dios de lo que pueda carecer; y haya sido dejado algo que

deba seguirse con la pérdida de las cosas que tiene, para que solo a él mismo le sea posible hacer esto? Todo este discurso, por tanto, es espiritual.

3. Para los apóstoles, ninguna salud parecía posible sin la ley. — Pues los apóstoles, oyendo espiritualmente que nadie puede salvarse por la ley, cuando ellos mismos también entonces estaban en la ley; pues un vehemente amor y favor de la ley los retenía: estos, por tanto, no habiendo comprendido aún plenamente la verdad del misterio evangélico, temen que nadie pueda salvarse sin la ley: porque constituyen toda salud aun entonces en la ley. Pero el Señor, con una razón breve y absoluta, disuelve tanto la ignorancia como el miedo de ellos, diciendo: “Esto ciertamente es imposible para los hombres, pero posible para Dios”. Pues ¿qué le parece al judío tan sin efecto, como esperando la salud más de un hombre y de la ley, que en el escándalo de la cruz la legislación, y el testamento, y la adopción, y la herencia sean descuidados? Pero ¿qué es tan posible para la virtud de Dios, como que salve por la fe, que regenere por el agua, que venza por la cruz, que adopte por los Evangelios, que vivifique por la resurrección de la muerte?

4. Qué es la regeneración. El fruto centuplicado. — Oídas estas cosas, los apóstoles pronto creen, y profesan que han dejado todo. Pero el Señor pronto recompensa esta obediencia de ellos, resolviendo toda dificultad de la cuestión anterior, cuando dice: “Vosotros que me habéis seguido en la regeneración juzgaréis a las doce tribus de Israel”. Siguieron en la regeneración,

en el lavacro del bautismo, en la santificación de la fe, en la adopción de la herencia, en la resurrección de los muertos. Pues esta es aquella regeneración que los apóstoles siguieron, la cual la ley no pudo conceder, que los unió sobre doce tronos al juzgar a las doce tribus de Israel, en la gloria de los doce patriarcas. También a los demás que le siguen con desprecio del siglo, promete la abundancia del fruto centuplicado. Este fruto centuplicado es el que se completa en la centésima oveja con alegría celestial. Este fruto centuplicado es el que sigue la fecundidad de la tierra perfecta. El cual honor de la Iglesia ya fue destinado en el sobrenombre de Sara (V. cap. 18, n. 6), y debe ser merecido por la pérdida de la ley y la fe evangélica: y así promete que de los últimos se han de hacer primeros, porque los primeros se hacen últimos.

5. El padre de familia. La viña. El denario. El foro. — “Semejante es el reino de los cielos a un hombre padre de familia, que salió de mañana a contratar obreros”, y lo demás (Mat. XX, 1). Toda comparación es absoluta por sí misma: pero debe ser distinguida por las personas, y discernida por los tiempos. Es necesario que este padre de familia se considere que es nuestro Señor Jesucristo: quien, teniendo cuidado de todo el género humano, en todo tiempo llamó a todos al cultivo de la ley. Entendemos que la viña significa la obra y obediencia de la misma ley; pero el denario significa el premio de esa misma obediencia. Y sobre el denario ya tratamos anteriormente. Sobre la viña, empero, traeremos la razón más oportuna-

mente en lo que sigue. El foro, en cambio, la misma realidad amonesta que se tome por el siglo, siempre tumultuoso por las multitudes de hombres, por las contiendas de calumnias e injurias, y por las dificultades de diversos negocios.

6. Los cinco testamentos. Cuándo nació Cristo en la carne. — En la primera hora, por tanto, el tiempo del testamento constituido para Noé debe conocerse por la significación de la mañana; la tercera hora, en cambio, para Abraham, la sexta para Moisés, la novena para David y los profetas. Pues tantos testamentos se encuentran constituidos para el género humano, cuantos se enumeran como salidas al foro. En la undécima hora, empero, muestra el tiempo del advenimiento corpóreo del Señor; pues de todo el número que está constituido en el espacio del presente siglo, en esa razón conviene su nacimiento de María, en la que está el tiempo de la undécima hora del día. Pues hecha la división por el número de quinientos, en toda la suma de seis mil años, el tiempo de su nacimiento corpóreo se computa en el undécimo cálculo de toda la división.

7. Los judíos envidian la gracia a las naciones. — Y ciertamente es diverso el discurso para los obreros de la undécima hora. Pues a los primeros, pero también a los demás se les dijo: “Id a la viña” (Ibíd., 4): sin embargo, el salario del denario fue constituido con el primero; pues para los demás, se prometió la esperanza de un justo pago, pero a los últimos se les dice: “¿Qué hacéis aquí parados?” (Ibíd., 6); porque aunque la ley había sido llevada a Israel, sin embargo la voluntad de las

naciones no era excluida de la ley. Los cuales respondieron: “Nadie nos ha contratado” (v. 7). Pues era debido que por el orbe de las tierras se predicara el Evangelio, y las naciones se salvaran por la justificación de la fe. Estos, pues, son enviados a la viña. Y habiendo comenzado a ser tarde, los primeros obreros consiguen a la hora de la tarde el don del salario constituido en el trabajo de todo el día (v. 8). Ciertamente, del don no hay salario, porque se debe por la obra; pero Dios dio a todos la gracia gratuita por la justificación de la fe: pero según la insolencia del pueblo ya contumaz bajo Moisés, de aquí es el murmullo de los que trabajan, de aquí es la envidia del salario gratuito, porque sin la dificultad de un largo trabajo, y bajo el nombre del calor en un no largo calor del instinto diabólico que arde contra ellos, se devuelva el mismo premio a los que trabajan. Pero por eso lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios: para que el salario de la ley guardada óptima e inculpablemente, lo otorgue como don de la gracia por la fe a los que creen primeros de entre los últimos.

8. “Y subiendo Jesús a Jerusalén tomó a los doce discípulos”, y les dijo: “He aquí que subimos a Jerusalén”, y lo demás (Ibíd., 17 y 18). Ya para los apóstoles que habrían de oír sin escándalo el Señor expone el sacramento de la cruz (finalmente ninguna tristeza sigue a este discurso): confirmados, a saber, por el discurso superior, que por la fe de la cruz los últimos serían primeros; pero para los ricos, es decir, los que confían en la ley que

se escandalizan en la misma cruz, el camino del reino de los cielos sería inviable.

9. La madre de los hijos de Zebedeo, la ley; sus hijos, los judíos creyentes. — “Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos”, y lo demás (Ibíd. 20). No debe considerarse que se haya efectuado así sin algún momento de las cosas, que la madre de los hijos de Zebedeo suplicara al Señor. ¿Acaso no había también para los hijos la familiaridad de pedir? Pero debía profetizarse por los efectos de los hechos. Los apóstoles ciertamente ya habían creído por la ley, que los había nutrido para la fe evangélica. Por tanto, en la madre de los hijos de Zebedeo se entiende la ley que por la confianza de su privilegio suplica por los pueblos creyentes surgidos de ella. La cual, porque había oído antes que los primeros serían últimos, y los últimos primeros, ruega que se diera a sus hijos el que en el reino del Señor uno se siente a su derecha, otro a su izquierda (Ibíd., 21). A lo cual el Señor respondió que no sabe ella lo que pide (Ibíd., 22). Ciertamente nada se dudaba de la gloria de los apóstoles, y el discurso superior expuso que ellos juzgarían. Finalmente, en medio del discurso pregunta si pueden beber su cáliz. No hablaba ciertamente del género de una copa común; pues ni es un trabajo beber de un cáliz: sino que él pregunta por el cáliz del sacramento de la pasión. Pero ellos, que ya retenían la libertad y constancia del martirio, prometen que beberán. El Señor, alabando la fe de ellos, dice que pueden ciertamente compadecer con él en el martirio; pero el sentarse a su izquierda y derecha, había

sido dispuesto para otros por Dios padre (Ibíd., 23).

10. Quiénes están destinados a sentarse con Cristo en el reino. — Y ciertamente, según juzgamos, este honor está reservado para otros de tal modo que, sin embargo, ni los apóstoles serán ajenos a él: quienes, sentados en las sedes de los doce patriarcas, juzgarán a Israel. Y cuanto es lícito percibir por los mismos Evangelios, en el reino de los cielos se sentarán Moisés y Elías. Pues habiendo prometido el Señor que algunos de los apóstoles verían, antes de que gustaran la muerte, al Hijo del hombre viniendo en su reino; tomados Pedro, Santiago y Juan, se apareció con el hábito de su gloria, acompañándole Moisés y Elías en el monte (Mat. XVI, 28). Y entendemos que estos mismos dos profetas preceden su advenimiento, los cuales el Apocalipsis de Juan (XI, 7) dice que son por el anticristo: aunque hayan existido varias opiniones de muchos ya sobre Enoc, ya sobre Jeremías, de que a uno de ellos le convenga morir al igual que a Elías. Pero no podemos corromper la fe de la verdad, que el Señor reveló a los tres testigos superiores, con la opinión de nuestro sentido: ni considerar que hayan de venir otros que los que fueron vistos haber venido para la promesa de la fe. Y aunque no sea necesario opinar más allá de la verdad evangélica: sin embargo, si alguien advirtiera diligentemente la condición tanto de la muerte como de la sepultura y del sepulcro de Moisés, y hubiera alcanzado el conocimiento de las Escrituras secretas según la autoridad del Apóstol; entenderá que todas las

cosas fueron de tal modo tratadas que Moisés ya pudo haber sido visto. Y estas cosas sean dichas por causa de instrucción.

11. Dos vocaciones de entre los judíos; para estas los apóstoles optan por el consorcio de su gloria. — Por lo demás, para que la razón de la inteligencia espiritual fuera plena, la madre rogó al Señor por dos. Pues hay dos vocaciones de Israel: una de los discípulos de Juan, otra de los fariseos por los apóstoles. Pues tras la pasión de Juan leímos arriba que sus discípulos pasaron al Señor. Por tanto se ruega por dos, porque estas vocaciones gemelas creyeron al Evangelio de Cristo. Tras estas cosas, por tanto, los diez discípulos se entristecieron por los dos hermanos: pero no hay ninguna tristeza de esos mismos dos discípulos. La razón no permite esto, que uno se ponga triste por la contumelia de otro. Ciertamente también por sí mismos los diez habrían podido estar tristes; pues bajo los nombres de dos esto parecía negado a todos; pero se guardó el orden típico. Los apóstoles estaban ciertos de sí mismos: por eso solo están tristes por los dos, porque también para estas dos vocaciones, que son de la ley, optaban por el consorcio de esta gloria. Pues así el discurso modera la razón tanto de lo futuro como de lo presente, para que ni los diez ni los dos fueran escritos como solícitos por sí mismos, y en la solicitud de los diez por los dos, se obedeciera a la eficiencia del negocio presente.

12. A la gloria se llega por la humildad. — Queriendo, pues, el Señor mostrarnos la propiedad de esa prefiguración, y que aquella presunción la

quisieran presumir por la prerrogativa del nombre israelita los que habían de venir de la ley; enseña que el principado no solo debe ser alcanzado por estos de entre las naciones, sino que los ministros y sirvientes, y no aquellos a quienes se ha servido, deben ser llamados a la gloria del honor máximo (Ibíd. 25): a saber, por el ejemplo de los patriarcas y profetas que sirvieron, por el ejemplo también de los apóstoles que ministraron, por el ejemplo también del Señor que entregó su alma por la redención de nuestra salud. Pero a la gloria de esta humildad los instruye al modo de una cena y un convite (Luc. XIV, 8): advirtiéndole que no conviene reclinar en los lugares más eminentes, no sea que tal vez al llegar el que es más ilustre, ocupado el lugar por el dueño de la cena, se retire amonestado con decente contumelia. Pero si se reclinara en los humildes; al llegar otros más humildes, accederá a la gloria de un lugar más excelso. Y así no conviene presumir nada de honor, sino merecerlo con obras de humildad.

13. Dos ciegos, las naciones de Cam y Jafet. Predican que Cristo es Dios. — “Y saliendo ellos de Jericó, le siguió una gran multitud: y he aquí que dos ciegos sentados junto al camino oyeron que Jesús pasaba”, etc. (Mat. XX, 30). Arriba, por la figura de los dos hijos de Zebedeo, se trató sobre el pueblo israelita, que había nacido de la semilla de Sem. Competentemente, pues, dos ciegos se sientan junto al camino: a saber, los dos pueblos de las naciones procreados de Cam y Jafet observan sus salidas y su camino, y suplican que se les devuelva la vista a ellos, ciegos. Final-

mente, la multitud los reprende por qué claman, e incrementa el reproche para que callen: no porque exigieran el silencio por causa de honor, sino que oyen amargamente de los ciegos lo que ellos negaban, que el Señor es el hijo de David. Pues iluminadas las mentes de los ciegos, Dios era predicado en el hombre, para que fuera verdad lo que fue dicho por el Señor: “Para juicio de este mundo he venido, para que los que ven no vean, y los ciegos vean” (Juan IX, 39). Pero ellos claman más: y demorándose el pueblo de la ley, protestan un más vehemente calor de su fe. Pero el Señor se compadece, y pregunta qué quieren. Ellos empero ruegan que se abran sus ojos. Compadecido de los cuales, tocó sus ojos, y les devolvió la vista de conocer a Dios (Mat. XX, 34). Y para que el tipo de las naciones que habrían de creer se completara, percibido el conocimiento de la gracia celestial, los que habían sido ciegos, viendo a su Señor, le siguieron.

CAPÍTULO XXI.

De la asna y su pollino, de los cambistas expulsados del templo, de la higuera maldita, de los dos hijos enviados a la viña, de los publicanos y las meretrices.

1. En el capítulo anterior se presagian dos vocaciones de Israel, ahora otras tantas de las naciones. — “Entonces Jesús envió a dos de sus discípulos diciendo: Id a la aldea que está frente a vosotros”, etc. (Mat. XXI, 1 y 2). Dos discípulos son enviados a la aldea, para que suelten a la asna atada con su pollino, y los conduzcan a él: y si

alguno pregunta por qué se hace así, respondan que son necesarios al Señor, y que pronto han de ser devueltos. Tras el discurso superior, por el cual recordamos que en los dos hijos de Zebedeo se significó la doble vocación de Israel, competentemente ahora dos discípulos son destinados a soltar la asna y el pollino: porque una doble vocación del pueblo de entre las naciones habría de seguir. Pues eran y son los samaritanos, partidos antaño por secesión de la ley, y sirviendo bajo una cierta costumbre de su observancia: eran también naciones indómitas y feroces. Por tanto dos son enviados, para que suelten a los atados y restringidos y impedidos por los vínculos del error y la ignorancia: y son enviados fuera de Jerusalén; pues fuera de ella se tenían estas dos vocaciones. En cambio, la madre de los hijos de Zebedeo rogó al Señor dentro de Jerusalén: pues por dos vocaciones Israel es salvado de la ley ya sea por los apóstoles o por Juan. Pero igualmente por Felipe creyó Samaria (Hech. VIII, 5); por Pedro empero Cornelio fue conducido a Cristo como primicias de las naciones (Hech. X, 5). En cuanto a que se les instruye para que respondan al que pregunta que son necesarios al Señor y que pronto han de ser devueltos, esto es, que ellos mismos han de ser devueltos a su nación como predicadores de la fe evangélica. Se cumplió, pues, la profecía que anunciaba que el Señor vendría a Jerusalén montado en una asna y en un pollino nuevo (Zac. IX, 9). Pues la asna, que es soltada de la aldea y exhibida, a saber Samaria obsesa por un dominio ajeno y peregrino, es soltada por los apóstoles y

devuelta a su Señor. El pollino empero lo monta el mismo Señor, nuevo, contumaz, duro: y todos estos vicios de la ignorancia gentil dominan, y las ferocidades de tantas almas se hicieron montura para Dios.

2. Las vestiduras extendidas al Señor por los patriarcas y profetas. Qué son los ramos cortados por los apóstoles. — Toda esta apariencia mantiene el orden de lo futuro: y por significaciones parabólicas y condiciones de las cosas presentes, se antepone la forma para las cosas futuras. Pues el Señor estará poseyendo a las naciones en el advenimiento de su claridad: e incidiendo en sus mentes como un conductor, será predicado por todo el séquito de su acompañamiento, de patriarcas, profetas y apóstoles. Pues los patriarcas extienden su gloria en sus vestiduras bajo el Señor: pues el Señor fue profetizado por sus generaciones y nombres y persecuciones. And concediéndole todo el ornato de su dignidad, y extendiéndose bajo su asiento, enseñan que toda su gloria fue extendida bajo la preparación del advenimiento dominical (Ibíd. 8). Allí también los profetas extienden sus vestiduras para el camino del que avanza; pues predicaron que este camino de las naciones que habrían de ver conducidas era Dios: los cuales, pospuesto el amor del siglo, ofreciéndose a muertes y lapidaciones, de cierto modo se despojaron de sus mismos cuerpos, ofrecidos para el ingreso de tal camino. Los apóstoles también extienden los ramos de los árboles cortados tras las vestiduras: pero ninguna reverencia de oficio humano hay en esto. Pues

los ramos impedirían al que avanza, y harían un camino intrincado para el ingreso del que se apresura: pero se explica toda la razón de la profecía, y se guarda la forma de lo futuro. Por tanto, los ramos de las naciones infructuosas, esto es, los frutos de las naciones antes infieles, son extendidos bajo el camino del Señor por los apóstoles, y son justificados por el ingreso del Salvador: y por ellos se avanza, y se hace gratísimo para Dios que avanza el oficio surgido de los ramos de la raíz infecunda.

3. El afecto del pueblo que lucha en Cristo. — La multitud, empero, tanto la que precedía como la que seguía clamaba: “Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor” (Ibíd. 9). Pero ¿cómo la multitud alaba al que ha de ser crucificado, o cómo mereció el odio desde el favor? Pero las palabras de alabanza expresan en él la potestad de la redención. Pues “hosanna” en el discurso hebreo se significa la redención de la casa de David. Luego lo llaman hijo de David, en lo cual reconocerían la herencia del reino eterno. Finalmente confiesan bendito al que viene en el nombre del Señor. Sin embargo, debía ser aclamado por ellos el blasfemo “crucifícale”. Pero los hechos presentes realizan la forma de lo futuro; y aunque con los afectos de aquellos entre los cuales se gestionaban estas cosas luchando entre sí, aunque pronto habrían de seguir cosas diversas, sin embargo la operación incluso de los que no quieren medita la fe de las cosas celestiales. Se conmueve luego Jerusalén; pues la novedad de las cosas traía movimiento a los atónitos.

4. Los que venden palomas, esto es, los dones del Espíritu Santo, son expulsados del templo. — El templo, empero, entró, esto es, la iglesia por el ingreso de la predicación entregada por él (Ibíd. 12). De la cual primero expulsa por derecho de potestad todos los vicios del ministerio sacerdotal: pues había entregado que debían ser devueltas gratuitamente por todas las cosas que gratuitamente habían conseguido (Mat., X, 8): porque la libertad del don no debía admitir que se comprara algo por la corruptela del sacerdote o se vendiera. Las cátedras, empero, principalmente de los que venden palomas, las volcó. ¿Qué dignidad, por lo demás, hay en los mercados de palomas? ¿O qué privilegio reservado en los comercios de estas aves, para que los que las venden se arroguen para sí el honor de las cátedras? Pero en todo lugar amonestamos que las virtudes de las palabras deben ser contempladas más profundamente en este tipo de significaciones. En la paloma, según los ejemplos de la profecía, entendemos al Espíritu Santo: en la cátedra, está la sede del sacerdocio. Por tanto, volcó las cátedras de aquellos que tienen venal el don del Espíritu Santo, para quienes el ministerio encomendado por Dios es un negocio; recordando la autoridad de su amonestación, que se mantiene en el profeta. Pues escrito está: “Mi casa será llamada casa de oración; vosotros empero la habéis hecho cueva de ladrones” (Isa. LVI, 7; Mat. XXI, 13). Pero no debe considerarse ni que los judíos pudieran comprar en la Sinagoga, ni vender el Espíritu Santo. Pues no lo tenían para que pudieran ven-

derlo, ni había lo que alguien pudiera comprar: sino que la prefiguración de lo futuro se contiene en los dichos presentes, que los vicios de la Iglesia deben ser purgados en el mismo advenimiento de la claridad dominical.

5. También curó las enfermedades de los ciegos y de los cojos en el templo (Ibíd. 14): y el favor del pueblo siguió a sus operaciones públicas. Pero los príncipes de los sacerdotes envidian los clamores de los niños, y le amonestan por qué oye estas cosas (Ibíd. 15); pues se predicaba que había venido para la redención de la casa de David. A los cuales respondió que no habían leído: “De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza” (Ibíd. 16; Sal. 8:3): pues, cesando los juicios de los prudentes, esta gloria de confesión le estaba preparada por los niños y los infantes, de quienes es el reino de los cielos; porque los prudentes y los príncipes del mundo reprobaron la sabiduría de Dios, pero los pequeños y los que maman han de predicar al Cristo de la regeneración: Y dichos estos, salido de la ciudad, los dejó y permaneció en Betania (Ibíd. 17). Abandonando, a saber, la Sinagoga infiel, se demora en la Iglesia de las naciones.

6. La higuera que carece de fruto, no de hojas. La Sinagoga. — Por la mañana, empero, pasando a la ciudad, tuvo hambre: y viendo una higuera junto al camino, vino a ella, y lo demás (Ibíd. 18, 19). El mismo orden de las cosas celestiales se antepone todavía ahora. Pues en la higuera se ha puesto el ejemplo de la Sinagoga. Pues, dado un espacio de penitencia, a saber, en aquel tiempo

que es medio entre la pasión y el regreso de la claridad, vendrá hambriento por la salvación de este pueblo, y la encontrará infecunda, vestida solamente de hojas, esto es, gloriándose en palabras vanas, pero vacía de frutos, estéril ciertamente de buenas obras, y desnuda de los rendimientos esperados. And porque el tiempo de arrepentirse habrá excedido, la sentencia del juicio celestial se secará perpetuamente. Y en esto ciertamente encontraremos un argumento de la bondad dominical. Pues donde quiso presentar un ejemplo de la salvación procurada por él mismo, ejerció la potestad de su virtud en cuerpos humanos, encomendando la esperanza de lo futuro y la salvación del alma a los cuidados de las presentes enfermedades. Ahora, empero, donde establecía la forma de la severidad contra los contumaces, indicó la especie de lo futuro por el daño del árbol, para que se enseñara el peligro de la infidelidad sin detrimento de aquellos para cuya redención había venido.

7. La condenación para la esterilidad es eterna. El derecho de la fe. — Se admiran, empero, los discípulos de que el árbol se hubiera secado en el momento de su dicho (Ibíd. 20): porque la eficacia del hecho presente presentaba la imagen de lo futuro. Pues cuando llegue en el reino celestial, en el tiempo mismo de su advenimiento la sentencia de la condenación eterna seguirá a la esterilidad de la infidelidad judaica. A los cuales (discípulos) el Señor confirma que, si tuvieran fe, no solo estas cosas, sino también mayores que estas pueden ellos. Ellos ciertamente habían de

juzgar a Israel, según las promesas antecedentes: pero también habrían de conseguir todo derecho contra el diablo, a quien llama monte. Pues dice así: “Si tuviereis fe, no solo haréis de la higuera, sino que si dijereis a este monte: Quítate y échate en el mar, se hará” (Ibíd. 21). ¡Oh ingente premio de la fe, por cuyo mérito se ensalza tanto la potestad de los creyentes, que debiendo juzgar a todos, por una igual sentencia de severidad sumerjan la celsitud y la mole del diablo en la condenación del mundo!

8. Por qué razón la Sinagoga se compare a la higuera. — Debe contemplarse, empero, por qué razón la Sinagoga se compara al árbol de la higuera. Pues este árbol florece de manera distinta de la naturaleza y condición de los demás árboles. Pues su primera flor está en los frutos (poma), pero no en estos frutos que consigan la madurez según hayan emergido. Pues el uso común y la autoridad profética llamaron a estos higos verdes (grossa). Pero después, exuberando la virtud de la fecundidad interna, brotan frutos de la misma especie y forma, por cuyo brote aquellos son empujados, y disueltas las raíces por las que se contenían caen, y aquellos otros que salen son llevados adelante hasta la madurez de los frutos. Pero de aquellos superiores, si alguna vez sucede que emergen en el seno de las varillas que proceden del mismo ramito; permanecen siempre, y no caen como los demás higos verdes, sino que se adhieren ellos solos, y se anticipan a los demás frutos en la madurez. Y aquel árbol dará de sí estos bellísimos frutos, que emergiendo con los

demás higos verdes, serán producidos desde el clavillo del medio de ambas varillas. Por tanto, desde la condición propia del árbol se propuso una semejanza competente de la Sinagoga.

9. Los apóstoles son los primeros frutos de la Sinagoga. La infidelidad de los demás fue prefigurada en Adán y Eva. — Pues perdió los primeros frutos del pueblo, que había producido desde el inicio, según el ejemplo de los higos verdes (*grosorum*): porque el pueblo fiel y pertinaz de las naciones, que permanece hasta la consumación de los tiempos, expulsó a su pueblo inútil. No obstante, los apóstoles, los primeros creyentes de Israel, y adhiriéndose a modo de higos verdes entre la Ley y los Evangelios, antecederán a los demás en la gloria y el tiempo de la resurrección. Y ciertamente ya en el inicio del Génesis (3:7), para forma de esta cosa, Adán y Eva cubrieron su vergüenza con las hojas de este árbol, cuando se ocultaban ante el advenimiento del Señor que los llamaba: porque la Sinagoga infiel, y que transgrede los mandatos de la ley, habría de cubrir las fealdades de su impudencia, y la confusión de sus torpezas, con velos infructuosos de palabras como con hojas de higuera. And estas cosas ciertamente se han interpuesto sobre la naturaleza de este árbol, para que pudiera entenderse la propiedad de la comparación. Por tanto, debe contemplarse el resto del orden de los hechos.

10. La respuesta de los fariseos sobre el bautismo de Juan, que fue verdadera. — Los fariseos habían visto desde entonces muchas cosas más dignas de ingentes milagros: pero ahora están

máximamente solícitos, e interrogan en qué potestad hace estas cosas (Mat. 21:23). Pues la cosa, bajo los efectos de los hechos presentes, abrazaba un ingente arcano de las cosas futuras. Y por eso se encuentra especialmente en él un instinto de interrogar, bajo el cual se profería la preformación de todo el peligro. El Señor responde que él habría de decir en qué potestad hacía estas cosas, si tan solo ellos le hubieran respondido a él que los interrogaba, si pensaban que el bautismo de Juan era del cielo, o de los hombres (Ibíd. 24). Pero ellos vacilan ante el peligro de su respuesta, pensando que, si hubieran profesado que era del cielo, se verían reos por su propia confesión, de por qué no habían creído a la autoridad del testimonio celestial: si hubieran dicho que de los hombres, temían a las multitudes, pues muchos tenían a Juan por profeta (Ibíd. 26). Respondieron, pues, que no lo sabían (Ibíd. 27). No ciertamente no sabían lo del cielo, cuando temen ser convencidos por la verdad de su profesión. Pero dijeron lo verdadero sobre sí mismos incluso con la voluntad de engañar. Pues por su infidelidad no supieron que el bautismo de Juan era del cielo. Pero lo que fuera de los hombres, por eso no pudieron saberlo, porque no era.

11. Primera dificultad, quién es el hijo mayor y quién el menor. — Un hombre tenía dos hijos, y lo demás (Ibíd. 28). Muchas y graves son las cosas que pueden confundir el entendimiento, a no ser que mantengamos el orden del sentido anterior y posterior. ¿Quién podrá ser estimado aquí como el hijo mayor, que negó que habría de ir a la obra,

y enmendado por la penitencia partió de nuevo hacia allá? Sin embargo, Israel no se arrepintió, sino que puso sus manos sobre el Señor, y su totalidad crucificó a su Dios con boca impía. ¿Pero a quién sentiremos como el menor, que prometió que habría de ir, y no fue? Pero el pueblo de las naciones y de los pecadores realizó lo que prometió. Pues fue, y salió para la obra a la que era llamado: ¿cómo pues se sentirá que es aquel que no fue?

12. Otra dificultad, quién es el menor obediente. — Luego debe preguntarse qué momento tenga la misma respuesta de los fariseos, por la cual dicen que el menor obedeció a la voluntad. La razón de las cosas no permite esto, que una profesión simulada obtenga el mérito de la verdad perfecta; que sea más haber engañado al que promete, que haber perfeccionado todo el que no promete. ¿Pero quién no preferiría que se le niegue lo que pida, con tal de que se haga lo que pidió, a que no se haga lo que se prometa que se haga; cuando el efecto del hecho es más grato desde la desesperación, pero la esperanza destituida duele más? A no ser que tal vez la voluntad de los que piden se adule a sí misma con la sola adulación de los que prometen.

13. El primer hijo, los que de los fariseos creyeron. — Debe recordarse, por tanto, que la proposición de esta comparación desciende de aquel discurso que se inició sobre Juan, para que reprendiera la vacilación de la infidelidad, y por ella la necesidad del silencio con un ejemplo puesto de este tipo. Pero como hemos amonestado en lo demás, también aquí nos conviene

recordar que a la razón de las cosas presentes le falta a veces algo bajo esa condición, para que la especie de las cosas futuras se complete sin algún daño de la eficiencia prefigurada. El primero es el hijo, el pueblo de los fariseos amonestado al presente por Dios por la profecía de Juan para que obedeciera sus preceptos. Este fue insolente e inobediente y contumaz ante los dichos presentes, teniendo confianza en la ley, y despreciando la penitencia de los pecados por la gloria de la prerrogativa de la nobleza de Abrahán: el cual posteriormente, arrepintiéndose por los milagros de las obras tras la resurrección del Señor, creyó bajo los apóstoles, regresando por la fe del hecho a la voluntad de la operación evangélica, confesó por la penitencia la culpa de su anterior insolencia.

14. El hijo menor, los publicanos y los pecadores. — El hijo menor, empero, es el pueblo de los publicanos y pecadores, posterior en la misma condición de pecado en la que entonces permanecía, a quien se le mandó por Juan que esperara la salvación de Cristo, y bautizado por él creyó. Pero lo que dice, que prometió que iría, y no fue; muestra que ciertamente creyó a Juan, pero porque no pudo recibir la doctrina evangélica sino tras la pasión del Señor por los apóstoles (pues entonces debían realizarse los sacramentos de la salvación humana); significa que no fue. Finalmente, no dice que no quiso, sino que no fue. La cosa está fuera de la culpa de la infidelidad, porque estaba en la dificultad del hecho que no se hiciera. No quiso, por tanto, no ir inmediatamente

te a la obra que se le mandó; sino que porque no pudo ir, no fue. Pues en ello se muestra la demora de la necesidad sin el crimen de la voluntad.

15. Cómo estos fueron obedientes. — Y en la respuesta ciertamente de los fariseos hay una cierta necesidad de la profecía. Pues aunque no quieran, confiesan quién obedeció a la voluntad, a saber, el hijo menor, obediente en la profesión, aunque no realizándolo en el tiempo; porque la sola fe justifica. Y por eso los publicanos y las meretrices estarán antes en el reino (Ibíd. 31), porque creyeron a Juan, y bautizados para la remisión de los pecados confesaron el advenimiento de Cristo, alabaron las obras de las curaciones, aceptaron el sacramento de la pasión, reconocieron la virtud de la resurrección. Los príncipes de los sacerdotes, empero, y los fariseos viendo estas cosas, y despreciándolas, los cuales no fueron justificados por la fe, ni regresaron por la penitencia a la salvación: y por eso perpetuamente el fruto de ellos se seca bajo aquella maldición que se preformaba en el árbol de la higuera.

CAPÍTULO XXII. De los viñadores que matan a los enviados a ellos para reclamar los frutos, de los invitados promiscuos y del vestido nupcial. 1. Dios es el padre de familia. La viña, los israelitas. Los lagares, los profetas. — Oíd otra parábola. Había un hombre padre de familia, y plantó una viña, y la rodeó de un seto, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y lo demás (Ibíd. 33). Toda la cuestión está en lo absoluto. Pues incluso los mismos príncipes de los sacerdotes y los fariseos, entendiendo que estas cosas se decían de ellos,

se encendieron en ira. Pero deben presentarse la propiedad de las personas y las comparaciones de las cosas. Aquí entendemos por padre de familia a Dios Padre, que plantó al pueblo de Israel para el rendimiento de los mejores frutos, y que los incluyó con la santificación del nombre paterno, esto es, con la nobleza de Abrahán e Isaac y Jacob dentro de sus confines, como con algún seto de custodia peculiar; también adaptó a los profetas como ciertos lagares, en los cuales fluyera a modo de mosto una cierta abundancia del Espíritu Santo ferviente: en la torre, empero, construyó la eminencia de la ley, que también los elevara al cielo habiendo salido del suelo, y desde la cual pudiera divisarse el advenimiento de Cristo. En los colonos, empero, está la especie de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, a quienes se les permitió la potestad de la doctrina sobre el pueblo.

2. Los siervos enviados. El Hijo muerto. La esperanza del crimen. El regreso del padre de familia. La piedra angular. — En los siervos, empero, que fueron enviados para percibir los frutos (v. 34), está el variado y a menudo repetido progreso de los profetas. Los enviados, empero, de nuevo más que los primeros (v. 36), es aquel tiempo en el cual, tras la predicación de cada uno, fue emitido un número pluralísimo de los que profetizaban en uno solo; los cuales en varios tiempos fueron azotados y lapidados y muertos, reclamando los frutos del pueblo instituido y enseñado. En el Hijo, empero, enviado al último (v. 37), está tanto el advenimiento como la pasión de

nuestro Señor: el cual fuera de Jerusalén, como fuera de la viña, fue arrojado a la sentencia de condenación. El consejo, empero, de los colonos y la presunción de la herencia muerto el heredero (v. 38), es la esperanza vana de que la gloria de la ley pueda ser retenida, muerto Cristo. En el regreso del padre de familia (v. 40), está la gloria en el Hijo de la majestad paterna asistiendo en el tiempo del juicio. En la respuesta, empero, de los mismos príncipes y fariseos, se devuelve más dignamente a los apóstoles la herencia de la ley. Pero este hijo es la piedra reprobada por los que edifican, y erigida en el remate de la angular, y admirable a los ojos de todos, y la conjunción de ambos lados y del edificio entre la ley y las naciones.

3. Qué es la boda: por qué hecha por el Padre. — Semejante es el reino de los cielos a un hombre rey, que hizo bodas a su hijo, y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, etc. (Mat. XXII, 2). Y esta parábola ciertamente debe distinguirse por los tiempos, y discernirse por las personas. Y sobre la persona del rey y del hijo la inteligencia es absoluta. Que el padre, empero, haya hecho bodas al hijo, y así haya invitado, es una razón nueva. Pues hacer bodas es tanto del autor como del tiempo de las bodas. Pero aquí las bodas son el sacramento de la vida celestial y de la gloria eterna que ha de ser recibida en la resurrección. Merecidamente, por tanto, fueron hechas por el Padre; porque la sociedad de esta eternidad, y la conjunción desposada del nuevo cuerpo, se tenía ya perfecta en Cristo. Y en este

lugar ciertamente amonestaremos así, para que, como en el lugar superior (cap. XIX, n. 2) donde se trató de la condición del repudio, se contemplen diligentemente las cosas que se significaron sobre la razón de la resurrección, y aquello que se dijo bajo la persona de Adán a Eva, porque es un gran sacramento, no se deje con descuido (Efes. 5, 32).

4. Quiénes son los enviados para invitar. — Los que son amonestados para que vengan (Mat. XXII, 3), invitados antes, es el pueblo de Israel: pues fue convocado a la gloria de la eternidad por la ley. Los siervos enviados, para que llamaran a los invitados, son los apóstoles: pues era propio de ellos recordar a aquellos a quienes los profetas habían invitado. Los que son enviados de nuevo con la condición de los preceptos, son varones apostólicos y sucesores de los apóstoles. Los toros cebados, empero, son la gloriosa especie de los mártires, que fueron inmolados para la confesión de Dios, como hostia electa. Los (animales) cebados, empero, son hombres espirituales, alimentados como con pan celestial para emprender el vuelo como aves, que habrían de saciar a los demás con la abundancia del alimento recibido. Pues preparados ya todos estos, y recogidos en el número de la multitud complaciente a Dios, se anuncia la gloria del reino celestial como unas bodas.

5. Cómo fueron recibidos y cómo han de ser castigados. — Pero también despreciaron la amonestación de ellos, de modo que algunos de ellos se ocuparan en la ambición del siglo como

en un campo: pero más fueran detenidos por la codicia del dinero en el negocio (Ibíd. 5). Los demás, empero, mataron a los siervos enviados, lo cual se cumplió en los mismos apóstoles, afectados por injurias (v. 6). Pero al crimen de un hecho tan inmenso le sigue una venganza digna. Los ejércitos celestiales enviados quemarán toda la congregación de ellos por el juicio de Dios, y la encenderán con las llamas del fuego eterno (v. 7); porque contra el afecto de la humanidad, ensañaron con los odios de los homicidas.

6. Vocación de las naciones. La vocación hace buenos a los hombres en cuanto depende de ella misma. — Puesto que verdaderamente habla del tiempo del juicio y de la resurrección, refirió el mismo discurso a la congregación de las naciones. Pues hallados indignos aquellos que primero habían sido invitados, manda que se vaya a las salidas de los caminos (v. 9). Pues por el don de la gracia, se omiten los crímenes de la vida anterior. Pues muy a menudo hemos advertido que el camino debe entenderse como el tiempo del siglo. Y por eso se manda ir a las salidas de los caminos; porque a todos se les perdona lo retroactivo. Manda luego llamar a todos sin alguna excepción a las bodas, y vienen los malos junto con los buenos (v. 10). La vocación ciertamente debió haber hecho buenos a los hombres, porque es santa, y partió del óptimo afecto del que invita: pero por el vicio de la voluntad no enmendada hay un discernimiento de los llamados.

7. No es de todos conocer a los malos. — Y porque en el engaño a los hombres suele tener

mucho de arte la simulación, la cual si nos engañara a nosotros o por el secreto de la mente ajena, o por la simplicidad de nuestro juicio, sin embargo no puede estar oculta a Dios: por eso entrando Dios en el coro de aquella feliz resurrección, y viendo a un hombre recostado sin vestido nupcial, interroga cómo ha entrado (v. 11). ¿Acaso había designado el hábito de los que debían ser invitados? Luego, cuando había mandado que fueran invitados cualesquiera; ¿cómo podía haber un solo vestido para todos? O si soliera haber un hábito cierto por la costumbre de los que festejan en las bodas: también por los que invitan y los ministros pudo haber sido impedido. Pero porque conocer a los malos no es de todos, y la simplicidad humana difícilmente entiende la fraudulencia de una mente simulada; por eso Dios solo encontró a este malo e indigno del coro nupcial. El vestido nupcial, empero, es la gloria del Espíritu Santo, y la blancura del hábito celestial: el cual recibido por la confesión de la buena interrogación, se reserve inmaculado e íntegro hasta en el coro del reino celestial. Este, pues, es quitado, y enviado a las tinieblas exteriores, porque muchos son llamados, y pocos escogidos (Ibíd. 13 y 14). No hay, por tanto, poquedad en los invitados, sino rareza en los escogidos: porque en el que invita hay una humanidad de bondad pública sin excepción; en los invitados, empero, hay una elección de probidad por el mérito del juicio.

CAPÍTULO XXIII.

Del tributo y la imagen del César, de la misma mujer de siete hermanos, de los mandatos máximos, del hijo de David.

1. Entonces se fueron los fariseos, y tomaron consejo para atraparle en su palabra, etc. (Mat. XXII, 15). Frecuentemente los fariseos se conmueven, y no pueden tener ocasión de acusarle por lo pasado: pues el vicio no podía caer en sus hechos y dichos. Pero por el afecto de la malicia se extienden a toda inquisición de encontrar una acusación. Pues de los vicios del siglo y de las supersticiones de las religiones humanas llamaba a todos a la esperanza del reino celestial. Por tanto, tintentan por la condición de la interrogación propuesta si violaría la potestad del siglo: a saber, si convendría devolver el tributo al César (v. 17). El cual conociendo los secretos internos de los pensamientos (pues Dios nada de lo que está escondido dentro de los hombres deja de observar), mandó que se le trajera un denario, y preguntó de quién era tanto la inscripción como la forma (v. 18 y 19). Los fariseos respondieron que era del César. A los cuales dijo: Que deben devolverse al César las cosas que son del César, pero a Dios las cosas que son de Dios (v. 20 y 21).

2. Libertad de las mentes dedicadas a un solo Dios. Qué debemos a Dios. — ¡Oh respuesta llena de milagro, y perfecta absolución del dicho celestial! De tal modo templó todo entre el desprecio del siglo y la contumelia de dañar al César, que absolvió de todos los cuidados y oficios humanos a las mentes devotas a Dios, cuando decreta que deben devolverse al César las cosas que fueran suyas. Pues si nada de lo suyo residiera en noso-

tros, no estaremos obligados por la condición de devolverle lo que es suyo. Por lo demás, si nos incubamos en sus cosas, si usamos el derecho de su potestad, y nos sometemos como mercenarios a la procuración de un patrimonio ajeno; fuera de la queja de injuria está que se devuelva al César lo que es del César, pero que nos conviene devolver a Dios las cosas que le son propias, el cuerpo, el alma, la voluntad. Pues de él retenemos estas cosas procedentes y aumentadas: y por tanto es condigno que se le devuelvan todo entero, a quien recuerdan que deben tanto el origen como el progreso.

3. En aquel día se acercaron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y lo demás (Ibíd. 23). Los saduceos están fuera de la fe de la resurrección. Y porque el Señor la predicaba, proponen una calumnia a las cosas divinas por la voluntad de realizarla, a saber, la misma cónyuge de siete hermanos, de quién de ellos habría de ser en la resurrección responde.

4. Autoridad de la Escritura. En qué forma resucite el sexo femenino. — Y así ciertamente la opinión pública acepta, que nada se contiene en las escrituras proféticas sobre las condiciones de la resurrección. Pero el Señor dice: “Erráis no sabiendo las Escrituras, ni la virtud de Dios” (Ibíd. 29). Por tanto está escrito; y debe cesar la ambigüedad, que tanta autoridad condena. Pues muchos suelen traer esta misma calumnia, ¿en qué forma resucite el sexo femenino, y si de nuevo se reforma con los mismos oficios de su naturaleza y cuerpo? Nosotros ciertamente toca-

mos temerariamente este lugar pasado por alto por casi todos: pero advertimos que esto solo fue propuesto al Señor, de quién sea mujer de los siete; pero que el Señor reprendió por qué erraban no sabiendo las Escrituras y la virtud de Dios, porque ni se casarán ni se darán en casamiento (v. 30). Y ciertamente había bastado contra los saduceos que así sentían, que la opinión del incentivo corpóreo hubiera decaído, y cesando los oficios se hubieran quitado estos vanos gozos de los cuerpos: pero añadió: “Serán semejantes a los ángeles de Dios”. Porque, por tanto, el sacramento de las Escrituras y la potestad de la virtud divina demuestra que serán semejantes a los ángeles; cual es en las Escrituras la autoridad de opinar sobre los ángeles, tal debe ser en la resurrección el sentido de nuestra esperanza sobre las mujeres. Y estas cosas ciertamente devolvió a la cuestión propuesta sobre las condiciones de la resurrección.

5. La verdad de la resurrección eterna desde la Ley. — Sobre la misma resurrección contra la infidelidad de ellos así habló: “¿No habéis leído lo que os fue dicho por Dios que dice: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; no es Dios de muertos, sino de vivos?” (Ibíd. 31 y 32). Pues este discurso a Moisés había existido cuando estos santos patriarcas ya hacía tiempo que descansaban. Por tanto, de quienes era Dios, estos tenían a Dios. Pero nada podían tener, si no eran; porque está en la naturaleza de la cosa, que sea necesario que exista aquello de lo cual es lo otro. And así, tener a Dios es de los vivos; siendo

Dios la eternidad, y no es propio de las cosas que están muertas, tener aquello que es eterno. ¿And cómo se negará que ellos son y que habrán de ser siempre, de quienes la eternidad profesa ser ella misma?

6. Los fariseos elatos por la ciencia de la ley. El oficio propio de Cristo. — Los fariseos, empero, oyendo que había impuesto silencio a los saduceos, se congregaron contra él, y le preguntó uno de ellos doctor de la ley, y lo demás (Ibíd. 34 y 35). Suceden los fariseos a los saduceos que tentaban. Y a aquellos ciertamente se les había respondido congruentemente sobre la resurrección, para que se convencieran de que en la ley misma, de la cual habían partido, se contenía la fe de la resurrección esperada. Los fariseos verdaderamente se gloriaban de tener la ciencia de la ley, la cual, antepuesta a la especie de las cosas futuras, contenía la imagen de la verdad que habría de seguir. Preguntan, empero, qué mandato era el más potente en la ley (v. 36): no contemplando que la meditación de la ley se había perfeccionado en Cristo. Y ciertamente para la ignorancia de los insolentes la respuesta fue de la palabra de la ley misma: cuya respuesta abrazó en sí toda la doctrina de la verdad. Pues el oficio propio de nuestro Señor Jesucristo es aportar el conocimiento de Dios, y prestar el entendimiento de su nombre y potestad (V. lib. II de Trin. n. 22). Pues había venido enviado, y deducido de la eternidad, desempeñaba las cosas que eran gratas a Dios. Respondió, pues, que el primer mandato es: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y

con toda tu alma, y con toda tu mente” (v. 37). Pues él no realizaba otra cosa que la que la ley contenía; porque los preceptos de la ley abrazaban la forma de las cosas que él mismo habría de hacer. Amonesta, por tanto, de su conocimiento, que gloriaban tener en la ley, que Dios omnipotente debe ser amado con todo afecto de la mente, del corazón, del alma, para que los mandatos de la ley antepuestos afirmaran su amonestación.

7. Bajo el nombre de prójimo se manda amar a Cristo. — Luego añadió: “Este es el grande y primer mandato. El segundo empero es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Ibíd. 38 y 39). Pero el mandato siguiente y semejante significa que es lo mismo tanto de oficio como de mérito en ambos (así cap. 4, n. 7, lo mismo de pena). Pues ni el amor de Dios sin Cristo, ni el de Cristo sin Dios puede ser útil. Por tanto, el uno sin el otro ningún provecho aporta a nuestra salvación. Y por eso en estos dos mandatos pende toda la ley y los profetas (v. 40); porque toda la ley y los profetas se imputaban al advenimiento de Cristo, y su advenimiento por el suplemento de ellos prestaba el entendimiento de conocer a Dios. Pues sobre el prójimo frecuentemente hemos advertido que no debe entenderse otro que Cristo. Puesto que se nos prohíbe anteponer el padre, la madre, los hijos a la caridad de Dios, ¿cómo la dilección del prójimo es un mandato semejante a amar a Dios? ¿O se dejará algo que pueda igualarse al amor de Dios? sino porque la semejanza del precepto exigía igual caridad de amar al Padre y al Hijo.

8. Cristo, que es el hijo de David según la carne, es el Señor de David. — Y para que pudieran ser argüidos con las palabras de la ley misma, y se abriera un entendimiento más manifiesto sobre el prójimo; pregunta qué les parecía a ellos Cristo, de quién habría de ser hijo. Respondieron: de David. A quienes dijo cómo era llamado Señor por David en el espíritu, siendo que habría de ser su hijo; y cómo había sido dicho por él: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies” (Ibíd. 42-44). Era ciertamente verdad que Cristo debía ser procreado de la semilla de David: pero la semejanza del nombre, por la cual el Señor decía al Señor, y por la cual lo colocaba a la derecha, hasta que sometiera a todos los enemigos bajo sus pies, significaba tanto la unidad de sustancia por el consorcio del nombre, como el juicio por la invitación a sentarse juntos, y la virtud por la sujeción de todos; para que recordaran que en aquel que nacía de David se contenía la sustancia de la virtud y potestad y origen eternos, y que Dios habría de permanecer en el hombre.

CAPÍTULO XXIV. Sobre la cátedra de Moisés sobre la cual se sentaron los escribas y fariseos, sobre el reino de los cielos cerrado por los mismos, y por los mismos se devoran las casas de las viudas, rodeando el mar y la tierra seca, y diciendo: “Cualquiera que jurare por el templo, nada es”, y diezmando la menta y el eneldo, y edificando los sepulcros de los profetas, y sobre Jerusalén que mata a los profetas, y apedrea a los que a ella son enviados.

1. Se encomienda la doctrina de la Ley. La iniquidad, ignorancia y soberbia de los fariseos. — Entonces Jesús habló a las turbas y a sus discípulos, diciendo: “Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos”, y lo demás (Mat. XXIII, 1 y 2). Antepuso la gloria de la Ley que testifica de él, la cual había expresado en sí la imagen de la verdad futura. Pues en todas las cosas meditaba el advenimiento de Cristo. Pues todo lo que en ella se contenía, fue asumido para el provecho de manifestar su conocimiento. Manda, por tanto, obedecer los preceptos de los fariseos, porque se sentaron en la cátedra de Moisés: manda obedecer todos los mandatos de la ley, pero abstenerse de los hechos y obras de ellos; para que se eviten las costumbres de los hombres y la infidelidad, no la doctrina de la ley. Pues ellos imponen pesadísimas cargas de la ley al pueblo que les está sujeto, no moviendo ni siquiera su dedo para tocarlas (Ibíd. 4). Es más, prescriben que el Señor sea amado de todo corazón, y el prójimo sea amado como a uno mismo, ellos mismos, contra el testimonio de la ley que les fue dada, persiguiendo a Dios en las pasiones de Cristo. También dilatando la gloria de sus palabras como filacterias (v. 5), por las cuales Dios, autor de la vida eterna, no fue entendido en Cristo, y se magnifican como orlas del vestido, emitidos desde el honor de la ley, quienes, ignorantes de toda la ley, no reconocieron ni las obras ni la virtud de esa misma ley: amando los primeros puestos en los convites, los cuales son destinados al fuego eterno (convidando más bien con las

naciones que banquetean con Abrahán): y las primeras cátedras en las sinagogas, desconociendo ellos mismos a su doctor según los testimonios de la ley y de los profetas (v. 6): pero también los saludos en el foro, por los cuales se mandó la humildad del corazón y el ministerio para con todos. También quieren ser llamados por los hombres maestros (v. 7), siendo ignorantes de la doctrina de la ley, y rechazando al maestro de la salvación perpetua. Porque todas estas cosas eran profanas y perversas, son condenadas por la imitación de sus hechos. Se exige, empero, la audición de la ley y la obediencia de los dichos, porque hablaban de Cristo.

2. Preceptos de caridad y de humildad. — Pero, por el contrario, para los discípulos que ya se conocen a sí mismos, consuma los preceptos de toda humildad, para que recuerden que todos son hermanos, esto es, hijos de un solo padre, y que por la generación del nuevo nacimiento han excedido los primordios del origen terreno, y que para todos ellos hay un solo maestro de la doctrina celestial, y que la gloria del honor eterno debe alcanzarse por la conciencia de la humildad; porque Dios ha de hacer humilde la insolencia, y ha de elevar la humildad a la gloria (Ibíd. 8-12).

3. Los fariseos, al rechazar a Cristo, cierran el cielo. — ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos! (v. 13). Condena su simulación con la significación de la pena. Pues “Ay” es la voz del que se duele. Dice, empero, que ellos cierran el reino de los cielos por eso, porque en la ley ocultan la meditación

de aquella verdad que está en Cristo, y esconden con la simulación de la doctrina el advenimiento corporal predicado por los profetas; y no entrando ellos mismos por el camino de la eternidad en Cristo, no permiten que los demás también entren.

4. Los que se imponen a otros. — ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas! (v. 14). De aquí proceden aquellas negaciones de la verdad, de aquí la inhibición de la salvación que los otros deben alcanzar, y el cerramiento del reino celestial, para que en el visitar las casas de las viudas se retenga la ambición, para que sean despojadas por la dignidad de la larga oración, para que de estas se busque el conocimiento celestial como de un tesoro de opulencia depositada, para que la dignidad de la ley persevere en el silencio de la gracia. Y por eso recibirán un juicio más amplio, porque deberán tanto la pena del propio pecado, como el reato de la ignorancia ajena.

5. El odio de ellos hacia el Evangelio. Los que deben ser castigados con doble pena. — ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que rodeáis el mar y la tierra! (v. 15). Por el recorrido del mar y de la tierra significa que en todos los confines del orbe ellos han de ser detractores del Evangelio de Cristo, y han de someter a algunos al yugo de la ley contra la justificación de la fe: pues los prosélitos son los recibidos en la Sinagoga de entre las naciones. La rareza de los que habrían de serlo se indica en uno solo: pues ni después de la predicación de Cristo quedó fe en la doctrina

de ellos. Pero cualquiera que haya sido adquirido para el pueblo, se hace hijo de la Gehena, prole de la pena, y herencia del juicio eterno: porque la adopción de entre las naciones habría de formar la familia de Abrahán. Por esto, empero, será hijo de una pena duplicada, porque ni ha conseguido la remisión de los pecados de los gentiles, y ha seguido la sociedad de aquellos que persiguieron a Cristo.

6. La ley es forma de las cosas futuras, es sede y trono de Cristo. Por qué es inútil al advenir Cristo. — ¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: “Cualquiera que jurare por el templo, nada es” (Ibíd. 16). Reprocha la reverencia de las observaciones humanas, y la contumelia de la tradición profética, porque daban honor a cosas vanas, y detraían de las que deben ser honradas. Pues él mismo había dado la ley, y la ley no contenía la eficiencia, sino que meditaba los efectos. Pues el ornato del altar y del templo no conciliaba la dignidad por el culto, sino que configuraba la especie de las cosas futuras por el decoro. Pues el oro, la plata, el bronce, el auricalco, las margaritas, el cristal abrazan su propia significancia según la naturaleza de cada metal. Por tanto, redarguye que veneraran el oro del templo y los dones del altar por la religión de los sacramentos; siendo que el honor era más potente tanto del altar como del templo, porque tanto el oro para el templo como el don para el altar se dedicaba a la especie de las cosas futuras. Y por eso, al advenir Cristo, es inútil la confianza de la ley: porque no está Cristo en la ley, sino que la ley sería santificada en

Cristo, en la cual se le ha puesto como una sede y trono. La cual, porque se tiene por religiosa, es necesario que haya recibido la religión de aquel que se sienta en ella: y así son necios y ciegos, santificando lo pasado, venerando las cosas santificadas (v. 17).

7. Las obras externas, aunque no deban omitirse, deben sin embargo posponerse a las virtudes internas. — ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis la menta y el eneldo, y toda hortaliza, y lo demás (Ibíd. 23). Reprocha lo oculto de la mente y la oscura iniquidad de las voluntades: que realizan aquellas cosas que la ley prescribe en los diezmos de la menta y del eneldo, para que los hombres piensen que cumplen la ley; pero han dejado la misericordia y la justicia y la fe y todo afecto de benevolencia, que es el oficio propio del hombre. Porque aquella decimación de la hortaliza, que era útil para la preformación de las cosas futuras, no debía omitirse: pero convenía realizar esto, que desempeñadas las partes de la fe y de la justicia y de la misericordia, agradáramos con obras de una voluntad que debe retenerse en la verdad, no finirse en la imitación. Y porque habría menos de expiación en pasar por alto la decimación de la hortaliza antes que el oficio de la benevolencia; se burla de la diligencia de ellos en colar los mosquitos, cuya incuria estaría en tragar los camellos, evitando a saber los pecados leves, y devorando los graves (v. 24). Igual es también la denuncia de la pena contra aquellos que, lavando por fuera los cálices y los platos, no limpian su interior (v.

25): y siguiendo la jactancia de un estudio inútil, abandonan el ministerio de la utilidad perfecta. Pues el uso del cáliz es interior: el cual, si se ensucia, ¿qué aprovechará lavado por fuera? Y por eso debe obtenerse el nitor de la conciencia interior, para que aquellas cosas que son del cuerpo se laven por fuera (v. 26). También los comparó con los sepulcros, que resplandecientes por el trabajo y el cuidado humano, se ensucian interiormente con los huesos de los muertos y las inmundicias de los cadáveres (v. 27): prefieren a saber la belleza de la justicia con palabras vanas, pero tienen dentro de sí el hedor de su propia conciencia y mente.

8. Los judíos no ignoran que los profetas fueron asesinados por odio a la verdad. — ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas, y lo demás (v. 29). La forma del juicio es absoluta, y a cada uno de nosotros por la naturaleza del sentido y la opinión de la equidad se nos impone: de modo que menos perdón deba tener la obra de iniquidad, cuanto más la equidad no fue ignorada. Pues el pueblo de la ley mató a todos los profetas. Pues se encendieron en odio hacia ellos, por la amargura de la reprensión: pues con voz pública coargüían sus hurtos, muertes, adulterios, sacrilegios. Y porque los denunciaban indignos del reino celestial por estas obras, y predicaban que las naciones habrían de ser las herederas del testamento de Dios; fueron ultimados con varios géneros de castigos. Pero la posteridad detestó tanto los hechos de sus padres, que venera los libros de la profecía,

adorna las memorias, restaura los sepulcros: y con tal reverencia testifica que está fuera de la culpa del crimen paterno.

9. Tanto más son culpables de la muerte de Cristo, que es la obra de los profetas. Los elogios de los Apóstoles. — Aquellos, por tanto, que confiesan que los profetas fueron asesinados con gravísimo pecado, ¿con qué perdón condenarán a Cristo, que es la obra de los profetas; siendo que perfeccionan aquellas cosas que detestan, incluso con un crimen multiplicado? Y por eso son tanto serpientes como generación de víboras, porque cumplirán la medida de la voluntad paterna (v. 33). ¿And cómo huirán del juicio, detestando la muerte de los profetas, y persiguiendo al Señor de ellos hasta la muerte de cruz? Por los cuales a causa de los apóstoles, que por la revelación de las cosas futuras son profetas, sabios por el conocimiento de Cristo, escribas por el entendimiento de la ley, azotados, apedreados, crucificados, y huidos de ciudades en ciudades, toda la sangre de los justos desde Abel hasta Zacarías ha redundado (Ibíd. 34 y 35): para que a quienes, si se les hubiera obedecido, se les habría de prestar el perdón de los propios crímenes, por estos mismos asesinados se amontonara la pena en ellos, que los mataron, también de los crímenes paternos.

10. El afecto de Cristo hacia los judíos. — Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que a ti han sido enviados, etc. (v. 37). Entre muchos géneros de reprensiones siempre protesta el afecto de su misericordia: de

la cual de aquí procede toda la queja, de que rehusaran regresar a la salvación que él prestaba. Pues Jerusalén había matado a los profetas, y había apedreado a los enviados a ella. En la mención de la ciudad, se muestra el crimen de los habitantes. Y por eso se muestra que la sangre de Abel y de Zacarías ha de venir sobre esta posteridad de ellos: porque ya Cristo habitando en estos y predicando había padecido. Que si se hubiera creído en él; no solo fuera de la pena de la muerte de los profetas estaría la fe de los creyentes, sino que incluso aquella misma sentencia de la pasión del Señor habría conseguido el perdón. Pero verdaderamente cuando ni después de la resurrección se creyó en él; también la venganza de la sangre de estos, Abel y Zacarías, les será reclamada.

4. Por qué el fin de los tiempos no está definido. — Respecto al fin de los tiempos, él quitó la preocupación de nuestra ansiedad, diciendo que aquel día no es conocido por nadie, y desconocido no solo para los ángeles, sino incluso para él mismo (Ibid. 36). ¡Oh inestimable misericordia de la bondad divina! ¿Acaso Dios Padre negó el conocimiento del día con el propósito de ocultárselo al Hijo, cuando por él mismo fue dicho: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre" (Matth. XI, 27)? Por tanto, no son "todas las cosas" si hay algo que se niega. Pero porque él nos traería todas las cosas recibidas del Padre, y el Verbo de Dios no contiene en sí tanto la fe del futuro como del hecho; por eso el día fue puesto fuera de definición, para que aunque Dios nos conceda un generoso tiempo para la penitencia,

sin embargo, mediante el temor de la incertidumbre nos mantuviera siempre solícitos; y él mismo, al no comunicar a nadie su voluntad de otorgar este día, no fuera cohibido por ninguna definición de su propia palabra, porque según el tiempo del diluvio, obrando y padeciendo todos en el curso mismo de nuestra vida, aquel gran día se presentará (Matth. XXIV, 38).

5. Distinción de los fieles y los infieles. De los judíos creyentes y los que no han de creer, de los herejes y los católicos. — Además, él muestra que habrá una distinción en la asunción de los fieles, cuando de dos puestos en el campo, uno es asumido y el otro es dejado; y de dos que muelen, una es reprobada y la otra es elegida; y de dos que estarán en el lecho, uno se adhiere y el otro es desamparado. Pues enseña la distinción de los infieles y los fieles en el dejar a unos y el asumir a otros. Pues al agravarse la ira de Dios, los santos (como dice el profeta) serán escondidos en los depósitos; pero los pérfidos serán dejados como materia para el fuego celestial (Matth. III, 12). Por tanto, el día del Señor encontrará a dos en el campo, dos pueblos, de fieles y de infieles, en el siglo como en la obra de esta vida; sin embargo, serán separados, siendo uno dejado y otro asumido. Respecto a las que muelen, hay también una razón similar. La piedra de molino (*mola*) es la obra de la ley. Pero porque una parte de los judíos creyó por los apóstoles, así por medio de Elías han de creer y ser justificados por la fe: por eso una, por la misma fe de la buena obra, será aprehendida, pero la otra será dejada en la infruc-

tuosa obra de la ley, moliendo en vano, y no para hacer el pan del alimento celestial. Además, hay dos en el lecho, predicando el mismo descanso de la pasión del Señor: acerca del cual hay la misma y una sola confesión tanto de los herejes como de los católicos. Pero porque la verdad de los católicos predicará la unidad del Padre y del Hijo, y su común deidad (*theotes*), que llamamos deitas, y la falsedad de los herejes la impugnará de nuevo con muchísimas injurias; por eso, de los dos en el lecho, uno será dejado y otro asumido: porque el juicio del arbitrio divino aprobará la fe de la confesión de ambos al asumir a uno y dejar al otro.

6. Necesidad de vigilancia. — Y para que supiéramos que aquella ignorancia del día, silenciada para todos, no carece de una razón de útil silencio; nos amonestó a vigilar por la llegada del ladrón, y a permanecer, ocupados en la asiduidad de las oraciones, adheridos a todas las obras de sus preceptos (Matth. XXIV, 43). Pues muestra que el ladrón es el diablo, siempre vigilante para arrebatarlos los despojos, y que acecha las casas de nuestros cuerpos para que, estando nosotros descuidados y entregados al sueño, las perfore con los dardos de sus consejos e incentivos. Conviene pues que estemos preparados: porque la ignorancia del día excite una atenta solicitud de expectación suspendida.

CAPÍTULO XXVII.

Acerca del siervo fiel a quien el señor constituyó sobre su familia, acerca de las diez vírgenes, acerca del hombre partido al extranjero, que entregó su hacienda a sus siervos.

1. Especialmente los que están al frente deben vigilar. La obra y recompensa del líder diligente. — "¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien el Señor constituyó sobre su familia?" etc. (Matth. XXIV, 45). Aunque en común nos exhorta al incansable cuidado de la vigilancia; sin embargo, manda una especial solicitud a los príncipes del pueblo, esto es, a los obispos, en la expectativa y venida de sí mismo. Pues significa que este siervo fiel y prudente es el puesto al frente de la familia, que cuida de las ventajas y utilidades del pueblo que le ha sido encomendado. El cual, si oyera la palabra y fuera obediente a los preceptos, esto es, si mediante la oportunidad y la verdad de la doctrina confirma a los débiles, consolida lo roto, convierte lo depravado, y dispensa el verbo de vida como alimento de eternidad para alimentar a la familia, y es hallado haciendo estas cosas y permaneciendo en ellas; alcanzará la gloria del Señor como dispensador fiel y administrador útil, y será constituido sobre todos los bienes, esto es, será colocado en la gloria de Dios, porque no hay nada más allá que sea mejor (v. 47).

2. Los vicios y la venganza del negligente. — Pero si, contemplando la larga paciencia de Dios, que se extiende para el provecho de la salvación humana, se ensoberbece contra sus consiervos, y se entrega a los males y vicios del siglo, ejerciendo el cuidado solo de las cosas presentes en el culto del vientre: el Señor llegará en un día desesperado, y lo dividirá de los bienes que había prometido, y asignará su porción con los hipócritas en la eternidad de la pena, porque desesperó de la ve-

nida, porque no obedeció a los mandatos, porque estudió las cosas presentes, porque vivió la vida de las naciones, porque por la desesperación del juicio vejó a la familia que le fue encomendada con hambre, sed y muerte (Ibid. 48-51).

3. Por qué Moisés recibió el Decálogo en dos tablas. — "Entonces se asemejará el reino de los cielos a diez vírgenes", y lo demás (Matth. XXV, 1). De lo dicho anteriormente puede entenderse también la razón de este discurso. Pues todo el discurso es acerca del gran día del Señor, en el cual lo oculto de los pensamientos humanos será manifestado por el conocimiento del juicio divino, y la verdadera fe del Dios esperado alcanzará el mérito de una esperanza no ambigua. Pues absolutamente en las cinco prudentes y en las cinco necias, se ha establecido la división de los fieles y los infieles: por cuyo ejemplo Moisés había recibido diez palabras escritas en dos tablas. Pues era necesario que todas aquellas cosas se escribieran en ambas: y la doble página, entre la propiedad de la derecha y la izquierda, señalaba la división de los buenos y los malos bajo un solo testamento, aunque fuera uno.

4. Breve y agudo comentario de la parábola de las vírgenes. — El esposo (*sponsus*) y la esposa, nuestro Señor es Dios en el cuerpo. Pues así como el Espíritu es para la carne (suple, el esposo), así para el Espíritu la carne es la esposa. Finalmente, al despertar la trompeta, se sale al encuentro solo del esposo; pues ya ambos eran uno; porque la humildad de la carne había pasado a la gloria espiritual. Pero en el primer progreso, por los

oficios de esta vida, somos preparados para correr hacia la resurrección que es de entre los muertos. Las lámparas, por tanto, son la luz de las almas resplandecientes, que brillaron por el sacramento del bautismo. El aceite es el fruto de la buena obra. Los vasos son los cuerpos humanos, dentro de cuyas entrañas debe esconderse el tesoro de la buena conciencia. Los vendedores son estos que, necesitando la misericordia de los fieles, devuelven de sí mismos el comercio pedido, a saber, mediante la saciedad de su necesidad, vendiendo la conciencia de nuestra buena obra. Pues esta es la copiosa materia de la luz incansable, que debe ser comprada y guardada por los frutos de la misericordia. Las bodas son la asunción de la inmortalidad, y la conjunción por una nueva sociedad entre la corrupción e incorrupción. La demora del esposo es el tiempo de la penitencia. El sueño de los que esperan es el descanso de los creyentes, y en el tiempo de la penitencia la muerte temporal de todos. El clamor a media noche, ignorándolo todos, es la voz de la trompeta, que precede a la llegada del Señor, y que despierta a todos para que salgan al encuentro del esposo. La toma de las lámparas es el regreso de las almas a los cuerpos: y su luz es la conciencia de la buena obra resplandeciendo, que se contiene en los vasos de los cuerpos.

5. En la venida de Cristo a nadie ayudarán los méritos ajenos. Ya no hay tiempo de penitencia. — Estas son las vírgenes prudentes, que, habiendo abrazado el tiempo oportuno de obrar en sus cuerpos, se prepararon para el primer encuentro

de la llegada del Señor. Pero las necias, que, disolutas y negligentes, tuvieron preocupación solo de las cosas presentes; y olvidadas de las promesas de Dios, no se extendieron a ninguna esperanza de resurrección. ¿Y porque no pueden las necias salir al encuentro con las lámparas apagadas? suplican a las que eran prudentes que les presten aceite (v. 8). A las cuales respondieron que no podían dárselo, porque tal vez no hubiera suficiente para todas (v. 9): a saber, que nadie ha de ser ayudado por las obras y méritos ajenos, porque es necesario que cada uno compre aceite para su propia lámpara. A las cuales exhortan a que regresen a comprar: si es que, aunque tarde, obedeciendo a los preceptos de Dios, se hicieran dignas del encuentro del esposo con la luz de las lámparas. Mientras ellas se demoraban, el esposo entró; y junto con él entran a las bodas las sabias, que estaban cubiertas por la luz preparada de sus lámparas, esto es, caminan hacia la gloria celestial bajo la misma e inmediata llegada de la claridad (*claritas*) dominical (v. 10). Y porque ya no hay tiempo para la penitencia, las necias acuden corriendo, ruegan que se les abra la entrada. A las cuales el esposo les responde: "no os conozco" (v. 12). Pues no habían estado presentes en el oficio del que llegaba, ni habían acudido a la voz de la trompeta que despertaba, ni se habían adherido al séquito de los que entraban: sino que, demorándose y siendo indignas, habían perdido el tiempo de entrar a las bodas.

6. Talentos distribuidos según la medida de la fe. — "Pues como un hombre que parte al

extranjero, llamó a sus siervos, y les entregó su hacienda", y lo demás (v. 14). La división del dinero es desigual: pero la diversidad no ha de referirse al que divide; pues dice que cada uno recibió según su propia virtud. Por tanto, recibió cada uno en la medida en que era capaz: y está fuera del arbitrio del que modera lo que estaba en el derecho del que recibe. Significa que él mismo es el padre de familia. El tiempo de tal peregrinaje es el espacio para la penitencia: en el cual, sentado en los cielos a la derecha de Dios, otorgó a todo el género humano el poder de la fe y de la obra evangélica. Así pues, cada uno recibió según la medida (*mensura*) de su fe un talento, esto es, la predicación del Evangelio del que predica. Pues esta es la sustancia (*substantia*) incorrupta, este es el patrimonio de Cristo reservado para los herederos eternos.

7. Al que cinco talentos. — Pero aquel siervo que recibió cinco talentos (v. 20) es el pueblo de los creyentes procedentes de la Ley: partiendo de la cual, duplicó su mérito por la operación de la fe evangélica rectamente y bien desempeñada. Pero en la rendición de cuentas está el examen del juicio, por el cual se exige el uso de la palabra celestial y el rédito del talento dispensado. Así pues, aquel a quien le habían sido encomendados cinco, habiendo regresado el Señor, de cinco ofreció diez: tal, a saber, fue hallado en la fe como en la Ley, el cual cumplió la obediencia de los preceptos de las diez palabras en los cinco libros de Moisés mediante la gracia de la justificación evangélica. Por tanto, se le ordena entrar en el

gozo del Señor, esto es, es recibido en el honor de la gloria de Cristo (v. 21).

8. Al que dos. — Pero aquel siervo a quien le fueron encomendados dos talentos (v. 22) es el pueblo de las naciones, justificado por la fe y confesión tanto del Hijo como del Padre, y habiendo confesado a nuestro Señor Jesucristo Dios y hombre tanto en el Espíritu como en la carne. Pues la fe está en el corazón, y la confesión en la boca. Estos son, pues, los dos talentos encomendados a este. Pero así como aquel anterior había conocido todo sacramento (*sacramentum*) en los cinco talentos, esto es, en la Ley, y duplicó aquello mismo por la fe del Evangelio: así este lo mereció por el incremento de dos talentos, y esto por la operación. Con razón y rédito desigual, sin embargo el don de ambos por parte del Señor es igual; para que conociéramos que la fe de las naciones se iguala al conocimiento de los creyentes procedentes de la Ley. Pues con la misma alabanza se le ordena entrar en el gozo del Señor (v. 23). Pues la duplicación del dinero recibido consiste en haber añadido la operación de la fe, y haber realizado con hechos y obras lo que habían creído por opinión.

9. Al que un talento. — El que recibió un talento y lo escondió en la tierra (v. 24), es el pueblo que persiste en la Ley, todo carnal y rudo, y que nada espiritual entiende, y en el cual no entra la virtud de la predicación evangélica, sino que, por la envidia de las naciones que han de ser salvadas, escondió en la tierra el talento recibido; ni usándolo él mismo, ni dispensándolo para que otros

lo usen, sino pensando que le basta la Ley para la salvación. Y por eso, cuando se le pide cuentas, dice así: "Te temí" (v. 25), como si por reverencia y temor a los antiguos preceptos, se abstuviera del uso de la libertad evangélica y dijera: "He aquí lo que es tuyo", como si hubiera permanecido en aquellas cosas que fueron mandadas por el Señor.

10. Qué es esconder en la tierra. — Pero esconder el talento en la tierra es esto: ocultar la gloria de la nueva predicación bajo el menosprecio de la pasión corporal. El cual, aunque no pueda negar que Cristo el Señor fue enviado para la salvación de las naciones (pues tanto su venida como su pasión son según la Ley), sin embargo él mismo no quiso obedecer a los Evangelios. Pues dice: "Sé que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste" (v. 24). La naturaleza de las cosas presentes no permite que haya cosecha sin semilla, y que se recoja lo que no fue esparcido: pero todo este discurso es espiritual. Pues hemos dicho que este pueblo es de la Ley, no ignorando la llegada del Señor y la salvación de las naciones; sino infiel: ya que sabe que allí han de segarse los frutos de la justicia, donde la Ley no ha sido sembrada, y recogerse de entre las naciones, que no han sido dispersadas de la estirpe de Abraham: y por eso este hombre es duro, a saber, habiendo de justificar sin la Ley, de recoger sin dispersión, y de segar sin siembra.

11. Cuánta es la culpa. Cuál es el castigo de esta culpa. — Y por tanto, esto será más sin perdón, por qué ocultó la predicación y enterró el talento encomendado a él, cuando sabía que el

Señor habría de segar sin semilla y de recoger lo que no había esparcido: sino que más bien debió darlo a los banqueros, esto es, a todo el género de los hombres que se ocupa en los negocios del siglo, comunicar el uso del talento acreditado a él, habiendo de reclamar el Señor el rédito de este de parte de cada uno. Por cuya culpa el talento se le quita, no tanto del Evangelio, que había enterado, sino de la Ley, y se le da al que duplicó los cinco, diciendo el Señor: "Porque a todo el que tiene se le dará, y abundará: pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará" (v. 29). En efecto, el que tiene puede abundar; porque es fácil que, por el incremento de la munificencia o del trabajo, el rico pueda enriquecerse: ¿pero cómo tendrá para su pérdida el que no tiene? Esto es por eso, porque a los que tienen el uso de los evangelios, también se les rinde el honor de la ley: pero al que no tiene la fe de Cristo, incluso el honor que parecía tener de la ley, se le quita.

CAPÍTULO XXVIII.

Acerca de la llegada del Hijo del Hombre viniendo en su majestad.

1. Distinción de los malos y los buenos en el juicio. — "Pero cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los ángeles con él", y lo demás (Matth. XXV, 31). Él mismo completa toda la razón de este discurso. Pues conmemora acerca del tiempo y la venida del juicio, en el cual separará a los fieles de los infieles, y discernirá lo fructuoso de lo infructuoso, a saber, los cabritos

de las ovejas, y colocando a cada uno a la derecha y a la izquierda, los establecerá en la sede digna de su bondad o de su malicia: indicando que él mismo está en sus pequeños, esto es, en aquellos que le sirven con la expectativa de su humildad, y que los hambrientos deben ser alimentados, y los sedientos recibir de beber, y los extranjeros ser acogidos, y los desnudos cubiertos, y los enfermos visitados, y los atribulados consolados (v. 40). Pues de tal manera se transfunde en los cuerpos y mentes de todos los fieles, que estos oficios de humanidad, realizados, o merecen su gracia, o negados, provocan su ofensa.

2. Después de este discurso, en el cual había mostrado que había de venir en el retorno de la claridad (*claritas*), ahora advierte que ha de padecer (Matth. XXVI, 1): para que reconocieran que el sacramento (*sacramentum*) de la cruz está mezclado con la gloria de la eternidad. Entre estas cosas, se toma el consejo de los judíos de matarlo: y congregados los príncipes de los sacerdotes, se espera la ocasión de tan gran crimen (v. 4).

CAPÍTULO XXIX.

Acerca de la mujer que se acercó a Jesús en casa de Simón el leproso teniendo un frasco de alabastro de ungüento precioso.

1. "Estando Jesús en Betania en casa de Simón el leproso, se acercó a él una mujer que tenía un frasco de alabastro de ungüento precioso", y lo demás (Matth. XXVI, 6 y 7). En el tiempo mismo de la pasión no es por nada que una mujer

derramara ungüento precioso sobre la cabeza del Señor mientras estaba recostado: luego que los discípulos se enojaran y dijeran que esto debió más bien venderse para uso de los pobres (v. 8 y 9): después que el Señor aprobara el hecho de la mujer, y prometiera que habría una memoria eterna de esta obra junto con la predicación del Evangelio: finalmente que tras esto Judas irrum-piera para vender su salvación.

2. La mujer que unge a Cristo, el pueblo de las naciones. El favor de los discípulos por Israel. Los pobres, los judíos que carecen de fe. — Esta mujer, en prefiguración, es el pueblo de las naciones, que en la pasión de Cristo rindió gloria a Dios. Pues ungió su cabeza: pero la cabeza de Cristo es Dios. Pues el ungüento es el fruto de la buena obra. Y por el cuidado del cuerpo, es sumamente grato al sexo de las mujeres. Así pues, transfundió todo el cuidado de su cuerpo, y todo el afecto de su preciosa mente, en el honor y alabanza de Dios. Pero los discípulos, como sucede muchas veces, se conmueven por el favor de salvar a Israel: diciendo que esto debió venderse para uso de los pobres. Pero esta mujer no traía consigo ungüento venal. Y por instinto profético llamaron pobres a los indigentes de fe. Y que esta fe de las naciones debió más bien comprarse para la salvación de este pueblo necesitado. A los cuales el Señor les dice, que hay muchísimo tiempo en el cual podrían tener cuidado de los pobres; por lo demás, la salvación no puede prestarse a las naciones sino por su precepto, las cuales con el ungüento de esta mujer derramado son sepulta-

das con él (v. 11 y 12): porque la regeneración no se restituye sino a los que han muerto juntos en la profesión del bautismo. Y por eso donde se predique este Evangelio, se narrará su obra (v. 13): porque al cesar Israel, la gloria del Evangelio se predica por la fe de las naciones. Por cuya emulación, encendido el profano Israel en la persona de Judas, se incita con todo el odio para extinguir el nombre del Señor.

CAPÍTULO XXX.

Acerca del primer día de los ácidos, en el cual los discípulos se acercaron a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?

1. Cuándo fue concedido el nombre de cristiano. — "El primer día de los ácidos los discípulos se acercaron a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?" y lo demás (Matth. XXVI, 17). Se les ordena a los discípulos ir a cierto hombre, y decirle que el Señor deseaba celebrar la pascua con él junto con los discípulos. Los cuales obedecieron los preceptos, y prepararon la pascua (v. 19). Pero había sido necesario que supieran a dónde se dirigían, y ser instruidos acerca del nombre del hombre. De otro modo, estando inciertos sobre a quién se les enviaba, ¿cómo iban a ejecutar los que habían sido enviados lo que se les había mandado? Verdaderamente el discurso de la profecía se mezcla con los efectos de las cosas presentes. Pues no nombra al hombre con quien habría de celebrar la pascua. Pues todavía no se les había concedido

el honor del nombre cristiano a los creyentes, que son quienes verdaderamente contemplan a Dios con los ojos de la mente y de la fe: de modo que conociéramos que los Apóstoles preparaban la pascua del Señor con aquel a quien, en el tiempo del Señor, se le habría de añadir un nuevo nombre.

2. Judas no recibió el cuerpo de Cristo. — Después de estas cosas, Judas el traidor es indicado, sin el cual, habiendo tomado el cáliz (*calix*) y partido el pan, se celebra la pascua: pues no había sido digno de la comunión de los sacramentos (*sacramenta*) eternos. Pues se entiende que se marchó inmediatamente de aquí, porque se le muestra regresando con las multitudes. Ni ciertamente podía beber con el Señor el que no habría de beber en el reino: cuando él prometió que todos los que entonces bebían del fruto de esta vid, beberían con él después (v. 29). "Y dicho el himno, regresaron al monte" (v. 30). Consumadas, a saber, todas las virtudes de los misterios divinos, son llevados a la gloria celestial con gozo y alegría común.

3. El afecto de Pedro hacia Cristo. — También les advirtió de su futura debilidad, y de que esa misma noche todos serían turbados por el miedo y la infidelidad (v. 31). La fe de cuya cosa también se contenía por la autoridad de la antigua profecía: herido el pastor, las ovejas han de ser dispersadas (Zach. XIII, 7): pero que él, resucitando, los precedería en Galilea, para consolar su debilidad con la promesa de su regreso (Matth. XXVI, 32). Pero Pedro respondió según el calor de su fe,

que aunque los demás tropezaran (*scandalizantibus*), él nunca tropezaría. Pues de tal manera era arrebatado por el afecto y la caridad de Cristo (v. 33), que no contemplaba ni la debilidad de su propia carne, ni la fe de las palabras del Señor: como si verdaderamente sus palabras no hubieran de cumplirse. A quien le dijo: "Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces" (v. 34). Pero tanto él como los demás prometen que ni por el miedo a la muerte se apartarán de la confesión de su nombre: pues se habían reafirmado para toda la constancia del ministerio con una intrépida voluntad de fe.

CAPÍTULO XXXI. Cuando Jesús llega al campo que se llama Getsemaní, y dice a sus discípulos: Sentaos mientras yo voy allá a orar, y acerca de su alma triste hasta la muerte, acerca del cáliz por si es posible que pase de él, acerca del espíritu pronto y la carne débil; y de nuevo: ¿Padre, no puede pasar este cáliz si no lo bebo? hágase tu voluntad.

1. "Entonces vino Jesús con ellos a un campo que se llama Getsemaní, y dice a sus discípulos: Sentaos aquí mientras yo voy allá a orar", y lo demás (Matth. XXVI, 36). Había recibido la fe de los discípulos y la constancia de su voluntad devota; pero sabía que habrían de ser turbados y de desconfiar. A los cuales les ordena sentarse en el lugar, mientras él avanzaba a orar. Y tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, los hijos de Zebedeo. Tomados los cuales, comenzó a estar triste y afligido; y dice que su alma está triste hasta la muerte (v. 37, 38).

2. Se refuta la opinión de los que atribuyen tristeza, miedo, etc., a la divinidad de Cristo. — Existe la opinión de algunos de que la tristeza pudo recaer por sí misma en Dios, y que el miedo a la futura pasión lo quebrantó: porque dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte" (v. 38); y aquello: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (v. 39); y de nuevo: "El espíritu ciertamente está pronto, pero la carne es débil" (v. 41); y al final dos veces esto mismo: "Padre, si no puede este cáliz pasar si no lo bebo, hágase tu voluntad" (v. 42). Pues quieren que por la debilidad del cuerpo la congoja se adhiera al Espíritu: como si la ascensión de la carne hubiera infectado con la suerte de su propia debilidad aquella virtud de la sustancia (*substantia*) incorrupta, y la eternidad hubiera recibido la naturaleza de la fragilidad. La cual, si está triste por el miedo, si es débil por el dolor, si está temblorosa por la muerte; ya también estará sujeta a la corrupción, y recaerá en ella el afecto de toda debilidad. Será, por tanto, lo que no era: afligida por la angustia, solícita por el temor, aterrada por el dolor: y así la eternidad mudada en miedo, si puede ser lo que no era, pudo igualmente este 801 que en ella hay en algún momento no ser. Pero Dios es siempre sin medida (*mensura*) de tiempos: y tal como es, tal es eterno. Pero la eternidad, permaneciendo en lo infinito, se extiende tanto en las cosas que fueron como en las que han de seguir: siempre íntegra, incorrupta, perfecta, fuera de la cual nada de lo que pueda ser ha quedado dejado. No ella misma en algo, sino todas las cosas dentro de ella: pudiendo así

largarnos ella misma lo que es suyo, de modo que a ella nada se le escape de lo que haya largado.

3. Quiénes son los autores de esta opinión. — Pero todo este sentido de ellos es para que opinen que el miedo a la muerte recayó en el Hijo de Dios, quienes afirman que no fue proferido de la eternidad ni existió de la infinitud de la sustancia (*substantia*) paterna, sino que fue el hecho de la nada por aquel que creó todas las cosas: de modo que fue asumido de la nada, y comenzado de la obra, y confirmado del tiempo. Y por eso en él la ansiedad del dolor, por eso la pasión del Espíritu con la pasión del cuerpo, por eso el miedo a la muerte: para que quien pudo temer la muerte, también pudiera morir; pero quien pudo morir, aunque será en el futuro (entiéndase, eterno), sin embargo no sea eterno desde el pasado por aquel que lo engendró. Los cuales, si por la fe y la probidad de la vida hubieran podido ser capaces de los Evangelios, sabrían que el Verbo en el principio era Dios, y que este desde el principio estaba junto a Dios, y que nació de aquel que era, y que esto está en aquel que nació, lo cual es él mismo junto a quien estaba antes de nacer: a saber, que es la misma la eternidad tanto del que engendra como del engendrado. Por tanto, nada en Dios pudo morir, ni hay en Dios miedo alguno por sí mismo. "Porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo" (II Cor. V, 19).

4. La tristeza de Cristo no surgió de él mismo, sino de los discípulos. — Pero debe examinarse todo este discurso para que, puesto que leemos que el Señor estuvo afligido, encontremos las

causas de la aflicción. Hadía advertido anteriormente que todos tropezarían. Pedro, confiando en sí mismo, había respondido que aunque los demás se turbaran, él no se conmovría: a quien el Señor respondió que incluso le negaría tres veces. Pero tanto él como todos los demás discípulos prometen que no le negarán ni siquiera puestos en la muerte misma. Y avanzando, ordenó a sus discípulos sentarse mientras él oraba. Y habiendo tomado a Pedro, a Santiago y a Juan, comenzó a estar triste. Por tanto, no está triste antes de tomarlos, y todo el miedo empezó a estar en ellos una vez tomados: y así la aflicción no surgió de él, sino de aquellos a quienes había tomado. Y ciertamente debe recordarse que no fueron otros los tomados aquí sino aquellos mismos a quienes se les mostró el Hijo del Hombre viniendo en su reino, entonces cuando asistiendo en el monte Moisés y Elías, fue rodeado de todo el honor de su gloria eterna (Matth. XVII, 1 y ss.). Pero la que entonces fue la causa de tomarlos, esa misma fue también ahora.

5. La tristeza de Cristo hasta la muerte, no por la muerte. Cristo teme para los suyos la blasfemia contra el Espíritu. — Finalmente dice: "Triste está mi alma hasta la muerte". ¿Acaso dijo: "Triste está mi alma por la muerte" (Ver lib. X de la Trinidad, num. 36)? Ciertamente no es así. Pues si el miedo era por la muerte, debió referirse ciertamente a aquello por lo cual existía. Pero una cosa es temer hasta ello, y otra temer por ello. Y no constituye causa lo que está al final, porque se difiera hasta aquello que haya sido

comenzado por otro. Anteriormente, pues, había dicho: "Padeceréis tropiezo en mí en esta noche" (Matth. XXVI, 31). Sabía que habrían de ser aterra- dos, ahuyentados, y que le negarían: pero porque la blasfemia del Espíritu no se perdona ni aquí ni en la eternidad, temía que le negaran como Dios, a quien habrían de contemplar golpeado, escupido y crucificado. Cuya razón se conservó en Pedro, quien cuando había de negar, negó así: "No conozco al hombre" (Ibid., 72): porque lo dicho contra el Hijo del Hombre será perdonado. Triste está, pues, "hasta la muerte". No es, por tanto, la muerte, sino el tiempo de la muerte lo que causa temor: porque después de ella la fe de los creyentes habría de ser confirmada por la virtud de la resurrección.

6. Sigue aquello: "Sustened y vigilad conmigo. Y avanzando cayó sobre su rostro orando" (Ibid., 38, 39). Les amonesta a permanecer vigilantes con él. Pues sabía que al agravarse el diablo la fe de ellos habría de ser adormecida: y manda una vigilancia igual a la suya a aquellos sobre quienes la misma pasión era inminente.

7. Depreca el tránsito del cáliz no para sí, sino para los suyos. — Después ora: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: pero sin embargo no como yo quiero, sino como tú quieres". Ruega que pase de él el cáliz. ¿Acaso dice: "Pásame este cáliz"? pues esta habría de ser la oración de quien teme por sí mismo. Pero una cosa es deprecar que lo pase de largo, y otra que pase de él. Pues en aquello que lo pasa de largo, él mismo es exceptuado de la molestia del que pasa: pero quien

ruega que pase de él, no ora para ser él mismo pasado por alto, sino para que aquello que pasa de él recaiga en otro. ¿Acaso era posible que Cristo no padeciera? Pero si ya desde la constitución del mundo este sacramento (*sacramentum*) de nuestra salvación se había mostrado en él. ¿Acaso él mismo no quería padecer? Pero si anteriormente había consagrado la sangre de su cuerpo que se derramaría para la remisión de los pecados (Ibid., 28). ¿Cómo pues dice: "Padre, si es posible"? ¿y cómo: "No como yo quiero, sino como tú quieres"? Todo el miedo, por tanto, es sobre aquellos que habían de padecer: y por eso, porque no es posible que él mismo no padezca, ruega por aquellos que habían de padecer después de él, diciendo: "Pase el cáliz de mí", esto es, como es bebido por mí, así sea bebido por ellos, sin desconfianza de esperanza, sin sentido de dolor, sin miedo a la muerte.

8. Reclama para ellos la virtud de padecer. — Además, "si es posible"; porque tanto para la carne como para la sangre de estos hay un grave terror, y es difícil que los cuerpos humanos no sean vencidos por la acritud de aquellas cosas. Pero eso que dice: "No como yo quiero, sino como tú quieres": querría ciertamente que ellos no padecieran, no sea que tal vez desconfíen en la pasión, sino que mereceran la gloria de su coheredidad sin la dificultad de la pasión. No ruega, por tanto, para que no padezcan, diciendo: "No como yo quiero": sino para que, dice, lo que el Padre quiere, la firmeza de beber el cáliz pase de él a ellos: porque según su voluntad convenía que el

diablo fuera vencido no tanto por Cristo, cuanto también por sus discípulos.

9. La causa del miedo de Cristo, nuestra debilidad. — Después de estas cosas vuelve a los discípulos, y los encuentra durmiendo: y reprende a Pedro por qué no vela con él ni siquiera una hora (v. 41). A Pedro de entre los tres, porque más que los otros se había jactado de que no tropezaría. Pero indica las causas de su miedo anterior, diciendo: "Orad para que no entréis en tentación" (v. 41). Esto era, por tanto, lo que quería; y por eso en la oración había entregado: No nos metas en tentación, para que nada se le permitiera contra nosotros a la debilidad de la carne (Matth. VI, 13). Pero por qué les había amonestado a orar para que no entraran en tentación, lo muestra diciendo: "El espíritu ciertamente está pronto, pero la carne es débil", no ciertamente de sí mismo: pues hacia ellos se dirigió este discurso. ¿O cómo ahora el espíritu está pronto de sí mismo, si anteriormente el alma está triste hasta la muerte? Pero manda vigilar y orar, para que no caigan en tentación, para que no sucumban a la debilidad del cuerpo: y por eso ora si es posible que el cáliz pase de él, porque para beberlo toda carne es débil.

10. La pasión de Cristo nos confirió la virtud de padecer. — Pero de nuevo apartándose oró, diciendo: "Padre, ¿no puede pasar este cáliz si no lo bebo? hágase tu voluntad" (Ibid., 42). Habiendo de padecer los discípulos por la justificación de la fe, asumió en sí toda la debilidad de nuestro cuerpo: y fijó consigo a la cruz todas aquellas cosas por las que nos debilitábamos. Por eso lleva

nuestros pecados, y se duele por nosotros: porque ferviente en nosotros el calor de la fe, cuando se ha de combatir contra el diablo en la guerra de la pasión, todos los dolores de nuestras debilidades mueren con su cuerpo y su pasión. Y por eso el cáliz no puede pasar de él si no lo bebe: porque no podemos padecer sino a partir de su pasión.

11. Qué significa el sueño de los discípulos y las diversas alocuciones de Cristo. — Verdaderamente, el hecho de que regresando de nuevo los encuentre durmiendo; muestra que en el tiempo de su ausencia muchos han de ser retenidos por cierto sueño de fe. Pero de nuevo oró, repitiendo lo mismo: y regresando, el que había mandado vigilar, el que había reprendido a los adormecidos, dice: "Dormid ya y descansad" (v. 45). Después de la oración frecuente, después de los múltiples discursos y regresos, quita el miedo, devuelve la seguridad, exhorta al descanso, ya seguro de nosotros espera la voluntad del Padre, diciendo: "Hágase tu voluntad": porque bebiendo el cáliz que habría de pasar a nosotros, absorbería la debilidad de nuestro cuerpo, y la ansiedad del temor, y el mismo dolor de la muerte. Pero el que, regresando a ellos y encontrándolos durmiendo, primero al regresar reprenda, segundo calle, tercero mande descansar: la razón es esta, que primero tras la resurrección los reprenderá dispersos y desconfiados y temblorosos: segundo, enviado el Espíritu Paráclito, los visitará con los ojos pesados para contemplar la libertad del Evangelio. Pues retenidos por algún tiempo por el amor de la ley, fueron ocupados por cierto sueño

de fe. Tercero, verdaderamente, esto es por el regreso de su claridad (*claritas*), los restituirá a la seguridad y al descanso.

CAPÍTULO XXXII.

Sobre Judas, que era uno de los doce discípulos, viniendo a Jesús con una gran multitud para entregarlo; sobre la espada que mandó a Pedro devolver a su lugar.

1. Ninguna potestad contra Cristo excepto la que él haya dado. — "Y estando él todavía hablando, he aquí que Judas, uno de los doce, vino, y con él una gran multitud" (Matth. XXVI, 47-49). En todas estas cosas está el orden de la pasión. Pero en el beso de Judas hubo esta razón: para que se nos enseñara a amar a todos los enemigos, y a aquellos que supiéramos que se han de enfurecer contra nosotros. Pues el Señor no rechazó su beso. Pero eso que dice a Judas: "haz lo que haces", permite la potestad de su traición bajo la condición de esta palabra. Pues quien tenía por derecho propio el convocar en su ayuda contra los traidores doce mil legiones de ángeles, mucho más fácilmente habría podido salir al encuentro de los consejos y artes de un solo hombre (v. 53). Finalmente dice a Pilato: "No tendrías potestad sobre mí, si no te hubiera sido dada" (Juan XIX, 11). Da, por tanto, potestad sobre sí diciendo: "Haz lo que haces" (Juan XIII, 27): a saber, porque el crimen de la voluntad se pondera por la envidia del hecho, llevara a cabo en la realidad lo que ya hacía en la voluntad.

2. Quien usando la espada perecerá por la espada. — Pero uno de los que estaban con él, desenvainando la espada (gladius), cortó la oreja al siervo del príncipe de los sacerdotes: y el Señor le dice: "Vuelve tu espada a su lugar. Pues todos los que usan la espada, por la espada perecerán" (Matth. XXVI, 51, 52). ¿Luego él mismo ya ha sido juzgado, porque usando la espada perecerá por la espada? Pero no para todos los que usan la espada suele ser la muerte por la espada. Pues a muchos o la fiebre u otro caso sobreviniente los consume, habiendo usado la espada o por el oficio del juicio o por la necesidad de resistir a los ladrones. Por tanto, la oreja es cercenada al siervo del príncipe de los sacerdotes por el apóstol: a saber, al pueblo que sirve al sacerdocio, el oído desobediente es cortado por medio del discípulo de Cristo, y se amputa para la capacidad de la verdad esto que era inaudiente. Pero toda la multitud había avanzado armada con espadas contra el Señor. Mandó guardar la espada: porque habría de aniquilarlos no con una espada humana, sino con la espada de su boca. Por lo demás, si según su sentencia todo el que usa la espada fuera aniquilado por la espada; rectamente se desenvainaba la espada para la muerte de aquellos que usaban la misma para el crimen.

3. La confesión del Sacerdote. El rasgado de la vestidura. — Pero lo restante tiene el orden de los hechos. Testigos falsos buscados: el sacerdote ignorante de esa misma ley en la que se gloriaba, buscando fe incluso por juramento sobre si él mismo era el Cristo: como si ocultamente la ley

y los profetas hablaran de él. Más aún, él mismo confesó a Cristo contra su voluntad, diciendo el Señor: "Tú lo has dicho". Oída su majestad, se rasgó la vestidura, rompiendo a saber el mismo velo de la ley con el que se cubría. Pero en bofetadas y salivazos, para consumir la humildad del hombre, se ejercían contra él toda clase de géneros de contumelias (Ibíd., 59-67).

4. La negación de Pedro. — Pero debe observarse diligentemente bajo qué condición negó Pedro: aunque sobre esto se ha tratado anteriormente. Pues primero dice que no entiende lo que decía: en lo siguiente, que no se había adherido a él: tercero, verdaderamente, que no conocía al hombre. Y verdaderamente ya casi sin pecado negaba al hombre, a quien primero había reconocido como hijo de Dios: sin embargo, porque por la debilidad de la carne se había mostrado incluso ambiguo, lloró amarguísimamente, recordando que ni siquiera amonestado había podido evitar la culpa de ese temblor (Ibíd., 70-75).

5. La penitencia de Judas arguye la infidelidad de los compradores. — Es entregado luego a Pilato, juez de las naciones. Pues no podía ser juzgado como reo según la ley, siendo él mismo sin dolo ni pecado. "Entonces viendo Judas, que lo entregó, que fue condenado", etc. (Matth. XXVII). Judas, haciendo penitencia, devolvió el precio de la sangre de Cristo a los sacerdotes: para que, aunque él mismo fuera el autor de la sangre justa vendida, sin embargo la misma profesión del que vendía arguyera la infidelidad de los que compraban. "Los cuales respondieron: ¿a nosotros qué?

Tú verás" (v. 4). La profesión es audaz y ciega. Oyen que han comprado sangre justa, y creen que han de estar fuera del reato del juicio: cuando sin embargo, al decir: "Tú verás", constituyen el facineroso mismo en el que vende, mientras que por el contrario el crimen de los que compran se confirma por el testimonio del que vende. Apartándose, por tanto, se ahorcó estando Cristo condenado (v. 5). Así el tiempo de la muerte de Judas fue dispuesto de modo que bajo la pasión del Señor, conmovidas todas las cosas infernales y suprenales y arrancadas, y estupefacta la administración de todos los elementos en el olvido de su oficio, ni fuera visitado entre los muertos, ni entre los vivos después de la resurrección tuviera facultad de penitencia.

6. La compra del campo del alfarero por el precio de Cristo está llena de misterios. — Sobre las monedas de plata devueltas (Ibíd., 6), porque era precio de sangre, y no era lícito mezclarlas en el corbanan, esto es, en el dinero de las oblaciones, habiendo entrado en consejo se compra el campo del alfarero, y se destina para la sepultura de los peregrinos. Gran sacramento de profecía hay en esto, y una meditación llena de milagro en los hechos de la iniquidad. Obra del alfarero es formar vasijas de barro: en cuya mano está, del mismo barro reformar la vasija o en sí misma o en una más bella. Pero que el campo sea llamado el siglo (saeculum), se contiene en las mismas palabras de nuestro Señor (Matth. XIII, 38). Por el precio de Cristo, por tanto, se compra el siglo, esto es, se adquiere la universidad de él, y se destina para

la sepultura de los peregrinos y de los pobres. Nada de aquí pertenece a Israel, y todo este uso del siglo comprado es para los extraños: a saber, para aquellos que serán sepultados en el precio de la sangre de Cristo, por el cual todas las cosas son compradas. Pues recibió todas las cosas del Padre, las que están en los cielos y las que están en la tierra (Matth. XXVIII, 18): y por eso este es el campo del alfarero, porque todas las cosas son de Dios, en cuya mano está reformarnos como quiera al igual que un alfarero. En este campo, por tanto, muertos juntamente y sepultados juntamente con Cristo, sortharemos el descanso eterno de esta nuestra peregrinación. En fe de cuya cosa se añade la profecía de Jeremías, para que en la obra de este hecho se mostrara tanto tiempo antes la autoridad de la voz divina (Matth. XXVII, 9).

7. Por qué al sacerdote se le respondió: "Tú lo has dicho", y a Pilato: "Tú lo dices". — Pero a Pilato que preguntaba si él mismo era el rey de los judíos, respondió: "Tú lo dices". Pero ¿cuán diverso es el discurso que había sido para el sacerdote? Pues a aquel que preguntaba si él mismo era el Cristo, le había dicho: "Tú lo has dicho" (Matth. XXVI, 64). Esto por la razón de que toda la ley había predicado que el Cristo vendría, se responde como sobre las cosas pasadas al sacerdote, porque él mismo habría dicho según la ley que el Cristo siempre habría de venir. Pero a este ignorante de la ley, que pregunta si él mismo era el rey de los judíos, se le dice: "Tú lo dices": porque por la fe de la presente confesión es la salvación

de las naciones, y que esto diga de sí aquel que antes ignoraba, lo cual nieguen estos que antes lo decían.

CAPÍTULO XXXIII. Sobre Pilato: cuando se sentaba en el tribunal, su esposa le envió un mensaje diciendo: "No tengas nada que ver con ese justo". Sobre los que pasaban junto a la cruz, que movían sus cabezas y decían: "Este es el que destruía el templo, y en tres días lo reedificaba".

1. La esposa de Pilato, el pueblo de las naciones. El lavado de manos de Pilato. — Estando sentado Pilato en el tribunal, su esposa le envió un mensaje diciendo: "No tengas nada que ver con ese justo" (Matth. XXVII, 19). En ella está el tipo del pueblo de las naciones: que, ya fiel, llama a la fe de Cristo a aquel pueblo incrédulo con el que convivía. La cual, porque ella misma ha padecido mucho por Cristo, invita a la misma gloria de la esperanza futura a aquel con el que convivía. Finalmente, Pilato lavó sus manos y testificó ante el pueblo judaico que él era inocente de la sangre del Señor (v. 24): porque, asumiendo los judíos sobre sí y sobre sus hijos el crimen de la sangre dominical derramada, diariamente el pueblo de las naciones, lavado, emigra hacia la confesión de la fe (v. 25).

2. Qué es Barrabás. — Pero ante el ofrecimiento de Pilato para que, según el privilegio del día solemne en que convenía liberar a uno de los reos a petición de los solicitantes, absolviera a Jesús (Ibíd., 17): el pueblo eligió más bien a Barrabás, por exhortación de los sacerdotes (v. 20, 21). Pero la interpretación del nombre Barrabás es "hijo

del padre". Así pues, ya se muestra el arcano de la futura infidelidad, prefiriendo al hijo del padre antes que a Cristo, a saber, al anticristo, hombre de pecado e hijo del diablo: y más bien, por exhortación de sus príncipes, eligen al reservado para la condenación que al autor de la salvación.

3. La clámide coccínea y la púrpura. La corona de espinas. La caña en la mano. En la cabeza. — Azotado luego el Señor, se le impone una clámide coccínea, y una vestidura de púrpura, y una corona de espinas, y una caña en su derecha, y puesta la rodilla es burlado y adorado. Recibidas, a saber, todas las debilidades de nuestro cuerpo, es luego bañado con la sangre de todos los mártires, a quienes el reino le era debido junto con él, en el color de la cochinilla: y es vestido con el precioso honor de los profetas y patriarcas, en la púrpura. También es coronado con espinas, esto es, con los pecados de las naciones que antes le punzaban: para que de las cosas perniciosas e inútiles que rodean su cabeza, esto es, a Dios, y arremeten contra ella, se buscara la gloria de los pecadores. Pues hay un acúleo en las espinas, de las cuales se teje para Cristo la corona de la victoria. Pero en la caña, la debilidad y la inanidad de esas mismas naciones se afirma al ser asida por su mano. Más aún, se golpea contra su cabeza. Contra la cabeza, según opino, no hay gran injuria por el golpe de la caña: pero se guarda en ello una razón típica, para que la debilidad de los cuerpos gentiles antes asida por la mano de Cristo, descansen también en Dios padre, que es su cabeza. En todas

estas cosas Cristo es adorado mientras es burlado (Ibíd., 28-30).

4. Saliendo fuera, imponen el madero de la pasión a un cierto hombre cirenense. Pues indigno era el judío de llevar la cruz de Cristo: porque se había dejado a la fe de las naciones tanto el aceptar la cruz como el compadecer. El lugar de la cruz, además, es tal que, puesto en medio de la tierra, y como insistiendo en la cima de este universo, fuera igual para todas las naciones para captar el conocimiento de Dios. También rehusó beber el vino ofrecido mezclado con hiel: pues no se mezcla con la incorrupción de la gloria eterna la amargura de los pecados. Pero su vestidura, dividida por suerte más bien que rasgada, indicaba la incorrupción permanente del cuerpo (Ibíd., 32-35).

5. Qué representa el sitio de los ladrones. — Y así en el madero de la vida, la salvación y la vida de todos es suspendida: al cual dos ladrones son fijados, a la izquierda y a la derecha, y por eso con él, para que pudiera entenderse que la muerte de los hombres discrepa de la muerte del Unigénito: pues él entregó el espíritu espontáneamente cuando quiso, a estos se les quebraron las piernas (Lucas XXIII, 33), mostrando que toda la universidad del género humano es llamada al sacramento de la pasión del Señor. Pero porque por la diversidad de los fieles y de los infieles se hace la división de todos según la derecha y la izquierda: uno de los dos situado a la derecha es salvado por la justificación de la fe (Ibíd., 43). Se añade también aquel oprobio con el que Israel

mismo se argüiría de infidelidad, cuando se dice: "Este es el que destruía el templo de Dios, y en tres días lo reedificaba", y lo demás (Matth. XXVII, 40). No era difícil descender de la cruz: pero era el sacramento de la voluntad paterna lo que debía cumplirse. ¿Pero mayores obras hacía puesto en la cruz, por la conmoción de toda la naturaleza: esto, por tanto, se pone como lo máximo de todo, y como si fuera lo más difícil? ¿Qué perdón, por tanto, habrá cuando después de tres días el templo de Dios reedificado se vea en la resurrección del cuerpo? El que ambos ladrones le echen en cara la condición de la pasión (v. 44); significa que el escándalo de la cruz ha de ser incluso para todos los fieles.

6. El triduo de la muerte de Cristo. El desamparo de Cristo por Dios. El misterio del vinagre bebido. — Pero la noche a partir del día es la división de los tiempos. Pues así se completa el número de tres días y otras tantas noches: y el oculto misterio de la operación divina se siente por el estupor de toda la creación. El clamor a Dios es la voz del cuerpo, que atestigua el desvío del Verbo de Dios que se aleja de sí. Finalmente, exclama por qué es abandonado, diciendo: "Dios, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (v. 46). Pero es desamparado porque era hombre que había de pasar incluso por la muerte. Más aún, esto de que, habiendo bebido el vinagre dado en una esponja por medio de una caña, clamando entregó el espíritu (Ibíd., 48-50), debe ser observado diligentemente. El vino es tanto el honor de la inmortalidad como la virtud, lo cual se vuelve

agrio por el vicio o del descuido o del vaso. Esto, por tanto, habiéndose agriado en Adán, él mismo lo recibió y lo bebió de las naciones. Pues se le ofrece en una caña desde una esponja para que beba, esto es, de los cuerpos de las naciones recibió los vicios de una eternidad corrompida; y en sí mismo y en la comunión de la inmortalidad transfundió aquellos vicios que estaban en nosotros. Finalmente en Juan, después de que hubo bebido todo, dijo: "Consumado está" (Juan XIX, 30): porque habría agotado todo el vicio de la corrupción humana. Y porque nada habría de hacerse exteriormente, emitió el espíritu con clamor y gran voz (Matth. XXVII, 50): doliéndose de no llevar los pecados de todos.

7. Qué cosas siguieron a la muerte de Cristo. — Y seguidamente el velo del templo se rasga: porque desde entonces el pueblo está dividido en partes, y el honor del velo con la custodia del Ángel protector es quitado. Se mueve la tierra: pues no podía ser capaz de este muerto. Las piedras se rasgaron: pues penetrando todas las cosas entonces válidas y fuertes, el Verbo de Dios y la potestad de la virtud eterna habían irrumpido. Y los monumentos se abrieron: pues los claustros de la muerte habían sido reserados. And many bodies of the sleeping saints arose: for illuminating the shadows of death, and illustrating the obscure things of the lower regions, he was dragging away the spoils of death itself in the resurrection of the saints seen at the present. Para que el facineroso de la infidelidad se acumulara para Israel, el centurión y los custodios, contem-

plando esta perturbación de toda la naturaleza, confiesan al hijo de Dios (Ibíd. 51-54).

8. La sepultura de Cristo. — El que por José, habiendo sido pedido a Pilato que devolviera el cuerpo, sea envuelto en una sábana, y puesto en un monumento nuevo excavado en la roca y se rueda una piedra a la puerta del monumento (Ibíd., 58-60): aunque sea el orden de los hechos, y fuera necesario que fuera sepultado aquel que habría de resucitar de entre los muertos; sin embargo, no sin el momento de algunas cosas se expresan cada una de ellas. José tiene el tipo de los apóstoles: y por eso, aunque no estuviera en el número de los doce apóstoles, es llamado discípulo del Señor. Este envuelve el cuerpo en una sábana limpia. Y ciertamente en este mismo lienzo encontramos bajados del cielo para Pedro tipos de toda clase de géneros de animales (Hechos X, 12). De lo cual tal vez no superfluamente se entiende que bajo el nombre de este lienzo es sepultada juntamente con Cristo la iglesia: porque entonces en él, como en la confusión de la iglesia, estuviera congregada la diversidad de animales limpios e inmundos. El cuerpo del Señor, por tanto, es introducido como por la doctrina de los apóstoles en el descanso vacío y nuevo de la piedra excavada: a saber, en el pecho de la dureza gentil excavado por cierta obra de la doctrina es introducido Cristo, rudo a saber y nuevo, y por ningún ingreso de temor de Dios antes permeable. Y porque nada excepto él debe penetrar en nuestros pechos, una piedra es rodada a la puerta: para que, porque ningún autor del

conocimiento divino había sido antes introducido en nosotros, ninguno sea introducido después de él sin él. El miedo luego de que el cuerpo fuera robado y la custodia del sepulcro y el sellado, es testimonio de la estulticia y de la infidelidad: que quisieran sellar el sepulcro de aquel por cuyo precepto hubieran visto resucitar del sepulcro a un muerto.

9. Resurrección en el día del Señor. El Ángel de él primer índice por qué. Por qué primero las mujercillas conscientes de ello. — El movimiento de la tierra en el tiempo matutino (Matth. XXVIII, 2), es la virtud de la resurrección del día dominical: cuando contuso el acúleo de la muerte, e iluminadas las tinieblas de ella, resurgiendo el Señor de las Virtudes celestiales, se conmueve la trepidación de los infiernos. El Ángel del Señor descendiendo del cielo, y revolviendo la piedra, y asistiéndose al sepulcro, es la insignia de la misericordia de Dios padre, enviando al hijo que resurge de los infiernos los ministerios de las Virtudes celestiales. Y por eso él mismo es el primero que indica la resurrección, para que por cierto servicio de la voluntad paterna la resurrección fuera anunciada. Pero al punto el Señor sale al encuentro de las mujercillas amonestadas por el ángel, y las saluda (v. 9): para que, habiendo de anunciar la resurrección a los discípulos que esperaban, hablaran no tanto por la boca del ángel como por la de Cristo. El que primero las mujercillas vean al Señor, sean saludadas, se arrojen a sus rodillas, se les mande anunciar a los apóstoles; el orden se devuelve en el contrario de la causa prin-

cipal: para que, porque por este sexo se hubiera iniciado la muerte, a él mismo primero se le devolviera la gloria y la visión y el fruto y el anuncio de la resurrección. Se compra verdaderamente de los custodios, que habían visto todas estas cosas, con plata el silencio de la resurrección de Cristo, y se niega con el honor a saber del siglo y la codicia, porque en el dinero está su honor, el mentis del robo, la gloria de Cristo es denegada (v. 12, 13).

1. Ciertamente los príncipes de los sacerdotes, que debieran haberse convertido a la penitencia y buscar a Jesús que resucitaba, perseveran en la malicia: y el dinero, que había sido dado para los usos del templo, lo vierten en la redención de la mentira, al igual que antes los judíos (Jerónimo: Judas) habían dado treinta monedas de plata al traidor (proditor). Todos, por tanto, los que abusan de la estipendio del templo y de estas cosas que se confieren para los usos de la Iglesia en otras cosas con las que cumplan su voluntad, son semejantes a los escribas y sacerdotes que redimen la mentira y la sangre del Salvador.

2. Los once discípulos de él, por su parte, partieron hacia Galilea, al monte donde Jesús les había citado (v. 16). Después de la resurrección Jesús es visto en el monte y en Galilea, y allí es adorado, aunque algunos duden, y la duda de ellos aumente nuestra fe.

3. Entonces se muestra más manifiestamente a Tomás: y demuestra el costado herido por la lanza, y las manos fijadas por los clavos. Acercándose Jesús les habló diciendo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (v. 18). Se le dio la

potestad a aquel que poco antes fue crucificado, que fue sepultado en el túmulo, que había yacido muerto, que después resucitó. Pero la potestad fue dada en el cielo y en la tierra: para que el que antes reinaba en el cielo, reine en la tierra por la fe de los creyentes. "Yendo, pues, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (v. 19). Primero enseñan a todas las naciones, luego tiñen con el agua a las enseñadas. Pues no puede ser que el cuerpo reciba el sacramento del bautismo, si antes el alma no ha recibido la verdad de la fe. Son bautizados, por lo demás, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: para que de quienes es una sola divinidad, sea una sola la largueza; y el nombre de la Trinidad es un solo Dios.

"Enseñándoles a observar todas las cosas que os mando" (v. 20). Orden excelente: mandó a los apóstoles que primero enseñaran a todas las naciones, luego las tiñeran con el sacramento de la fe, y después de la fe y el bautismo, prescribieran qué cosas habrían de observarse. Y para que no pensemos que son leves las cosas que se han mandado y pocas, añadió: "Todas las cosas que os he mandado": para que los que hayan creído, los que hayan sido bautizados en la Trinidad, hagan todas las cosas que han sido preceptuadas. "Y he aquí que yo estoy con vosotros (los manuscritos añaden, todos los días) hasta la consumación del siglo". Quien promete que ha de estar con sus discípulos hasta la consumación del siglo, tanto muestra que ellos han de vivir siempre, como que él nunca se ha de apartar de los creyentes.

Pero quien promete su presencia hasta la consumación del mundo, no ignora aquel día en el que sabe que ha de estar con los apóstoles.